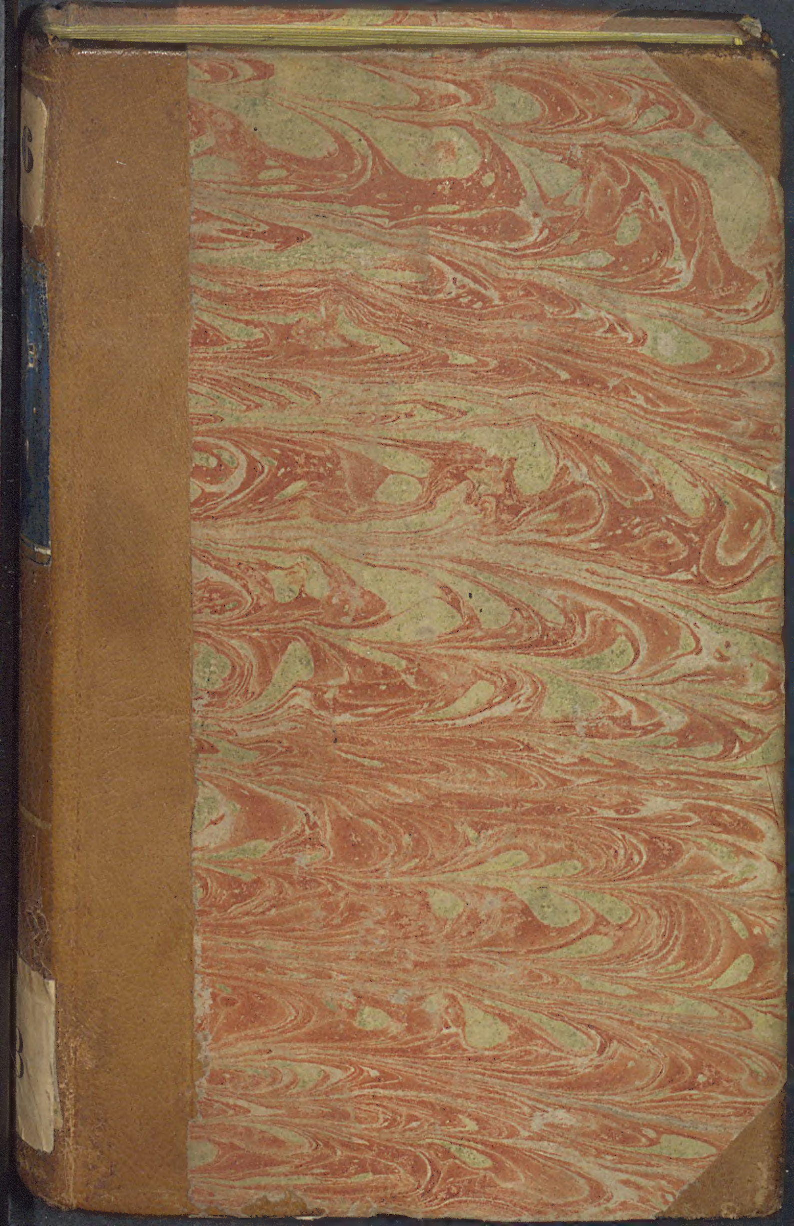


HISTORIA
DEL CLERO
EN EL TIEMPO
DELA REVOLUCION FRANCESA

Escrita en frances por el Ab. Barruel,
Limosnero de su Alteza Serenísima
el Príncipe de Conti,

Traducida al Castellano.

TERCERA PARTE.



EN MÁLAGA:
Con las licencias necesarias.

Por Yglesias, y Marrinez.

COMPENDIO
HISTÓRICO DE LA PERSECUCION,
MUERTES, Y DESTIERRO DEL
CLERO DE FRANCIA.

TERCERA PARTE.

Muchos años habia que los Oradores y Maestros de la Religion habian anunciado á la nacion y á la corte, tanto en el púlpito como en diversos escritos, que no se estableceria en Francia el reyno de los impíos, sin ser igualmente fatal al trono, y al altar, y el cumplimiento de esta profecía fue visiblemente el empeño de la revolucion.

En la primera asamblea nacional, unos mal-

malvados astutos como Mirabeau el mayor, unos insignes rebeldes como Felipe de Orleans, unos ignorantes ambiciosos de aclamaciones populares, como La-Fayette, unos ingratos exêcrables como Lameths, unas almas atroces como Bernave, unos obscuros sofistas brutalmente políticos como Syeys, y la gregueria de los Rabaud, Target ó Chapellier habian dado á la Francia una constitucion, que hacia al Monarca un criado de los comunes.

En la misma asamblea unos tiranos hipócritas como Camus, Treillard, y Expilly, trastornando la esencia de la Religion, sometiendo el Evangelio de Jesu-Christo y sus Apóstoles á los caprichos del siglo, habian substituido á la verdadera Iglesia un fantasma, á los Pastores unos intrusos, á la unidad el cisma, y á la realidad y verdad la ilusion y el error.

Pe-

Pero otros malvados mas profundos, tiranos mas atroces, sofistas mas monstruosos, lo escogido de los últimos conspiradores jacobinos, Pethion, Brissot, Robespierre, Marat, y Danton no habian descubierto á los primeros mas que la mitad de su secreto, habian dexado que por medio de una constitucion, que no querian ellos, debilitasen aquel Monarca, cuyo nombre era para su imaginacion un suplicio, que despojasen los altares, que ellos intentaban derribar, y calumniasen, y echasen de sus puestos aquellos Sacerdotes, que ellos querian degollar. Diez meses habia que los jacobinos tanto legisladores como munícipes disponian á la sordina la execucion de los últimos proyectos de la revolucion, que caminando á un mismo paso contra el Rey y contra el Clero, anunciaban que para ambos estaba ya cercana la proscripcion.

Ya estaba á punto Brissot, que con sus Girondinos Vergnaux, Gaudet, y Gensonnet, tenia dispuesto de antemano los decretos, que habian de arruinar el edificio de la primera asamblea, y especialmente aquel Monarca constitucional, que habia substituido ella á los verdaderos Reyes de los franceses. Ya estaban cometidos todos los delitos, que habian de autorizar la suspension, prision, y muerte de Luis XVI por aquellos mismos, que se preparaban á imputárselos, como confesáron despues ellos mismos. Brissot, y sus jacobinos habian precisado al Rey á que declarase la guerra á la Austria y á la Prusia, porque previendo que entraria en Francia un exército combinado de ambas potencias, hallaban en esto la ocasion de acusar al Rey, que los habia llamado para restablecer su poder antiguo: junto con es-

esto habian fomentado las turbaciones de las provincias y de la capital, para decir luego, que jamás renaceria la paz y abundancia, mientras hubiese Rey, que siempre seria interesado en que se mantuviese el desórden baxo las nuevas leyes. Asi solicitaban todos ellos, y mas que todos Pethion la deposicion del Rey como único remedio de los males del estado, porque esta deposicion debia servir de pretexto á la nueva convencion, que habia de aniquilar en Francia hasta el nombre de Monarca.

La mayor parte de los franceses repugnaba estas disposiciones: Brissot hizo sondear en vano á los departamentos, y en la misma asamblea halló que tenia contra si el mayor número de votos. Entonces publicó, que la violencia y los asesinatos harian lo que no conseguia la persuacion: hi-

hizo venir á todos los bandidos de las provincias, levantó al mas alto punto de furor á la capital, y quedó señalado el dia en que se habia de dar el último golpe al trono.

La Francia, en parte acobardada, y en parte enfurecida, debia conocer algun dia el fin y los medios de esta conspiracion la mas pérfida y atróz, que pueda hallarse en los anales de la maldad, tanto en su plan, como en su execucion, y ser instruida de ello por los mismos escritos y discursos de sus autores Brissot, Vergnaux, y Louvet, quando el mismo detestable suceso les permitiese descubrir su insigne perfidia, y gloriarse de ella; pero en el momento preciso de su execucion, se horrorizáron los ciudadanos de París sin tener valor para oponerse, y el populacho y los bandidos la sirviéron con todos sus furo-

rores sin conocerla.

Una parte esencial de ella era la muerte de los Sacerdotes no juramentados, de que habian hecho secretamente listas los atroces munícipes, en que se incluian sus nombres, casas, y principales razones de hacer la pesquisa, especialmente de los que se habian distinguido por su zelo y escritos en favor de la Religion.

El diez de Agosto, último de la Monarquía francesa, dia horrendo por la furia y carniceria de parte de los bandidos, perfidia y maldad de la de los conjurados, humillaciones, suplicios, y ultrages del Rey y Reyna, cercó las Tuillerias un exército compuesto de sesenta mil foragidos de traidores nacionales, y de todo el infame populacho de los barrios de San Antonio, y San Marceau. El Rey se vió reducido á buscar asilo en la sala de los

legisladores, despues que muriéron casi todos sus guardias suisos, en número de ochocientos á nuevecientos hombres, haciendo en su defensa prodigios de valor y de fidelidad: fue luego saqueado el palacio, degollados quantos criados se halláron en él, empleando el populacho su furor en quanto tenian reunido allí mas precioso las artes. ¿Pero quien se para á referir esto habiendo que decir, que bebió sangre de los moribundos, sacó el corazon á los muertos, mutiló los cadáveres, y comió la carne de ellos? En fin, el espacio de doce horas estuvo allí desfogando su rabia contra quanto habia pertenecido al Rey.

La asamblea que el desgraciado Monarca habia escogido por asilo, poniéndose en sus manos, no fue para él otra cosa, que teatro de las atrocidades que se le tenian ya preparadas.

Allí vió llegar incesantemente á la barra furiosos mocionarios para llenarlo de injurias, de invectivas y amenazas. Los legisladores jacobinos añadiéron á estos oprobrios quanto puede acumular la mas pérfida calumnia. Los cobardes constitucionales lo abandonáron, y se uniéron contra él á Brissot, y por último oyó allí mismo pronunciar los decretos, que le quitaban á sus ministros, lo suspendian de la corona, y acababan mandando encerrarlo con su familia en las torres del Temple, de donde no debia salir sino para el cadalso.

Habíase dicho que debian caer juntos el altar y el trono, y asi aun no habia espirado este infelíz dia, quando ya salian de casa de los munícipes para distribuirse en todas las sesiones de París las listas de los Obispos y Sacerdotes no juramentados con órden de encerrarlos en las iglesias del Carmen,

men, y de San Fermin, y para preparar los ánimos á este espectáculo, se esparció al punto la voz, que se habian visto Sacerdotes unidos con los suisos, haciendo fuego contra el pueblo, y que muchos, entre ellos el Abate L' enfant, célebre Predicador del Rey, habian sido muertos en la refriega. Tambien se decia haber sido preso el dia antes con una patrulla fingida el Abate de San Far, que estaba ausente largo tiempo habia, y un cierto Abate de Bouillon, que no habia exîstido jamás. Fuera de esto llevaban los malvados la cabeza y manos cortadas á uno de los cadáveres, como cabeza y manos del Abate Ringard, Cura de San German, gritando por las calles: „ asi „ castiga la nacion á los Sacerdotes „ refractarios y traidores, que se han „ armado con los suisos contra ella. " Un mes despues pareció Mr. Ringard en

en la sesion para pedir un pasaporte, y los malvados, mas furiosos que asombrados de verle, iban ya con los sables desnudos á castigar el que los convenciese con su presencia de la impostura, quando interponiéndose varias personas de respeto, lo pudiéron sacar de sus manos, y obtenerle el permiso de pasar á Inglaterra, donde he tenido el consuelo de encontrarlo.

Pero no tenian necesidad de estos fingimientos momentaneos el vil populacho, el paisanage crédulo, y sobre todo los patriotas de picas, para alimentar su estúpido furor contra el Clero católico. La primera sesion que puso en execucion el órden dado con la fatal lista, fue la de Luxemburgo, que ya de antemano se habia señalado en zelo revolucionario, y convocados por ella los patriotas mas enemigos de los Sacerdotes, y dadas las ins-

instrucciones, los dividió por los quarteles de la parroquia de San Sulpicio: decian al pueblo deseoso de saber su comision, que iban en busca de enemigos de la patria, y presto se echó de ver quienes eran estos enemigos, siendo uno de los primeros que lleváron con mucha gente armada Mr. Dullau, Arzobispo de Arles. Este Prelado conocido generalmente por uno de los luminares de la Iglesia de Francia habia mostrado en todo el tiempo de la revolucion tal prudencia y moderacion, que parecian deberle poner al abrigo de las persecuciones particulares; aunque al mismo tiempo de acuerdo con los verdaderos Obispos habia de mancomun con ellos estado siempre por la verdad; pero no fiando de sus fuerzas, jamás habia levantado la voz en particular, ni habia hecho aun protesta en favor de los derechos

de

de su silla tan reverenciada desde los primeros siglos de la Iglesia, ni habia salido en su nombre alguna de tantas cartas pastorales, que casi todos los Obispos de Francia creyéron deber dirigir á sus diocesanos al tiempo de la supresion ó desmembracion de sus sillas, ó intrusion de los cismáticos, siendo la única obra de su pluma una representacion al Rey sobre el decreto del 26 de Mayo, que condenaba á los Sacerdotes no juramentados á la deportacion, y ni aun esta obra creyó deber publicar en su nombre. En una palabra pocos Obispos habia en Francia, que no hubiesen explicado mas su zelo que Mr. Dullau; pero presto se verá, que si creyó deber hablar muy poco por temor de irritar los ánimos, no fue en él este silencio condescendencia, ni flaqueza, y que si supo callar, supo tambien morir. En el momento, pues,

en que se dexáron ver los patriotas, les salió al encuentro con la firmeza, y tranquilidad que es propia de un hombre, que conoce toda la magestad de su causa, fue conducido á la sesion, y depositado en una sala, adonde iban llegando ya Sacerdotes de otras partes.

El odio no hacia ya la distincion, que la ley entre los funcionarios públicos, esto es, los que tenian el ministerio en las parroquias, ó la enseñanza en los colegios, y los que no lo eran. Los nacionales armados llegaban con la lista en la mano á las casas indicadas como habitacion de algun Sacerdote no juramentado, echaban mano indistintamente á todos, los llevaban como en triunfo, y el populacho estúpido hacia los mismos aplausos, que si viera prisionero á todo el exército de Brunswick, y á veces intentó sacarlos de las manos de los guar-

ardias, para saciarse de su sangre. Algunos buenos ciudadanos ocultáron á muchos, ó les avisáron con tiempo para que huyesen, y era de ver la rabia de los patriotas quando se hallaban sin la presa: amenazaban, registraban, volvian á registrar, venian de nuevo, y repetian la pesquisa, especialmente quando el Sacerdote que buscaban tenia la nota de haber sido zeloso en administrar los Sacramentos á los enfermos, que no los querian recibir de los intrusos. Uno de estos era el Abate de Phrénier, Presbítero de San Sulpicio, que habia escapado un instante antes que llegaran los guardias: estos lleváron en lugar de él á el Abate de la Pannonie, y volviéron hasta nueve veces el mismo dia en busca de el primero.

En la misma parroquia vivia el Abad de Guillon, hombre que en su

juventud habia asombrado con su erudicion, y despues habia dado prueba de ella en una obra intitulada, Paralelo de las revoluciones: buscáronlo los patriotas, y equivocando la vivienda, diéron con otro eclesiástico enfermo, que tiempo habia, no aguardaba mas que la muerte: los mismos foragidos movidos de su estado lo dexáron, y fuéron á dar cuenta de su comision, volviéron, y tampoco pudiéron resolverse á llevarlo, viéndolo moribundo; hasta que siendo enviados la tercera con órdenes mas estrechas lo lleváron espirando á la sesion.

El mismo furor de los foragidos les hizo perder la víctima, que mas podian desear, porque intentando uno de ellos tres dias antes excitar un motin contra Mr. de Pansemon, Cura de San Sulpicio, y viniendo con sable en mano á pedir su cabeza, dió

ocasion á que sus amantes feligreses lo ocultasen de modo que no pudiese ser hallado. Pero de esta pérdida compensáron á los jacobinos los dos ilustres hermanos Rochefoucauld, Obispos uno de Beauvais, y otro de Saintes, que hallados ambos en su quarto, y dexando en libertad los pesquisidores al de Saintes, respondió este digno Prelado: » Señores, yo he estado siempre unido á mi hermano con » la mayor ternura de afecto, y ahora lo estoy tambien por tener con él » una misma causa, y pues que su » amor á la Religion, y horror al » perjurio son todo su delito, os ruego que creais, que no soy yo menos » reo, ademas de que me seria imposible estar preso mi hermano, y » no acompañarle yo: yo os suplico » me lleveis con él. «

Quando los patriotas eran france-

ses, este lenguage hubiera valido á los dos hermanos la libertad; pero habiéndoles ya hecho degenerar la revolucion, fuéron ambos llevados presos. Al fin de la tarde eran ya quarenta y seis los Eclesiásticos de esta parroquia, que habian sido presos, los quales conforme iban llegando se abrazaban, y daban mutuamente parabienes de verse destinados á padecer por Jesu-Christo, animándolos, y consolándolos sobre todo la presencia, palabras, y exemplo del Arzobispo de Arles. Á las diez de la noche fuéron llamados al comité de la sesion, que tenia sus juntas en el seminario de San Sulpicio, cuya casa traia á la memoria á muchos de ellos los grandes princípios de Religion, que habian aprendido en ella, quando se educaban: y si de parte de los sesionarios era nuevo ultrage para la Religion haber esco-

cogido el seminario de sus Sacerdotes para tribunal de sus perseguidores; era tambien de parte de los ministros de la misma Religion nueva gloria para ella el verlos confesar su fe delante de los tiranos en el mismo lugar en que habian aprendido todas sus obligaciones.

Juntos todos, les preguntó el Presidente, si habian prestado el juramento prescrito por la asamblea: respondiéron todos que no: replicó el Presidente: ¿hay alguno que quiera prestarlo ahora en el momento? Respondiéron: ni ahora ni nunca podemos hacer juramento contrario á nuestra conciencia. Entonces pronunció que debian quedar asegurados en la iglesia del Carmen, y en conseqüencia despues de haberlos registrado, y quitádoles los bastones, el comisario Serat puso á cada uno dos soldados, y puesto

to él á la frente, los conduxo, volviéndose de rato en rato por todo el camino, para zelar no se huyese alguno, ó mas bien para hacer alarde del órden de la marcha. Al entrar en la iglesia pasáron todos lista, y luego los entregó á los guardias con órden estrecho de impedirles toda comunicacion entre si, que fue puntualmente observado.

Muchos de estos generosos Confesores presos antes de comer no gustáron bocado hasta el dia siguiente, tampoco se dió disposicion alguna de camas, teniendo que pasar aquella noche sentados en una silla: al Arzobispo de Arles se le señaló sitio determinado, mandándole mantenerse cerca do la reja en frente de la centinela principal: á nadie le fue permitido ponerse de rodillas para hacer oracion. Acuérdome que me decia despues uno

de

de estos Confesores : » en lugar de los » himnos sagrados que hubieramos te- » nido gusto en cantar á gloria del Se- » ñor por quien padeciamos, nos fue » preciso oir toda la noche las invectivas, » blasfemias, y obsenidades de nues- » tros guardias. Nosotros estabamos » quietos en nuestras sillas, ellos se » paseaban al rededor de nosotros, se » paraban á mirarnos de firme, y era » su gusto observar el horror, que nos » causaban sus juramentos é impreca- » ciones, que por lo que hace á sus » amenazas, nos hacia Dios la gracia » de que ningun cuidado nos diesen. » Una vez queriendo darnos un prelu- » dio de la suerte que nos esperaba, » acordáron remedar las ceremonias de » la Iglesia, y cantarnos un oficio y » misa de difuntos, ignorando los des- » dichados que tal pronóstico léjos de » asustarnos, era el mas glorioso

cxî-

» exito que podian desear nuestros co-
» razones. La mañana siguiente se pa-
» só del mismo modo en un profundo
» silencio de nuestra parte, y ultrages
» continuos de la suya. Sin embargo,
» la santidad del Domingo nos alentó
» á enviar á pedir á la sesion el per-
» miso de decir y oir misa, lo que
» nos fue concedido despues de una
» larga deliberacion; pero intimándo-
» nos para moderar nuestro gozo, que
» en adelante no tendriamos otra misa
» que la de un Sacerdote juramentado.
» Esto era decirnos, que no la ten-
» driamos, porque estaba claro que
» no habiamos de comunicar con Sa-
» cerdotes cismáticos, hereges, y per-
» juros. Tambien se nos permitió com-
» prar alimento con que reparar nues-
» tras fuerzas abatidas mas que por
» el ayuno y vigilia, por los malos
» tratamientos de los que nos custo
dia-

» diaban. Los dias siguientes se nos
» trató con un poco mas de humani-
» dad, permitiéndonos hacer oracion,
» y tratar unos con otros, con lo que
» nos pareció haber recobrado toda
» nuestra libertad: desde entonces se
» pasaba el tiempo en oracion, leccion, y
» conversaciones verdaderamente chris-
» tianas, alentándonos mutuamente á
» padecer por Jesu-Christo."

Estas primeras víctimas eran poca cosa para embotar la rabia de los revolucionarios: y si hubo en Paris sesiones tales como la de las Termas de Juliano, que se negáron á favorecer los proyectos de Marat, y Robespierre por medio de la prision de los Sacerdotes, hubo otras muchas que los desquitáron de esta falta con el ardor en seguir el exemplo de la de Luxemburgo, y en todas tomaban los foragidos el cuidado de suplir por si la ne-

gli-

gligencia de las sesiones. El Domingo 13 de Agosto, y el 15 dia de la Asuncion no fuéron dias festivos, sino para dar en los diversos quarteles de esta inmensa ciudad el espectáculo de las prisiones: guardábanse con cuidado sus puertas, y apénas se dexaban salir los que corrian con la provision diaria, y raro Eclesiástico no juramentado se atrevia á parecer en la calle, aun disfrazado con el trage seglar; y si alguno queria valerse de la noche para dexar su habitacion mal segura y buscar otra menos expuesta, encontraba gran número de patrullas mas zelosas de prender un Sacerdote, que de impedir los robos de tanto foragido.

Era un espectáculo miserable toda la ciudad en estos dias de confusion y horror. Quien desde una elevacion que la descubriese toda, hubiera ten-

di-

dido contra ella la vista, hubiera percibido mil maneras de furor contra los dos grandes objetos del odio de los impíos, la monarquía y el altar. Hubiera visto en la sala llamada nacional al Rey, su esposa, su hermana, sus hijos, su aya, y una princesa su aliada presos delante de los rebeldes, y reducidos á esperar la decision de su suerte de la boca de los conjurados. Hubiera observado aquel senado monstruoso pasar de los decretos contra el Rey á darlos contra los Sacerdotes: al rededor de este banquete de la rebelion una parte de la casa real revolcándose en su sangre, un numeroso populacho acudiendo á regocijarse en las ruinas del palacio, mas cerca de la asamblea y á sus puertas, legiones de bandidos furiosos insultando con griteria al Rey preso, y aguardando con impaciencia, que se deter-

terminase el lugar de su carcelaria para acompañar con nuevos ultrages la marcha. Al mismo tiempo hubiera visto en las plazas, en los puentes, y en toda París un pueblo desenfrenado abatir y hacer piezas todas las estatuas de los Reyes antecesores, y quanto podia ser indicio de reynado : en todas las iglesias munícipes con sus satélites concluyendo el despojo de los altares, quitando hasta los últimos bronces y verjas de hierro : otros munícipes tambien con satélites dando la última mano á la destruccion del estado religioso en todos los monasterios, volviendo, arrojando al siglo todo el resto de los cenobitas, echando á empellones sin señal de humanidad à todas las esposas de Christo, oprimidas del asombro y dolor de dexar sus santos asilos, de mudar su hábito en trages del mundo á fuerza de amenazas

y

y violencias, sin darles tiempo de saber que cubierto las recibiria al salir de sus celdas: hubiera visto tambien artilleria asestada contra los mismos monasterios, para espantar á aquellas religiosas á quienes llegase el fin del dia sin haber hallado casa que las acogiese; muchas en la última ancianidad, muchas enfermas, muchas á quienes trastornaba la razon la nueva consternacion, estrechadas, atropelladas por furiosos nacionales, abandonadas en medio de las calles, atenidas á la piedad de algunos ciudadanos, que no las recogian sin temor de verse luego castigados por no haber sido tan bárbaros que las dexasen sin recurso ni asilo. En los mismos momentos hubiera visto en el quartel de San German, en la calle de San Martin, en el barrio de Santiago, en la calle de San Victor, y en otros mil pa-

parages foragidos marselleses, bretones confederados, patriotas parisienses, corriendo de casa en casa, registrando, y prendiendo Sacerdotes, llevándolos con ultrages y griteria á la iglesia del Carmen, y seminario de San Fermin, convertidos en cárceles para ellos.

Á todos estos furores contra el Sacerdocio presidian desde el fondo de su terrible comité de vigilancia, antes casa del primer Presidente del parlamento, Manuel, Panis, le Gendre, y todos los rabiosos subalternos de los impíos. Los oficiales y presidentes sesionarios, serviles y crueles ministros de estos nuevos tiranos, seguidos de gente armada y de sus secretarios llegaban á las casas de los Eclesiásticos, comenzaban asegurando á los que tenian la confianza de esperarlos, buscaban con la mayor diligencia á los que habian huido,

do, preguntaban, estrechaban á los domésticos, muchas veces los encerraban para obligarlos á descubrir á sus amos, y aun llevaban presos para el mismo efecto á los demás vecinos. Tambien eran objeto particular de la pesquisa los libros y papeles de estos Eclesiásticos, y para todo se ayudaban unas á otras las sesiones en la tarea de leer, sellando, ó enviando luego al comité qualquier diario, qualquier apuntacion sobre el Rey, ó la Religion, qualquier carta en que hubiese una palabra relativa á desear mejor órden de cosas, y sobre todo la menor prueba de correspondencia con amigos ó parientes emigrados; y muchas veces antes de ser llevados estos ilustres presos á la cárcel señalada, se juzgaba deber ser presentados al comité, para lo qual tenian que esperar, á que se juntase, dias y semanas,

nas en un cuerpo de guardia de foragidos, ó en parages mas incómodos é indecentes, insultados incesantemente por esta chusma.

Y con todo se puede decir, que no era lo peor en aquellos dias para los Sacerdotes el caer en las manos de estos jueces antes de ser llevados á la prision destinada para las víctimas: porque al fin hubo entre ellos algunos que les afeáron á los demás el descomedido modo de la persecucion, y los inclináron á su favor asi por lo manifiesto de su defensa, como por la noble confianza y seguridad con que se presentaban. De esta suerte los mismos Manuel y Panis de pura vergüenza no pudiéron determinarse á enviar á la prision á Mr. de Beausset, Obispo de Alais, que les dixo: „ Señores, „ ¡qué extraño modo teneis de inclinar „ los ánimos á vuestra revolucion! Yo tam-

» tambien he vivido en medio de ciu-
» dadanos, que discordaban de mi en
» las opiniones y en la religion, por-
» que hay en mi diócesis un gran nú-
» mero de calvinistas; pero para que
» reynase la paz el arbitrio que tomé,
» fue no ser jamás perseguidor. Yo veia
» estas ovejas separadas de la Iglesia,
» pero usaba de toda atencion con
» ellas, les hacia quantos buenos ofi-
» cios pendian de mi, y exhortaba á
» mis católicos á que se portasen del
» mismo modo con unos hombres, que
» no obstante la diversidad de su cul-
» to, eran nuestros hermanos. Con es-
» te proceder he visto conciliarse los
» ánimos, y reynar la paz y tranqui-
» lidad hasta el momento de la revolu-
» cion: parécceme, pues, Señores,
» que por este hecho no merecia yo
» ser traido á este tribunal, y que
» vosotros haríais mejor en tomar el

„ mismo arbitrio para dar fin á las
„ turbaciones y diferencias que nos
„ agitan. "

Hallábase allí uno de los jueces, que conocia al Obispo, el qual aseguró, que no habia cosa mas cierta que quanto habia expuesto, y no pudiéron menos de aplaudirlo, y darlo por libre. De otro género fue la defensa de cierto Eclesiástico noble, que respondió á la intimacion del juramento con esta franqueza, „ Señores,
„ esta constitucion persigue todo quan-
„ to tengo yo en el mundo de estima-
„ ble, despoja á toda mi familia, echa
„ del estado á mis hermanos, y pa-
„ rientes mas cercanos, les quema sus
„ palacios, atormenta á los Obispos,
„ aprisiona á los Clérigos, y á mi no
„ me dexa el mínimo recurso, ¿no es
„ preciso, que aunque yo jure, no
„ me creais? Mejor seria, pues, que

me

» me diéseis un pasaporte, y fuera
» yo á buscar otra constitucion, que
» no fuese tan cruel con mi fe y mis
» parientes. " Esta libertad desconcertó á los jueces, y les hizo dar el pasaporte, con que salió del Reyno. Algunos otros fuéron puestos en libertad, ó porque se valiéron de sus amigos para con Manuel, ó lo mas cierto, porque sabia éste que á la hora que quisiese, podria descargar en los foragidos el cuidado de deshacerse de aquellos á quienes un resto de vergüenza impedia proscribir formalmente.

Efectivamente, esta casta de hombres junta con el populacho usaba en la persecucion de los Sacerdotes no juramentados un ardor, que nada dexaba que desear á los impíos, y particularmente en las sesiones que no querian, ó no se atrevian á poner en ello alguna moderacion. La de San Ni-

 co-

colás de Chardonet estaba de tal suerte entregada á ellos, que habia tomado legalmente el nombre de sesion de los *Sans-culottes*, como la de los Franciscanos el de sesion de los *Marselleses*. De este modo el cetro que los aristocratas constitucionales habian envidiado á el Rey, y los ciudadanos á la nobleza, lo habia envidiado, y quitado á estos el paisanage de los barrios, y á estos últimamente los bandidos y la héz del populacho; pero en todas estas manos nuevas lo dirigia siempre la impiedad contra los Sacerdotes fieles á Dios.

En la sesion de los *Sans-culottes*, fue recibida con sumo aplauso la propuesta de prender á todos los Sacerdotes no juramentados, y encerrarlos en el seminario de San Fermin, donde se hallaban ya diez y ocho Eclesiásticos despojados de sus plazas, y en-

encerrados. El mismo dia, que fue el Domingo 13 de Agosto, á las ocho de la mañana fuéron llevados los Sacerdotes del seminario de San Nicolás, todos intactos del juramento, junto con sus seminaristas, y á pesar de las limosnas abundantes con que habian siempre socorrido á los necesitados del contorno, no manifestó el populacho menos zelo ni gozo en su prision. Uno de estos Sacerdotes era Mr. Bonnet, cuya caridad se conocerá por este solo rasgo: en el terrible invierno de 1788 acavaba de distribuir á los pobres quanto le habia quedado, y respondiendo que no tenia mas á unas mugeres que le pedian, dixo una: todavia te queda el pañuelo, que tienes en la mano: tómalo, pues, dixo, y podré decir ya con mas verdad, que nada tengo mio. Este fue el Sacerdote para cuya prision vino tres veces an-

ansioso el populacho. Á la llegada de Mr. Andrieux, Superior de esta comunidad con los antiguos compañeros de sus trabajos, y los jóvenes seminaristas, resonó con clamores de un gozo brutal el patio de San Fermin lleno de hombres, mugeres, y muchachos de la ínfima plebe, y sobre todos salió la voz de un hombre que decia: *dénmelos acá, que yo daré hoy cuenta de todos con mi hacha.* Á las tres de la tarde del mismo dia anunciáron unos alaridos feroces la llegada de otra presa mas notable, que era todos los Sacerdotes de la casa de los recienconvertidos, á quienes traian cincuenta hombres armados. Á la frente de estos presos venia el venerable Padre Guérin Durocher, conocido por aquella *historia verdadera de los tiempos fabulosos*, que habia asombrado al mundo por su erudicion, autor en quien la me-

menor prenda era tanta ciencia, porque además de estimar él mucho mas que toda su reputacion, el haber ganado un alma para Dios con sus instrucciones catequísticas, la acompañaba con tanta modestia y humildad, que en el trato comun parecia el hombre mas ordinario, y era menester mucho arte para hacer que entrase en materia científica; pero entonces admiraba ver salir la ciencia de su bocà, como de su propia fuente con el mismo tono y facilidad, que si se tratase de las cosas mas triviales. En este dia pareció este grande hombre apartarse la primera vez de su humilde sencilléz porque iba con sotana y manteo largo como en pompa, y ceremonia de dia festivo, glorioso de verse cabeza de los respetables Confesores de Jesu-Christo: á su lado iba su hermano, antiguo Jesuita como él,

que

que acavaba de llegar de vuelta de las misiones orientales, de donde con el mérito de sus trabajos traia conocimientos, que muchos igualaban á los de su hermano, los quales comenzaba á publicar en sus cartas sobre las costumbres, religion, y antigüedades de las regiones que habia corrido como sabio, y como Evangelista, y de todo nos privó para siempre la barbarie de la revolucion.

Con estos dos sabios llegaban otros Sacerdotes, unos cogidos en sus casas, otros en la abadia de San Victor, y otros en la casa de los expósitos, donde habian pasado muchos años en los exercicios de caridad propios de su empleo, y entre ellos Mr. de Laveze, cuyas delicias habian sido en el espacio de diez años servir á los enfermos y moribundos en el hospital del Corpus, de donde fue echado

do por haberse negado al juramento, privando de tanto bien á aquella acogida de la clase mas infeliz del pueblo. Á este Sacerdote le habia conciliado y conservado amigos, aun entre los jacobinos del Vivarés, la bondad de su caracter, y hallándose á la sazon algunos de ellos en París, le avisáron con tiempo, ofreciendo ocultarlo en sus casas; mas él temiendo que con buenos oficios y solicitaciones lo induxeran á jurar, escogió mas bien exponerse al martirio, que á la seduccion.

Tambien daré lugar entre estos ilustres Confesores al Abate Copéne, Sacerdote joven de una familia ilustre en la Guiena, el qual lleno de los sentimientos de los antiguos cavalleros, decia á los que le hablaban del juramento: „ jamás los Copénes han „ faltado á su palabra de honor, yo

dí

„ dí la mia á Dios y al Rey , y la
„ sabré mantener. " Efectivamente , la
mantuvo á pesar de la miseria á que
lo reduxéron : hallábase con una fiebre maligna , quando llegó á su casa
la pesquisa , y alentando sus fuerzas
al ver entrar aquellos bárbaros , les
dixo : „ me buscais para encerrarme
„ con los demás Sacerdotes , vamos,
„ soy con vosotros , porque conviene
„ á Copéne morir en el lecho del ho-
„ nor. " Pero no igualando las fuerzas de su cuerpo al aliento de su
alma , fue menester que lo llevaran
casi arrastrando y moribundo. Al llegar , puesto en una cama cobró un
poco de aliento , y vivió el tiempo preciso para asegurarse de que su último aliento era de Dios y de su Rey.

En la misma casa fue encerrado el
Abate Gros , Cura de la parroquia en
que estaba esta prision. Pocos Pas-
to-

tores tenian el derecho que este al respeto y amor de su pueblo, y pocos experimentáron de parte de su pueblo mas ingratitud y ultrages. Era de un caracter franco, naturalmente bueno, de un semblante, que inspiraba confianza, y tal que se leia en él el corazon sin dobléz ni artificio: amaba á sus feligreses, y particularmente á los pobres como á hijos, y era tal su amor á la paz, que alguna vez lo hacia demasiado condescendiente, como se vió en la primera asamblea, durante la qual casi llegó á flaquear por complacerlos; porque habiendo tenido valor para firmar con los del lado derecho la declaracion del 13 de Abril de 1790 en favor de la Religion católica, luego que se vió por esta causa llevado á la sesion, y acusado en ella de haber dado este paso como prueba de aristocrasia, y desafecto al pue-

pueblo, no pudiendo sufrir que se tuviese de él esta sospecha, á la verdad, no disimuló que estaba resuelto á vivir y morir en la Religion católica; pero en la idea de no ser absolutamente necesaria la declaracion pública, que habia firmado á una con aquellos que eran mirados como enemigos del pueblo, consintió en que se borrase su nombre de la lista. Esto era ya una flaqueza, y una especie de apostasía sacada de él baxo un vano pretexto; pero si las almas nobles son capaces de caer, no lo son de resistir á los remordimientos, y persistir en el mal una vez conocido. Conoció luego, que se miraba como desercion su condescendencia, y que habia comprado la paz con los sesionarios al precio de un escándalo, que era preciso reparar, y lo hizo echándose á pechos toda la indignacion de los legis-

legisladores : porque en el mismo momento en que acavaba la asamblea de manifestar su furor contra una carta pastoral publicada por el Obispo de Tolón á favor de la conservacion de la fe católica , subió á la tribuna, y pronunció lleno de valor este discurso:

» Señores , se ha dicho que yo he » retractado mi adhesion á la decla- » racion de los del menor número sobre » la Religion católica. Es la verdad » que con la ocasion de algunas tur- » baciones he hecho lo que me pare- » ció exîgir de mi la prudencia y el » deseo de la paz ; pero al presente » que veo la inutilidad de este paso, » debo declarar que jamás he olvida- » do lo que debo á Dios de quien » tengo la dicha de ser ministro , y » á la feligresia de que soy Cura , pi- » do, pues , que se tenga mi nombre » por no borrado de la lista de los

que

„ que firmáron la tal deliberacion, ó „ que se me permita ponerlo en ella „ de nuevo y para siempre. " No habiendo perdonado jamás los jacobinos este género de valerosos actos en favor de la Religion, se dexa bien entender que esta retractacion solemne fue para Mr. de Gros un manantial de persecuciones, que sufrió hasta el fin con la firmeza que habia prometido.

Desde el 13 de Agosto hasta el 2 de Septiembre subió el número de los Eclesiásticos encerrados en San Fermin á 92: conforme se cogian, se sellaban todos sus efectos, y habitaciones, y se les negaba toda comunicacion: tenian por alojamiento dos galerias, en cuyas dos extremidades y medio de cada una habia centinelas con órden de impedir el paso de un quarto á otro, siendo Mr. el Abate Boulangier, como procurador de la casa, el úni-

único que tenia permiso de verlos para proveer á sus necesidades, que eran abundante y generosamente socorridas por la caridad de los fieles, porque la sesion no les subministraba cosa alguna, ni permitia que se les traxesen sus efectos aun necesarios.

En la iglesia de los Carmelitas fuéron ciento y veinte los Sacerdotes encerrados, ó mas bien amontonados unos sobre otros desde la primera semana, y mayores los trabajos que sufriéron, hasta que se dió permiso á los fieles de acudirles con los objetos de primera necesidad. Habian pasado ya dos dias con sus noches sin otra cama que una silla, estando muchos oprimidos de enfermedades, otros de una extrema vejéz, y no pocos de una suma indigencia hasta del alimento preciso, quando movido á compasion uno de los sesionarios, que habia manifesta-

tado mas ardor en su prision, dio órden para que se dexase entrar lo que les enviasen, cautelando siempre que no se introduxesen armas. Despues fue el mismo por las casas, convidando á las personas caritativas á su socorro; pero no necesitaban de su exhortacion los fieles, que condolidos no esperaban mas que el momento del permiso; y asi inmediatamente les enviáron camas y lienzo, y diéron órden á un fondero de enviarles el alimento todo en abundancia, y particularmente una Señora, que jamás quiso dar su nombre, se hizo cargo de contribuir para veinte de los santos Confesores, mientras durase su prision. Con el mismo zelo iban en las horas señaladas los amigos á consolar, ó mas bien á edificarse con su paciencia y alegria, que era tal, que hacia venir por curiosidad á los que no los conocian.

Imagínese una iglesia de mediana extension ocupada toda hasta las peanas de los altares de camas pegadas unas á otras, y esta era la pieza en que habitaban, y dormian con mas tranquilidad, que sus perseguidores en lecho de plumas, haciendo cuenta cada noche antes de recogerse, que podia ser la última en que se entregasen al sueño, para despertar en el seno de los bienaventurados, y quando la claridad les anunciaba que tenian un dia mas en que vivir, se levantaban todos, y puestos de rodillas, daban gracias á Dios, por haberlos escogido para dar testimonio de su santa Religion, suplicándole les diese valor para perseverar hasta el fin. No se les daba el consuelo de celebrar la misa; pero ellos la suplian, diciendo devotamente las oraciones de ella, y uniéndose en espíritu á la que sabian ce-

lebraba en Roma el Sumo Pontífice á cierta hora. Mantenian, remudándose, perpetua adoracion delante del altar, se ocupaban en leccion espiritual, y el tiempo que les quedaba de estos exercicios, lo gastaban en conversacion de las cosas celestiales, enfervorizándose por este medio para el martirio.

Llegada la hora de comer, era de ver la estraña contraposicion de unos feroces soldados, que se dividian, unos á registrar lo que se entraba, atravesando con las espadas el pan, la carne, y hasta el caldo de los enfermos, por si venian ocultas allí armas, ó cartas, y otros á hacer centinela al rededor de las mesas; y por otra parte de unos santos Confesores, riéndose de las cautelas, que se usaban para mantenerlos sin armas en una prision en que estaba su gloria y felicidad.

dad. El médico cívico se habia visto obligado á pedir les fuese permitido salir á la huerta, por rezelo del contagio que se podia originar de tantas personas encerradas dia y noche con sus guardias en sitio tan estrecho, y en atencion á esto les fue concedida una hora á la mañana, y otra á la tarde, la que alteraban los guardias segun su capricho, haciéndolas tomar á veces juntas, y á veces por sola la mitad de los presos. Aun estos desahogos eran santos, retirándose los mas á una capillita de la Virgen, que habia en un extremo de la huerta, donde junto con el aire mas puro que respiraban, cobraba su espíritu nuevas fuerzas en la continuacion de sus oraciones, rezando otros el oficio, ó leyendo la Escritura, ó teniendo santas conversaciones, con lo que volvían alegres á su prision, si prision se ha de
 lla-

llamar la casa de Dios para sus Confesores.

Á este tiempo se renovaba por lo menos una vez al dia la lista, y el tono con que respondia cada qual al oir su nombre, daba bien á conocer, que léjos de haber intentado escapar, seria su pena el no estar incluido en aquel número. No era tampoco siempre igual la dureza de los guardias, porque alternando los nacionales de París con los bandidos, que se honraban con el nombre de *sans-culottes* tenian algun alivio en la humanidad de aquellos; pero el dia que tocaba á estotros feroces por genio y por educacion, experimentaban un imperio cruel en las injurias groseras, amenazas, y negativa de quanto les pedian, pareciendo á los bárbaros este proceder la mayor prueba de zelo por la patria: y esto era en tanto grado, que se viéron

ron precisados los santos presos á decir á sus parientes y amigos, que no viniesen á visitarlos el dia que tocase á tales hombres la guardia, queriendo ver y sufrir ellos solos sus atrocidades. Y con todo, aun estos mismos llegáron mas de una vez á enternecerse, viendo á unos hombres que llevaban tales ultrages con una resignacion, y aun alegria que indicaba cosa todavia mas alta, que mera inocencia. „ Yo mismo he visto, me de-
„ cia despues el Abate de la Panno-
„ nie, algunos que no podian dexar
„ de llorar nuestra suerte, y decla-
„ mar contra la injusticia, que se nos
„ hacia, á quienes tuve que persua-
„ dir que fuesen mas prudentes, di-
„ ciéndoles, que éramos mas dignos
„ de embidia que de lástima, y que
„ no sentíamos otro mal, que el que
„ se nos calumniase de aborrecer á un

pue-

„ pueblo, de quien éramos, y habia-
„ mos sido siempre los mejores ami-
„ gos; pero que aun esto sufríamos
„ por Dios en la cierta ciencia de que
„ la causa de calumniarnos así, era
„ el odio de la Religion." Muchos guardias nacionales no necesitaban esta respuesta para conocer nuestra inocencia, y despues de haber llorado por nosotros, lloraban por sí mismos, viéndose reducidos por la fuerza á hacer un servicio tan injusto.

Quienes mas golpes les daban entre todos eran los tres Prelados, aquel Arzobispo de Arles, que siempre se habia llevado las atenciones y el respeto hasta de los mismos impíos, y aquellos dos Obispos y hermanos Rochefoucault emparentados con lo mas alevado del siglo, gozando en medio de tales tratamientos de una tranquilidad, y manifestando en sus semblantes una ale-

alegria, que parecia aumentarse á medida que crecian para con ellos los ultrages. Freqüentemente se proponia á el de Arles valerse de sus amigos, y exponer sus achaques, que se aumentaban cada dia, para conseguir ser conducido á su propio palacio; pero se negó constantemente, diciendo: " que en ninguna parte podia hallar" se mejor que con tal compañia, y " solo se valió del ascendiente, que " le daba su dignidad, para el ali" vio de los demás." La tercera noche de su prision no tenia aun cama, y no se le pudo hacer que aceptase una, porque teniéndolas contadas, vió que era preciso que alguno se quedase sin ella, añadiendo asi la fuerza del exemplo á la eficacia de sus palabras, que los llenaba á todos de aliento, y su piedad y paciencia de admiracion. Pero por el mismo hecho

de

de verlo sobresalir asi en autoridad, se esmeraban los atroces guardias en acumular sobre él mortificaciones y ultrages; y teniendo presente al Salvador entregado á una impía á insolente soldadesca, sin menosprecio, y sin sobervia, como sin hiel callaba, sufria, y se tenia por el mas feliz, porque tenia mas que padecer. Un guardia brutal quiso hacerlo un dia el objeto de sus atroces juegos: sentóse á su lado, y despues de haberle repetido los sarcasmos groseros, y viles bufonadas que pudiera inventar el mas vil populacho, le dió el parabien del noble papel, que representaría debaxo de la guillotina: luego se levantó, y haciéndole profundas reverencias, lo llenaba de señorías, dándole con irrision los títulos de distincion y nobleza, que habia abolido la asamblea: viendo que paciente á todo nada respondia, se le

sen-

sentó de nuevo al lado, encendió su pipa, y comenzó á echarle el humo en la cara. Sufrió el santo Prelado, hasta que sintiéndose proxîmo á caer, mareado de la fetidéz, mudó de sitio sin decir palabra, y el bárbaro le siguió, no dando fin á su burla, hasta que perdida la esperanza de impacientarle, dió su obstinacion por vencida. Tan dueño como esto era el santo Arzobispo de los movimientos de su ánimo, con lo que estaba tan dispuesto á dar la vida por su Dios, que despertándole una noche uno de los presos, espantado de un ruido que sintió, y diciéndole: Señor, ya entran los asesinos, respondió con sosiego: y bien, si Dios pide nuestra vida, ya está hecho el sacrificio: y todavia con la palabra en la boca se volvió á quedar dormido.

No edificaban menos los Obispos

de

de Saintes, y de Beauvais. El primero habia conservado en su prision voluntaria toda su alegria natural: siempre risueño y festivo tenia su gusto en recibir, y obsequiar á todos los nuevos presos con una bondad, que les hacia olvidar facilmente sus trabajos. Sobre lo qual me dixo despues uno de estos Confesores: „ se me borráron todas mis penas, quando ví al „ Obispo de Saintes acercarse á mi con „ un aire de serenidad, que me hizo „ dudar, si era ó no, del número de „ los presos. Tampoco sabré ponderar „ quales eran para con los recienvenidos los cuidados de los dos Curas, „ Mrs. Auzurel, y Fronteau jóvenes aun: „ y lo que mas me admiraba en esta prision, si tal puede llamarse un templo que „ hacia tan augusto la presencia de „ tantos Confesores, era el silencio religioso observado por ellos en medio del

» del rumor escandaloso de los guar-
» dias, siendo de ver un gran núme-
» ro de Sacerdotes arrodillados delan-
» te del altar haciendo el oficio de
» Querubines, mientras que la impía
» soldadesca lo hacia resonar en blasfe-
» mias y demás lenguage de demonios."

En medio de estos santos exercicios pasáron los felices presos muchos sustos, creyendo llegar su última hora. Un dia particularmente oyéron á lo léjos grandes clamores del populacho mezclados con muchos tiros: íbase acercando la grita, y ya se oia el funesto *za irá, za irá*, cancion de muerte ya acostumbrada: no dudan que son ellos á quienes amenaza, corren, pues, de todos los ángulos de la iglesia al presbiterio, se arrodillan delante del altar, piden su proteccion á la Reyna de los Mártires, y ofrecen todos á Dios el sacrificio de su vida.

Quan-

Quando ven que se abre la puerta, y entrar los venerables Sacerdotes, los Curas octogenarios, los Profesores y Predicadores ancianos arrancados del asilo de la vejéz, de la casa de San Francisco de Sales, fundada para el descanso de los Eclesiàsticos inválidos, traidos todos por las cohortes del Finistére, y con ellos todos los jóvenes Levitas preparados para la casa del Señor en la de San Sulpicio junto con sus directores. » Seria imposible, dice Mr. de la » Pannonie, expresar la conmocion, que » sentimos á esta vista. Muchos de es» tos respetables ancianos apénas po» dian tenerse en pie, siendo cosa que » hace estremecer, los tratamientos » que supimos habian experimentado » en el camino, y partícularmente uno » que no pudiendo por sus enferme» dades seguir al paso con que veni» an sus crueles conductores, llegó todo

do

» do acardenalado y molido de los cu-
» latazos, que le habian dado para ha-
» cerle caminar. Luego que volvimos
» del asombro, nos apresuramos á
» procurar el posible alivio á estos
» nuevos huéspedes, de lo que nos
» hallamos abundantemente pagados
» por los grandes exemplos, que nos
» diéron, alentando nuestra resignacion
» la suya, que se dexaba ver en la sere-
» nidad de su semblante, y alegria
» con que daban gracias á Dios por
» haber dilatado sus años para darles
» ocasion de morir por su fe.» Á es-
tos se añadiéron luego todos los Sa-
cerdotes, que se halláron reunidos en
la casa de los Eudistes, * y otros
sa-

* *Eudistes Colegio Seminario de los varios que hay en París, destinados para los que aspiran á las órdenes Sacras, situado en la calle de las postas barrio de Santiago.*

sacados de diferentes quarteles de París, que antes de fines de Agosto viniéron á aumentar el número de los santos Confesores.

Los legisladores estaban bien instruidos de estas violencias, y léjos de oponerse á ellas, consumaban ellos mismos con apariencia legal la abolicion del Clero. Libres ya de los obstáculos del *veto* Real, renováron primeramente el decreto contra el hábito clerical, y despues se aplicáron á los medios de desembarazarse absolutamente de los Clérigos, dando el 26 de Agosto el decreto siguiente: „ todos los Eclesiásticos, que sujetos al „ juramento prescrito por la ley de 26 „ de Diciembre de 1790, y la de 17 „ de Abril de 1791 no lo hayan aun „ prestado, ó despues de haberlo prestado, lo hayan retractado, y persistan en su retractacion, serán obli-

ga-

» gados á salir en el término de ocho
» dias de los límites del distrito y del
» departamento de su residencia, y
» en el de quince dias fuera del Rey-
» no. En conseqüencia se presentará
» cada qual delante del directorio de
» su distrito, ó municipalidad de su
» residencia para declarar el país ex-
» trangero á que quiere retirarse, y
» se le dará sobre la marcha un pasa-
» porte que contenga su declaracion,
» su señalamiento, el camino que de-
» be tomar, y el término dentro del
» qual debe estar fuera del Reyno.
» Pasados los quince dias, los Ecle-
» siásticos no juramentados, que no hu-
» bieren obedecido á las disposiciones
» precedentes, serán deportados á la
» Guayana francesa. Los directorios
» de los distritos los harán prender,
» y conducir de brigada en brigada á
» los puertos de mar mas vecinos, que
les

» les serán indicados por el consejo
» executivo provisorio. Este dará en
» consequencia sus órdenes para hacer
» equipar las embarcaciones necesarias
» al transporte de dichos Eclesiásti-
» cos. Los asi deportados, y los que
» voluntariamente salgan en cumpli-
» miento del presente decreto, no te-
» niendo pension ni renta alguna, ob-
» tendrán doce reales por cada jorna-
» da de diez leguas hasta el lugar de
» su embarco, ó hasta las fronteras
» del Reyno para subsistir durante el
» camino: estos gastos los sufrirà el
» tesoro público, y los adelantarán las
» caxas del distrito. Todo Eclesiástico
» que se quedare en el Reyno despu-
» es de haber hecho su declaracion de
» salir, y obtenido el pasaporte, ó que
» volviere á entrar despues de haber
» salido, será condenado á diez años
» de cárcel. Exceptúanse de las dispo-

si-

» siciones precedentes los enfermos con
» certificado del oficial de sanidad, que
» se nombrará por el consejo general
» del comun, y los sexâgenarios, de
» cuya edad deberá constar igualmen-
» te. Todos los Eclesiásticos, que se
» hallaren en el caso de esta excep-
» cion, se unirán en la capital del
» departamento, en una casa comun,
» cuya inspeccion tendrá la munici-
» palidad.“

Añadia últimamente este decreto,
» que todos los demás Eclesiásticos no ju-
» ramentados seculares y regulares, Sa-
» cerdotes, ordenados de menores, y re-
» ligiosos legos sin excepcion, aunque
» no estuviesen sujetos al juramento
» prescrito por las leyes de 26 de
» Diciembre de 1790, y de 27 de
» Abril de 1791, quedarian sujetos á
» las mismas disposiciones, siempre
» que por algun acto exterior hubie-

„ sen ocasionado turbaciones, ó que
„ fuese solicitada su deportacion por
„ seis ciudadanos domiciliados en su
„ departamento." De este modo la Asamblea, que por los decretos de 29 de Diciembre de 1791, y de 26 de Mayo de 1792 habia hecho la apariencia de poner á parte los intereses de la Religion en el juramento, que exîgia de los Eclesiásticos, no se dignaba ya de recurrir á los mismos artificios; sino que volvia manifiestamente al juramento de mantener la constitucion especialmente decretada para el Clero, cuya constitucion se habia declarado ya por el Sumo Pontífice ser un conjunto de cisma, heregía, é impiedad, en que relucia el designio de destruir la Religion. Asi continuaba en ser la verdadera causa de todas las persecuciones del Clero el negarse éste al perjurio de la apos-

tasía. Asi tambien en un tiempo en que millares de jacobinos perseguian por todas partes á los Eclesiásticos no juramentados, la asamblea que hasta allí habia exîgido á lo menos el voto de veinte ciudadanos activos para el destierro de cada uno de estos Eclesiásticos, se contentó con la demanda de seis jacobinos solamente, aun para los que no exercian funciones públicas.

Parecia no permitir Dios este exceso de severidad, y la vuelta directa y sin disimulo al juramento de la apostasía, sino para apartar mas de la causa de la persecucion del Clero todo pretexto de aristocracia, para que no fuese posible negar que la verdadera causa era en ellos la fidelidad á su conciencia, y en sus enemigos el odio de la verdadera Religion.

Aun estaba muy léjos este odio de darse por satisfecho con el nuevo de-

creto: debia, en fin, descubrirse la atrocidad de los pretendidos filósofos, y que supiese el Universo qué toleran-cia era la que pedian tantos años ha, como principalísima obra de la sabiduría humana. Era menester que fuese humillada su soberbia por la sucesiva manifestacion de su odio feróz contra Dios, contra el Sacerdocio y el trono, y que aprendiesen todos en sus operaciones la realidad del deseo de Diderot, padre de todos ellos: ¡*Quando veré yo al último de los Reyes ahorcado con un cordel hecho de las tripas del último Sacerdote*! Este odio infernal habia pasado del corazon de Diderot al de Condorcet, de éste al de Manuel, Robespierre, Panis, á el de todos los munícipes del gran club, y á el de los grandes maestros de los jacobinos, porque todos ellos se llamaban filósofos, hablaban de humanidad, de to-

tolerancia universal, de las luces que habia que derramar sobre todo el género humano, del imperio de la filosofía, de la razon suprema que debia substituir al reynado de la Religion, supersticion, culto de los altares, y cetro de los Soberanos. Era este condorcetismo una verdadera secta, que se habia unido á todas las del reyno para la obra de la revolucion: al principio se valió del despojo y del robo contra los Sacerdotes: despues viniéron las varas y nervios de animales, y últimamente pareciéron las segures, y las picas: la seguridad de quedar sin castigo les habia quitado toda la vergüenza de hacer mártires, y hecho desaparecer la decantada tolerancia, y ya llegaba el tiempo, en que humillándolos el cielo mostrase ser su corazon de caníbales, y supiese el mundo, que entre la escuela de Condor-

dorcet, y la de Jourdan no habia mas diferencia que la que hay entre el artífice y su instrumento, ó entre Tiberio y sus verdugos.

Estaban ya prontas las víctimas de todos géneros, porque se habia hecho con todo cuidado la pesquisa de los pocos verdaderos realistas, que quedaban en París, y deseando los jacobinos deshacerse de los constitucionales con mas furor que de los realistas, las visitas domiciliarias hechas con pretexto de procurarse armas, les habian servido para asegurarse de los amigos conocidos del fayetismo, y de los zeladores ineptos de una constitucion bastarda que detestáron ellos siempre aun por sola la sombra de Rey que conservaba. Estaban, pues, la casa de la Force, la Concergeria, la Abadia y todas las demás cárceles de París llenas por la mayor parte de es-

tos constitucionales, á quienes queria Dios castigar por su rebelion contra el trono, llena de hipocrecia, suscitando contra ellos otros rebeldes consumados en aquella audacia y furor de que ellos habian adolecido.

Otras eran las intenciones de Dios sobre 180 Sacerdotes suyos encerrados en la iglesia del Carmen, 92 en la de San Fermin, y de 40 á 50 en otras prisiones, los quales debian tener la misma suerte, queriendo el todo Poderoso llenar al mundo de admiracion con el espectáculo de la constancia de sus mártires en áquella misma fe, cuyo imperio se lisongeaba la impiedad destruir en aquellos mismos dias. Luego que decretó la Asamblea la deportacion de los Sacerdotes, juntó Manuel el consejo de sus munícipes que, compuesto de Marat, Panis, Legendre, y un Sacerdote juramentado, deliberó

en

en secreto sobre él, y hallándolo demasiado suave, pronunció en lugar de destierro la sentencia de muerte. Llamóse al verdugo, y preguntado que número de cabezas podria hacer caer debaxo de la guillotina en un dia, como respondiese que de 500 á 600, dixéron los munícipes: de esa suerte, ninguna necesidad tenemos de ti, pareciéndoles muy lento este servicio de matar. Al salir dixo el munícipe Sacerdote: acabamos de tomar una resolucion terrible; pero necesaria, y tenia razon este apóstata, porque para acabar con la Religion, era necesario quitar la vida á todos sus verdaderos Sacerdotes.

Manuel partió de allí á la iglesia del Carmen, donde echó la vista sobre todas las víctimas, las consideró, y las contó. Hallábase entre aquellos presos un seglar llamado Duplain, cuyo

yo delito era haber dado algunos elogios á la constitucion. Este diarista habia manifestado varias veces á los Sacerdotes la admiracion, que le causaba su serenidad y resignacion, diciéndoles: *yo veo aquí algo de extraordinario, y que no padezco yo por la misma causa*, conociendo él mismo, que no era la suya la de los Mártires. Habia ya escrito à Manuel, y enviado su muger á Pethion, que á fuerza de empeños consiguió la libertad, porque no debia correr mezclada con otra la sangre de los Mártires. El pretexto con que habia venido Manuel era el exâmen de la causa de este diarista, y terminada la comision, se aproxîma á él Mr. de Salins, Canónigo de Couzerans, uno de los Sacerdotes presos, y le pregunta, si sabia el fin de esta prisision, y el delito, que era causa de ella: respondió Manuel: ,, se ha estable-

» blecido un juzgado para vosotros, » en el qual se ha comenzado por » los mayores reos, à vosotros os lle» gará la vez; pero como no sois igu» almente culpados, no puede ser una » la suerte de todos, y los que se » hallaren ser inocentes, quedarán li» bres." Insistió el Sacerdote en que le dixese determinadamente el delito, y luego señalando con el dedo á los ancianos de San Francisco de Sales, le dice: » nos acusais de conspiracion, ved que » traza de temibles conjurados tienen » aquellos pobres." Manuel añadió sin contestar: » está resuelta vu» estra deportacion, y se trabaja en » el modo de executarla: los sexâge» narios y enfermos se encerrarán en » una misma casa, y yo querria me » dixeseis si conoceis alguna mejor pa» ra este objeto que la de Port-Ro» yal: qualquiera que sea, se cerrará

en

» en estando llena, y gravaremos so-
» bre su puerta esta inscripcion: *aquí*
» *yace el que fue Clero de Francia.* En
» quanto á los otros, aquellos que el
» juzgado declarare inocentes, tendrán
» la libertad de vacar á sus negocios du-
» rante el tiempo acordado por la ley, y
» es menester tomar medidas para seña-
» larles alguna pension, porque seria
» cosa inhumana expatriarlos, y enviar-
» los á cargo de otro país sin asig-
» narles algun socorro para vivir en
» su retiro." Asi hablaba confidenci-
almente con las víctimas el mismo que
habia pronunciado el decreto de su
muerte.

Habíaseles prohibido algunos dias antes la salida á la huerta, dió órden de que se les volviese á conceder, y estaban en ella el último Miércoles de su vida, quando vino Manuel á contarlos, y observar todas las par-

partes y rincones del sitio: acercáronsele con la misma confianza y sencilléz algunos Sacerdotes, y él les dixo estar ya terminado el último decreto de la municipalidad relativo á su deportacion, y que se les notificaria a dia siguiente, añadiendo: „ debereis eva„ cuar el departamento en el espacio se„ ñalado por la ley, en lo que gana„ rémos todos; porque vosotros goza„ reis de tranquilidad en vuestro cul„ to, y nosotros dexarémos de teme„ ros; porque si quedais en Francia, „ sereis como Moisés, que levantareis „ las manos al cielo contra nosotros, „ mientras peleamos. " Algunos preguntáron si les seria permitido llevar ciertos efectos, y él respondió: „ no „ hay que tomarse cuidado por eso: „ siempre sereis mas ricos que Jesu„ Christo, que no tuvo en que recli„ nar la cabeza. " Estos dichos de un hom-

hombre que acababa de hablar de un juzgado creado para exâminar la causa, y luego dice haber de salir todos desterrados sin juicio; promete pensiones, y no quiere que piensen en la precisa prevencion para el viage, de un insensato que no acierta á disimular el temor, que le causan las oraciones de aquellos á quienes persigue, todos estos sarcasmos, necedades y burlas descubrian bastante junto con la ferocidad la turbacion y embarazo de un tirano delante de sus víctimas, entretenido en engañarlas, entretanto que llega la hora del sacrificio. Ya habia pasado el Viernes, y aun no se les habia notificado el decreto prometido, y no obstante muchos de los presos no podian creer de Manuel engaño tan indigno; pero otros conociéron, ó sospecháron toda la crueldad del proyecto, que él ocultaba mal en

aquella gravedad afectada.

Los tres Prelados mandáron á los domésticos, que tenian permiso para verlos, que no volviesen el dia siguiente sin haber pagado todas sus deudas, y traerles el recibo, cuyos pagos se negaban á admitir los acreedores, particularmente el sastre, que llorando protestaba tenian mayor necesidad de este socorro que él personas tan venerables; pero se les obligó á aceptar, por la desazon que se les causaria de otra suerte. El mismo dia tuviéron otro presagio, que pudo darles bien á conocer lo que se intentaba; porque siendo asi que desde su entrada en la prision se les registró cuidadosamente, no dexándoles ni cortaplumas, ni tixeras, que se exâminaban con cuidado quanto entraba, y aun la comida, que á la mesa solo se ponian para tanto número de per-

personas catorce cuchillos, los que se recogian al punto, y se contaban, y que freqüentemente se desenvolvia todo, especialmente las camas, de modo, que era imposible que hubiese armas ocultas; con todo, este dia no solo se hizo el registro dos veces y con mas esmero, sino que se quitó de la iglesia quanto habia movible, sin dexar en ella ni una cruz.

Por fortuna quedó olvidado un Crucifixo, que se apresuráron los dichos Sacerdotes á colocar sobre el altar, y delante de él ofreciéron todos su vida, adorándolo, y encomendándosele muy particularmente aquella noche. Ya dormian sosegadamente quando á las onze los despertó un nuevo rasgo del mas pérfido disimulo, que fue venir Manuel y Pethion á intimarles tan á deshora el decreto del destierro. Muchos se volviéron á dormir esperando

ver

ver por la mañana abrir las puertas para su salida; pero otros sospecháron de cosa tan intempestiva. La verdad era, que entonces mismo se estaba abriendo una sepultura capaz de todos ellos, ajustada el dia antes por cien escudos á cada trabajador. Pasóse el Sábado en los exercicios ordinarios de piedad, y en la vana esperanza del cumplimiento de lo notificado aquella noche. El Domingo hubo la misma seguridad, sin mas novedad que haberse retardado la hora del esparcimiento en el que notáron algunos, que habian sido observados con mas cuidado. Al volver á la iglesia hallàron mudada la guardia mas temprano que lo acostumbrado, y uno de los nuevos guardias les dixo: » no temais nada, Señores, si acaso vinieren á acometeros, nosotros somos » bastante fuertes para defenderos. »

No pudiéron comprehender bien el sentido de estas palabras, porque ignoraban lo que pasaba entonces mismo en la ciudad, puesta en la mayor consternacion por la toma de Longwi, y la noticia del sitio de Verdun por el exército de Brunswick. Los conjurados habian deliberado sobre retirarse de la capital; pero Danton, ministro de la justicia, habia concebido otros medios para rechazar á los austríacos y prusianos: queria, segun la expresion del dia, que se levantase la Francia toda entera; pero que comenzase por deshacerse de todos aquellos á quienes tenian amontonados en las cárceles los munícipes, tanto realistas, como apasionados á la constitucion, y sobre todo, Sacerdotes no juramentados. Conforme á esto se señaló para la horrible execucion el Domingo dos de Septiembre. En este dia á fin

de conmover al pueblo, se esparció la falsa voz de haberse rendido ya Verdun. Los munícipes anunciáron á la asamblea, que iban á convocar al vecindario para levantar un exército de sesenta mil hombres, que á medio dia se dispararia el cañon de señal, y se tocaria á rebato para convocar al campo de Marte á los ciudadanos dispuestos á marchar. Todo Paris estaba consternado, y en esto los munícipes en lugar de juntar gentes en el tal campo, repartian á sus bandidos y verdugos en los parages oportunos á su intento, dándoles las últimas instrucciones. Durante estos preparativos, se sirvió la última comida á los Sacerdotes del Carmen, y en toda ella no hacia mas que repetirles el oficial de guardia: *quando salgais se dará á cada uno lo que es suyo.* Comiéron tranquilamente, y con mas gusto que lo

acostumbrado, y ya estaban ocultos los asesinos dentro de la casa. Difirióse el paseo, y á las quatro de la tarde, quando creian ya los presos que no lo habria, no solo se les permitió salir, sino que contra lo acostumbrado obligáron á los ancianos y enfermos, y á todos los que quedaban rezando en la iglesia á que saliesen á la huerta. Es esta huerta, adonde salian, un quadrado dividido por calles en quatro divisiones: al medio dia tiene las paredes del convento, al oriente una parte de la iglesia, de donde se sale á ella, atravesando un corredor, y en el ángulo del norte una capillita abierta con sus rejas, á la qual se retiraban siempre algunos, para continuar sus devociones, mientras tomaban el aire.

Reunidos en la huerta los ciento y ochenta Sacerdotes, comenzaban

sus acostumbrados exercicios, sin hacer alto en que al salir á ella, habian visto doblada la guardia, quando de repente se oyó á lo léjos un ruido, que era de unos bandidos, que atravesaban una calle vecina, caminando para la Abadia. Al oirlo los que estaban ocultos en el corredor, que daba á la huerta, sin poderse contener, por entre las rejas de las ventanas tienden las bayonetas, y las picas, y mueven los sables gritando: ¡*malvados! ya llegó la hora de vuestro castigo*, añadiendo mil imprecaciones. Á esta vista se retiran casi todos los Sacerdotes al extremo de la huerta, se ponen de rodillas, ofrecen á Dios el sacrificio de sus vidas, y se dan mutuamente la última bendicion.

El Arzobispo de Arles estaba entonces cerca de la capilla con el Abate de la Pannonie, que le dixo: *por lo vis-*

visto, Señor, vienen á asesinarnos. » Y
» bien, amigo, respondió el Arzobis-
» po, si es la hora de nuestro sacri-
» ficio, sometámonos, y demos gracias
» á Dios de poder ofrecerle nuestra
» vida en defensa de tan buena cau-
» sa. » Quando él decia esto, habian ya forzado los bandidos la puerta de la huerta en número de solos veinte, á que despues se agregáron otros diez, y se dividen por las diferentes calles, dando furiosos alaridos. El primer Sacerdote que encontráron, fue el Padre Geraul, Director de las Señoras de Santa Ysabel, que se habia quedado rezando en su breviario junto al estanque, sin interrumpir el oficio por el estrépito y susto: cayó al primer sablaso, y lo rematáron otros dos atravesándolo con las picas. El segundo que sacrificáron fue Mr. Salins, á quien tanto habia dicho Ma-

nu-

nuel sobre medidas para las pensiones : iba á hablarles, y al punto cayó muerto de un balazo.

Los asesinos que habian tomado por la calle, que iba á dar á la capilla, se adelantaban gritando: *¿donde está el Arzobispo de Arles?* El qual los esperaba en el mismo puesto sin la menor alteracion. Llegan los asesinos al grupo de Sacerdotes, donde estaba el santo Prelado al lado de Mr. de la Pannonie, y preguntan á éste: *¿eres tu el Arzobispo?* Él junta las manos, baxa los ojos, y no responde, vuélvense hácia el mismo Arzobispo, y le dicen: *¿eres tu malvado?* Si señores, dice, yo soy. Y ellos entonces gritan: *¡ha malvado! ¡tu eres el que has hecho derramar tanta sangre de patriotas en Arles!* Señores, jamás he hecho mal á nadie que yo sepa. *Bien,* dixo uno de ellos: *ahora voy á hacer-*

te-

telo yo á tí : y diciendo y haciendo, le descargó un sablaso en la cabeza. El Prelado inmoble esperaba la repeticion sin hablar palabra, dale otro verdugo el segundo con el que le desbarata la cara: él siempre mudo, y todavia en pie, se lleva las manos á la herida, y en este estado recibe otro en la cabeza, del qual cae en tierra, y respirando aun, otro bandido armado de una lanza le atraviesa el pecho con tanta violencia, que no pudo sacar el acero: pone entonces el pie sobre el cadáver, y sacándole el relox, se lo muestra á los compañeros como precio de su triunfo. Entre tanto unos quince ó veinte Sacerdotes de los mas jóvenes se habian aprovechado de la facilidad de saltar una tapia para huir por las casas vecinas; pero haciendo muchos de ellos la reflexîcion de que esto podia enfurecer mas los asesi-

sinos contra los demás Sacerdotes, se volviéron á dentro, y se juntáron con ellos, lo qual visto por los asesinos, pusiéron allí un centinela con la espada en una mano, y una pistola en la otra.

Viendo caer al Arzobispo, entonáron los asesinos aquel su canto de cannibales, que junto con los feroces asentos de los marselleses, resonaba en toda la huerta al compas de la matanza. Habíase refugiado un gran número de Sacerdotes en la capilla, esperando allí la muerte en oracion con un profundo silencio: acude allá una parte de los verdugos, y por la baranda desde fuera apuntan al monton, y hacen su descarga: en espacio tan estrecho caen unos sobre otros, los que quedan de rodillas, mientras esperan su golpe se ven rociados todos de la sangre de los caidos, la qual corria

ya abundante por el suelo. Cayó el Obispo de Beauvais quebrada una pierna, y le tuviéron por muerto los Sacerdotes que estaban á su lado, sobre él cayéron luego otros muchos, de todos los quales no se oyó siquiera una queja, como me dixo despues Mr. de la Pannonie, que retirado allí despues de la muerte del Arzobispo de Arles, escapó por voluntad divina.

En campo mas abierto perseguia el resto de los asesinos á los Sacerdotes esparcidos por la huerta, echándolos por delante, y derribando unos á sablasos, atravesando á otros con las picas, haciendo fuego sobre otros, repitiendo el horrible canto de su *carmaniola*, vomitando las atroces injurias de malvados, bribones, ladrones, y añadiendo para hacer mas patente, que todo era odio de la Religion: „ ya no engañareis al pueblo con el pedazi-

zito de pan sobre el altar: que venga, que venga aquí á favoreceros aquel Papa, aquel antechristo que tanto habeis defendido, y os saque de nuestras manos." Enfurecíanse sobre todo de verlos serenos, y no pudiendo llevar que esperasen la muerte de rodillas haciendo oracion, les decian: levantaos, hipócritas, y corred, obligándolos á dispersarse, para tener el bárbaro y brutal placer de correr tras ellos cômo cazadores, y matarlos como á fieras.

En esto llegáron otros bandidos, y con ellos un comisario de la sesion llamado Violet, que comenzó á gritar: *deteneos, deteneos, no es tiempo aun, ni eso se ha de hacer asi*. Porque efectivamente se habian dispuesto estas matanzas con otro órden á fin de poder certificarse de el número de las víctimas, y que ninguno se escapase

con

con la confusion: gritaba tambien á los Sacerdotes que volviesen á la iglesia, prometiéndoles que allí estarian en seguridad. Ellos se esforzaban à obedecer; pero los verdugos rabiosos, porque entendian que se les queria quitar la gloria de acabar con ellos, se hacian sordos á las voces del comisario, y rechazando á los que se acogian á la iglesia, tendiéndoles las bayonetas y picas, les hacian retroceder hácia los que venian tras ellos, y otros les hacian fuego de travesia: ni cesaba en el otro extremo de la huerta la carniceria; pero en medio de ella pasó una escena, cuya relacion dexará respirar algo de tantos horrores á la humanidad. Mr. Dutillet se hallaba con otros Sacerdotes arrimado á una pared, quando vino hácia él uno de los asesinos, y deserrajó tres veces contra él la pistola, sin que diese

se fuego: asombrado el hombre, comenzó á decir: *aquí hay un Sacerdote invulnerable, yo no me arrojo á dispararle otra vez*: pues yo, dixo otro, no soy tan delicado, voy à matarlo. No, repuso el primero, yo lo defiendo, que tiene traza de hombre de bien, y diciendo esto, se puso delante de él para cubrirlo. Mr. Dutillet mirado por aquel marsellés ya casi como compatriota, vió que estaba en estado de alcanzar el mismo favor para los Sacerdotes, que estaban con él, siendo camaradas de aquel verdugo otros que habian acudido, quando salen al frente dos Sacerdotes, y dicen: *nosotros no pedimos gracia: si son reos nuestros hermanos, nosotros lo somos como ellos, su Religion es la nuestra, y estamos dispuestos á defenderla con la vida.* Entonces dixéron los verdugos: *mueran, pues que quieren morir*: y al instante los matáron. Mr. Dutillet mode-

deró este zelo en los demás, y aunque obligado á entrar con ellos en la iglesia, allí tambien lo conoció su protector, y lo libró del segundo acto de la matanza.

Á fuerza de gritar el comisario pudo lograr, que se dexase franca la entrada en la iglesia: los primeros que lo lográron, corriéron á postrarse á los pies del altar, y los demás que fuéron llegando se colocáron en el presbiterio, y en el coro que está detras del mismo altar, porque á ninguno se permitia quedarse en el cuerpo de ella. Los bandidos habiendo acabado á tiros con los ancianos, que no podian llegar tan á prisa, acudiéron á entrar tras de los otros, imaginando siempre que les querian quitar aquel resto de sus víctimas. Alcanzó á impedirles la entrada el comisario, y entonces asomándose á una re-

reja que dá al coro, miraban como leones rabiosos aquella parte de su presa, tendiendo las picas, y blandiendo por entre los hierros los sables y lanzas, probando muchas veces á arrancarlos, y forzar por allí la entrada. No eran todos de la hez del populacho, porque el acento y lo limado del discurso descubrian entre ellos á algunos hombres finos, á quienes habia entusiasmado para mezclarse con tal canalla, y acomodarse á tal oficio el odio contra los Sacerdotes, aprendido en la filosofia de los clubs, y en el discipulado de la escuela del dia. Particularmente uno de quien se diria baber hecho su curso de educacion con Diderot, Helvecio, ó Condorcet, decia: » malvados asesinos, » monstruos, viles hipócritas, verdade- » ros enemigos de un pueblo engañado » largo tiempo con vuestras lecciones, ya

» ya ha llegado por fin el dia de la
» venganza. Muy lenta seria la espa-
» da de la ley para vengar vuestros
» atentados, á nosotros toca lavar hoy
» con vuestra sangre la injuria de las
» naciones, y vengar á los verdade-
» ros amigos de la patria. Estábais
» consentidos en quitarnos, llevándolo
» todo á fuego y sangre, nuestras
» posesiones, saquear y robar nues-
» tras casas, y degollar nuestras mu-
» geres, é hijos. Si, si, muy lenta
» vendria para exterminaros la espa-
» da de la ley." Á estas razones añadia un torrente de blasfemias, que se dirian copiadas de una coleccion de Voltaire, y vomitándolas, centelleándole los ojos, estremeciendosele el cuerpo, rechinando los dientes, dando fuertes patadas, estendiendo el brazo con un largo sable, se enfurecia por no poder alcanzar á alguno de

aque-

aquellos Sacerdotes que postrados, y levantando las manos al cielo, pedian para él misericordia.

Á este tiempo quedó todo en un repentino silencio como en una gran novedad, que llamaba á todos la atencion, y era que los mismos asesinos, que habian herido al Obispo de Beauvais lo traian con cierto género de compasion, y respeto, arrepentidos del caso, y como queriéndolo curar, lo pusiéron en una de las camas: su hermano el de Saintes, que no hacia mas que preguntar donde estaba (pidiendo á Dios que no le separase de él) corrió á abrazarlo luego que lo vió, y queriendo hacer con él los últimos oficios del mas estrecho y antiguo amor, lo separáron por fuerza, porque volviendo á encenderse despues de aquella suspension la rabia de los verdugos, arrolláron al comisario, y entrando de tro-

pel en la iglesia, compelidos al altar mayor todos los Sacerdotes, y forzados á levantar los que estaban arrodillados, porque no podia sufrir su impiedad esta postura, iban ya á comenzar de nuevo la carnicería, habiendo afilado los sables y picas en el ara del altar, quando llegando, y juntándose al comisario los xefes de esta matanza, pudiéron hacerles entender, que no se les quitaban de las manos aquellas víctimas, sino que debian sacrificarlas con el órden y modo que estaba trazado. Suspendiéronse entonces, y allí mismo se les hizo su proceso por los mismos verdugos: preguntáron á todos: ¿habeis hecho el juramento? respondiéron, no: uno añadió: hay entre nosotros muchos á quienes no comprehende la ley, porque no son funcionarios públicos: dixéron los verdugos, no importa eso, ó jurar, ó

morir todos : pues morir , dixéron ellos, y comenzó la nueva escena mas sosegada ; pero no menos atróz , con los que quedaban , que eran casi ciento.

El mismo comisario , que los habia llamado á la iglesia , asegurándoles que no se les haria mal alguno , puso su tribunal en el corredor , que salia á la huerta , (llamado en adelante el parque de los ciervos) y fue el exercicio de su autoridad hacer desfilar por delante de él las víctimas , tomarles el nombre , y certificarse de que quedaban sacrificadas. Las guardias nacionales , que siendo superiores en número á los verdugos , les habian dexado el campo libre para el sacrificio, que habian hecho tan sin órden , se formáron delante del Santuario para que ninguno se escapase , y otros fuéron à guardar las puertas , para que no entrase el pueblo á servir de em-

barazo en la execucion. Los verdugos tomáron su puesto parte en lo alto, parte al pie de la escalera, que baxa á la huerta, y parte iban á escoger y traer de dos en dos las víctimas. Al salir cada par, gritaban *viva la nacion*, y dando sobre ellos á esta voz, á unos sacrificaban en lo alto, á otros precipitándolos por la escalera, los atravesaban quantos podian: luego que espiraban, se repetia *viva la nacion*, celebrando la victoria, y à esta señal salian otros dos. Los Sacerdotes desde la iglesia oian la grita, veian ir faltando los compañeros, y en un paso capaz de infundir tanto miedo, no permitió Dios que flaquease ni uno solo: levantábanse luego que les llegaba su vez, unos con aquella serenidad propia de quien está seguro de hallarse en el instante siguiente en su eterna felicidad, otros con la prisa

y alegría que da la inocencia convidada por los Ángeles á las bodas del cordero: hubo quienes, no interrumpiendo por eso el oficio divino, saliéron con los ojos en su breviario, acabando de pagar á Dios el tributo diario de sus alabanzas debaxo de la espada de los asesinos, y quienes llevaban en la mano la sagrada Escritura, haciendo alarde de las promesas contenidas en ella para los que daban la vida por sus verdades. Algunos con un semblante magestuoso daban una mirada de compasion hácia sus verdugos, y se arrojaban á sus lanzas. Muchos de estos ilustres Confesores, ó en enseñanzas públicas desde las cátedras, ó en doctos comentarios habian empleado sus ingenios en defender la Religion contra los sofismas de los impíos, y los errores de la constitucion pretendida ci-

civil del Clero: estos se levantaban dando gracias á Dios de poder confirmar con la efusion de su sangre la verdad de sus doctrinas. Otros en fin en el momento en que los llamaban, daban la última mirada al Crucifixo, y le decian por última recomendacion: *Señor, perdónalos, que no saben lo que hacen.* Asi fuéron al suplicio unos hombres, á quienes me glorío mucho haber conocido, tratado, y tenido á unos por parientes, á otros por maestros, á otros por amigos, de quienes quiero individualizar aquí algunos, porque todos es imposible.

Mr. Luis Hebert por su modestia, tierna devocion, é inagotable caridad junta con una rara prudencia, era padre mas que Superior de los Eudistes. Habia comprado él mismo la casa de estos, para asilo de los Eclesiásticos en los peligros de la capital.

Sa-

Sacado de la obscuridad que él amaba; era el exemplo del Clero, la veneracion de su Congregacion, de la qual fue General, y la confianza del Rey, cuya corte habia huido hasta aquel momento en que necesitáron los Sacerdotes, no la intriga, sino el valor y la piedad para llegarse á ella. Estos eran ya sobrados títulos para merecer el odio de los jacobinos: buscáronlo, y aunque pudo, no quiso burlarse de sus pesquisas, dexando el hábito clerical: acompañóle su modestia hasta al martirio, y sosegado con ella, baxos los ojos, y sin pronunciar una palabra, cayó á los pies de los verdugos como una oveja delante de quien la degüella. Mr. Luis Menurét, Superior de los venerables Sacerdotes inválidos de la casa de San Francisco de Sales, antiguo Cura de Montlimard, no menos digno del odio de

de los impíos, firme, de un corazon enemigo de todo disimulo, lleno de la ciencia de su estado, acompañada de una lógica, á que no habia resistencia, cuyas preciosas qualidades me lo habian hecho mas estimable que los lazos del parentesco, habia compuesto una obra cuyo título era: *La constitucion pretendida civil de el Clero convencida de error, y de cisma*, obra asi como sin lisonja en el título, asi demostrativa de él sin efugio, y lo que vale mas, sostenida por él en su porte, porque llamado como Superior de una casa eclesiástica para hacer el juramento delante de la municipalidad, y de sus feligreses, respondió: „ Señores, sé lo que puedo concederos, y „ lo que me obliga á negaros la con„ ciencia: pues que para vosotros na„ die puede ser patriota, sino juran„ do conservar la nueva constitucion,
ha-

» haré el juramento pero con la condi-
» cion de que lo insertareis en los re-
» gistros, y yo firmaré la restriccion
» que pongo, que es, exceptuando
» formalmente quanto en ella se opone
» á la *justicia, y á la Religion.*" Reclamáron todos á voces; pero él se mantuvo firme, y no se le pudo sacar otra cosa: lo amenazáron, lo calumniáron, le saqueáron la casa; pero no lo dobláron. Llevado á los Carmelitas, pareció estar en el lleno de sus deseos, avivando mas su natural festivo la alegria de verse preso, que era tal, que se comunicaba á los demás. Habia previsto bien el paradero de la persecucion, hecho su testamento, y desde entonces parecia un hombre despedido de la tierra, y ya con el pie en el estrivo para el cielo; de modo que por él especialmente se puede creer, que dió aquel tes-

ti-

timonio tan glorioso para los Mártires, y tan ageno de sospecha el mismo Violet, comisario que presidió á la execucion, quando á los dos dias despues de ella dixo con un entusiasmo involuntario: *yo me pierdo, y me abismo de asombro: no lo entiendo, y quantos se hubiesen hallado allí, quedarían igualmente sorprehendidos: estos Sacerdotes iban á la muerte con la misma alegria que si fuesen á una boda.*

Mr. Gagneres Desgranges salió á morir con aquel aire de Patriarca, que concilía irresistiblemente la veneracion. Fue muchos años mi maestro, y me llamaba su hijo. ¡Qué extension y variedad de conocimientos! Matemática, física, historia; todo le era familiar. *Es un hombre* (escribiéron de él) *que todo lo ha leido, y nada ha olvidado.* ¡Son estos los hombres que nos quita la revolucion! Él la conoció bien des-

desde su principio, y desde los primeros dias de Enero de 1788 me habia enviado una memoria, cuyo objeto era la conducta del ministro Brienne, y la de Neker relativamente à la Religion, la debilidad y condescendencia de Luis XVI con estos dos azotes de la Francia, y las desgracias que de ella resultarian á él mismo Rey, y á su familia. Habia él deducido estos resultados del órden de la Providencia divina; de la historia de los tres últimos siglos, y de los diversos Príncipes de la Europa. Era imposible hacer de esta memoria el uso, que su venerable autor queria, que era insertarla en el diario eclesiástico: le representé, que Brienne era el todo poderoso del dia, que lo mas suave que haria, seria suprimir el diario, y se inutilizaba todo su trabajo, y me respondió asi: » ¿no crees tu poder insertar

en

„ en él esta memoria? Bien, no por „ eso dexará de verificarse quanto di- „ go, y se cumplirán los designios de „ Dios." Y luego con un aire y tono de Profeta añadió: „ ¿ves este ni- „ ño? (era el primogénito del Rey, „ entonces bueno y sano) morirá. ¿Ves „ este hombre? (el Rey) perderá su co- „ rona." Ya se habia verificado la funesta prediccion ó congetura, quando él dió su vida por la misma Religion cuyos ultrages se habian de vengar con tantas desgracias.

Víctima harto voluntaria fue Mr. Galais, Sulpiciano. En el extremo de una calle de la huerta libre de los asesinos estaba subido en un arbol, pronto ya á saltar por la tapia, quando vió pasar á Mr. Bardet, y al Obispo de Saintes, que se acogian á la iglesia, avergonzóse, de haber intentado separarse de la compañia

de

de los Confesores , baxó , y se unió á ellos para seguirlos à la iglesia, teniéndose por feliz en haber obedecido á la inspiracion , que lo llamaba al martirio.

Tambien habia estado á punto de escapar Mr. Lefevre : lo habia puesto á su lado el comisario , que lo protegia , quando uno de los asesinos le hizo algunas preguntas , y diciendo él, que sobre ellas se explicaria, le replicó el asesino : nada de explicaciones, redondamente, y sino con los otros. Bien, dixo Mr. Lefevre , mejor quiero ir con ellos , salió al frente y fue sacrificado como los demás.

De un mérito igualmente conocido fuéron Mrs. le Franc , y Bousquet , uno Superior de los Eudistes de Caen , autor de dos obras especialmente oportunas para dar á conocer las causas de la revolucion , baxo el título de *El velo corrido , y conjuracion contra la*

Re-

Religion católica y los Soberanos, y el otro que prometia en su juventud ser uno de los hombres mas doctos en el derecho canónico· Lo mismo los tres hermanos Thorames, estimables por sus talentos, por la dulzura de su natural, y por lo edificativo de su zelo y piedad. Otros dos hermanos Mrs. de Nativelle, Vicario el uno de Argenteuil, y el otro de Lonjumeau, que yendo ya á ser sacrificados, acudiéron los vecinos de la calle de Bussy con el intento de librarlos, asegurando que jamás estos dos Eclesiásticos habian causado turbacion alguna, y que si ellos no eran de la religion constitucional, la misma constitucion les permitia seguir la que quisiesen: el comisario los oyó favorablemente, y los dió por libres: consintiéronlo tambien los executores, y ya se iban los dos, quando se les dixo: un instan-

te

te, Señores, es menester jurar *la libertad y la igualdad.* Ellos que en toda la serie del suceso habian visto la confirmacion de los principios de la revolucion de su anarquia, horrores, é injusticias, respondiéron que mas bien moririan. Miraos bien en ello, dixo el comisario, entregándolos por algun tiempo á sus mediadores: estos usáron de quanto les inspiró su cariño para persuadirlos; pero razones, ruegos, lágrimas, todo fue inutil. Los buenos Sacerdotes persuadidos á que no era menos contra conciencia este juramento, consumador de la revolucion, se mantuviéron firmes, y los buenos ciudadanos que habian venido á librarlos, los viéron sacrificar como los demás

En esta legion de Mártires perdiéron los de San Sulpicio ocho de sus directores: los Benedictinos á Ambrosio

sio Chevreux, su General, Luis Barreau, y Massey: los Capuchinos al Padre Morel, suiso: la Sorbona á Mr. Hermés, cuyo zelo habia dado excelentes obras inteligibles á los mas simples fieles: la casa de Navarra á muchos de sus profesores, y Mr. Keraurum, su Provisor: los Doctrinarios á Mr. Felix, su Superior: los Franciscanos al Padre le Burté, su Guardian, en una palabra, pocas casas eclesiásticas carecen de la honra de contar algunos de sus miembros entre estos Mártires.

Los antiguos Jesuitas tenian tambien en el Carmen muchos de los venerables restos de su compañia. Fuera de Mr. Gagneres Desgranges, estaban entre ellos aquel Millou, á quien solo faltaba un poco de salud, para ser el Bourdaluc de su tiempo, Friteyre-Durvey y Legué dos de los mejores predicadores

de-

de París, Bonneau conocido por sus obras, y especialmente por su *memoria para leer en el consejo del Rey, en* 1787, en la que hubiera podido el Monarca hallar trazada su suerte, Delfaut, Arcipreste de Sarlat, diputado de la primera asamblea nacional, cuyo único consuelo era haber salido su conciencia inmune de todo juramento: este hombre media hora antes de la entrada de los verdugos habia enviado á decir á los que le sustentaban, que jamás se habia hallado mejor ni mas alegre. Estaban tambien los dos antiguos jesuitas, Rousseau, y Villecroin, el primero director de las Señoras de la Visitacion, y el segundo de las religiosas de Belle-Chasse, que viniendo de cumplimentar á un amigo, que habia escapado de la pesquisa, fue cogido él, y encerrado en el Carmen, donde murió con la misma constancia que los demás. La

ma-

mayor parte de los otros eran ó Curas respetables, ó Tenientes y agregados á parroquias, ó Vicarios generales, que probáron en este dia ser dignos de derramar su sangre por Jesu-Christo, y de la confianza, que habian hecho de ellos sus Obispos.

En medio de tantos Sacerdotes habia desde el principio un seglar, cuya fe, y deseo del martirio era digno de los primeros fieles. Llamábase Mr. Regis de Valfons, oficial antiguo del regimiento de Champagne. Este fervoroso christiano, quando vió llevar preso á su Confesor, Mr. Guillemenet, corrió á encerrarse con él, allí exercitado en continua oracion y exercicios de caridad, no siendo inferior á los Sacerdotes en el desprecio de la vida, al oir llamar á su director para el martirio, se levantó, se puso á su lado, y saliendo á pa-

so igual con él, como acostumbraba en las horas de paseo, rezando el uno en su breviario, y leyendo el otro en la Escritura, recibiéron el golpe, que les abrió á un mismo tiempo las puertas de la gloria.

Asi acabáron quantos entrando en la iglesia al tiempo de la primera matanza, halláron lugar en el presbiterio. Luego que este sitio no ofrecia ya mas víctimas, se vino á las que se habian colocado en el coro: entró primero á contarlas uno de los verdugos, como para respirar un poco, y repastarse con la vista de las que le quedaban, matando con los ojos aquellos instantes, que cesaba de hacerlo con las manos, y viéndolos arrodillados, les dixo: „ orad, si, orad, „ que no escapais ninguno." Fue luego llamado Mr. Gallais, aquel que estando ya para salvar la tapia, no pu-

pudo resolverse á huir la ocasion del martirio. Hacia dos dias que lo habian hecho ecónomo de todos los compañeros, y no habia pagado aun el gasto: saliendo, pues, á morir, se llegó al comisario, y le dixo: » no » he tenido conyuntura de ver al hos- » telero, á quien se le deben estas » trescientas veinte y cinco libras, que » tengo el honor de presentaros, cre- » yendo no poder confiar este pago á » manos mas seguras. Por lo que hace » á este relox y cartera con billetes, » mi familia no los necesita, y vive » muy distante. Suplicoos, pues, que » se expendan en limosnas." Dixo, y fue á morir. Otros Sacerdotes encomendáron á otras manos diversos efectos para sus familias, cuyas comisiones no se viéron cumplidas.

Fuéron asi llamando á otros, y de los últimos fue el Obispo de Sa-

íntes, á quien parecia haberlo reservado la providencia para que no entrase en el cielo sino un instante antes que su hermano, cuya union era justamente la que celebra la Iglesia de verdadera hermandad, que no fue violada con discordia alguna, y tuviéron la gloria de derramar junta su sangre, para entrar á un mismo tiempo en los palacios celestiales; porque inmediatamente despues de executado el martirio de este, entráron en la iglesia los verdugos gritando: ¿donde está Francisco de la Rochefoucault, Obispo de Beauvais? Á esta voz los nacionales que estaban por delante de él en fila, no respondiéron; pero se abriéron para descubrir la cama donde estaba: lléganse á él los verdugos, y les dice: *yo no rehuso morir como los demás pero bien veis que no puedo andar solo hacedme la caridad de ayudarme á ir adon-*

adonde me quereis llevar. Lo sostuviéron por los brazos, y lo ayudáron á ir como arrastrando al sitio, en donde fue casi el último que sacrificáron.

Habia durado la execucion casi tres horas, y los ciudadanos de París llenos de consternacion no habian hecho la mínima diligencia para impedirla. El comisario del Luxemburgo pareció haber recibido órden para presidirla, mas bien que para oponerse á ella, y la asamblea no se habia dignado atender à los avisos, que le llegaban de lo que estaba sucediendo. El populacho que gusta siempre de estos espectáculos, habia acudido mas bien á la Abadia, donde á la misma hora tenia la constitucion sus desgraciadas víctimas, como en el Carmen la Religion sus dichosos mártires; y asi la gente que habia á la puerta esperando que se abriese, no era mucha, y

esa la hez del pueblo, porque á la gente mas honrada no dexaba de ocuparla algun horror la muerte de los Sacerdotes, cuya causa era bien notoria. Al punto que se abrió, se arrojó la turba á despojar é insultar á los cadáveres, y regocijarse con la vista de la sangre. De los verdugos fuéron unos celebrando su atroz triunfo, blandiendo los aceros teñidos en sangre, como las manos y ropa, y cantando la horrible *carmaniola* por las calles del barrio de Luxemburgo; los otros se entráron en la iglesia, donde mezclados con los guardias, pasáron el resto de la noche en cantar y beber á la salud de la atroz jornada. En medio de esto oyen un ruido junto á un armario embutido en la pared, y ven asomar un hombre teñido en sangre, era Mr. Lostande, que despues de haber recibido algu-
nos

nos sablazos en la primera furia de la huerta, aprovechándose de la confusion, habia entrado en la iglesia de los primeros, y se refugió en aquel hueco: al verlo gritan, otro, otro, muera tambien: van hácia él con los sables, y él les dice: „ Señores, en „ vuestras manos está mi vida, sé lo „ que vais á hacer; pero mas que el „ temor de vuestros aceros me atormenta una sed cruel, á que no puedo resistir: dadme un poco de agua, „ ó quitadme la vida prontamente. " Comienzan á ablandarse á estas palabras, quando les llama la atencion uno de ellos que grita, aquí hay otro: era Mr. Dubray, Sacerdote de San Sulpicio, que se habia ocultado entre dos camas, y no pudo menos de hacer un movimiento: sácanlo de allí, lo llevan arrastrando al altar, y allí le cortan la cabeza. Mr. Lostande lo

y saliendo de su sitio, va como puede hácia ellos, pídeles de nuevo agua, ó la muerte, y en esto cae desmayado delante de ellos. No pudiéron entonces resistirse, traxéronsela, y vuelto algo en si, lo lleváron á la sesion, donde queriendo detenerlo los bárbaros oficiales baxo el pretexto de que era menester juzgarlo, y no se le entendia lo que hablaba, dixo uno de los que le conducian: mas del caso es socorrer, que juzgar á este Sacerdote, que está para espirar, y lo llevó de la sesion al hospital. *

A pesar de todo, entre los mayores enemigos de los Sacerdotes, que no

* *Los Sacerdotes, que escapáron de esta matanza, y llegáron á Londres, no estuviéron presentes á este último hecho, por lo que no los puedo citar como testigos; mas lo he sabido por el Abate Gauthier, Vicario general del Obispo de Clermont, á quien se lo comunicó el Abate de Tillét.*

no querian jurar, habia algunos que reprobaban estas execuciones, y se aplicáron á libertar á algunos por quienes se interesaban. Uno era Mr. el Abate de Grandmaison, que aunque Sacerdote juramentado, y conocido por su zelo constitucional, subió á la tribuna de la sesion el dia antes, y pidió la vida de un amigo, hecho que manifiesta, que la tal matanza no fue una súbita escandecencia de los bandidos, sino resolucion tomada, y concertada muy de espacio: por patético que fuese su discurso, no se dignáron los sesionarios siquiera de atenderlo; pero lo atendió un guardia nacional, que tomadas de él las señas, habiéndose introducido el dia siguiente con la guardia, lo reconoció, y entre aquella confusion lo armó de soldado, y lo puso de centinela en uno de los patios, y estando ya al

fin

fin de la matanza, antes que hicieran la última pesquisa, lo sacó consigo. Caminando ya para el martirio Mr. de l' Epine, uno de los venerables ancianos de San Francisco de Sales, compadecido á su aspecto el mismo guardia, que lo acompañaba, lo detuvo en un rincon, le quitó la sotana, y como si fuese un hombre seglar, lo puso al lado del comisario, el qual cansado ya de tanto destrozo, se prestaba á estos actos de conmiseracion, y dexaba estar allí á los que hallaban medio de interesar á los guardias; pero ninguno prometió para ello hacer el juramento. Uno de los mismos guardias lo habia pervenido en favor de Mr. Bardet, el qual saliendo para el sacrificio, se detuvo delante del mismo comisario, y dixo: que él no rehusaba morir; pero que queria saber porque delito: sin esperar

rar á mas, lo asió el mismo comisario de un brazo, y se lo puso al lado, donde estaban ya Mrs. Dutillet, Chariot, Bertelet, y Forestier.

Algunos otros halláron medio de esconderse, los quales todos fuéron llevados á la sesion, donde sufriéron muchos interrogatorios, y pasáron mil peligros, oyendo muchas veces al populacho pedir que se les entregasen, y particularmente á uno de los verdugos que entró á quejarse de la parte, que se le negaba del espolio de los Sacerdotes, diciendo tambien: *que era cosa corta veinte y quatro reales por el trabajo de este dia, y que por tantos como habia muerto merecia siquiera un par de calzones mas.* Oyendo los Sacerdotes este discurso, temian que para hacerle callar diesen en el pensamiento de sacarlos á fuera para manifestarle los que se le habian escapado, ó mas bien estaban pesarosos de

ha-

haber sobrevivido á sus hermanos. En fin, despues de haber pasado la noche en amarguras, viéron parecer por la mañana comisarios para exâminarlos, de los quales dándoles unos el parabien, y confesando haber muerto sin causa los demás, otros por el contrario manifestáron mucha repugnancia en darles libertad, y mas que á todos á Mr. Bardet, Cura de la Ferté-Aleps, que obligado á dexar su parroquia, se habia acomodado á educar al jóven de la casa de Mallet: preguntósele sobre la conducta que habia observado en órden á la religion constitucional, si se habia presentado al Cura constitucional antes de decir misa, si habia llevado á su alumno á las vísperas de los constitucionales; y por que no habia hecho lo uno ni lo otro, y faltó poco para ser entregado á los verdugos por estos pretendidos deli-
tos:

tos: los demás Sacerdotes fuéron detenidos menos tiempo, pues la qualidad de Cura era un grande obstáculo para poner en libertad; sin embargo, vencido todo, iban ya á declararlo libre, quando se atravesó un Sacerdote constitucional, diciendo: que los que no habian hecho el juramento eran todos *vámpiros*, y si se le dexaba á este, no dexaria de dar á su discípulo lecciones contrarias á la revolucion. Tal era la estupidéz de este apóstata y de los que le oian, que no advertian que la libertad que solicitaban estos reos, era para ser deportados fuera del Reyno. En fin saliéron todos libres á fuerza de muchos ruegos.

El que se evadió de un modo mas raro fue Mr. de la Pannonie. Ya dixe que despues de la muerte del Arzobispo de Arles, se retiró con los demás á la capilla de la huerta. Allí ar-

arrodillado con los demás, viéndolos caer, y no pudiendo sufrir la vista de tanto extrago, se levantó, y en este movimiento la bala que iba dirigida á él, pasó, y dió al Obispo de Beauvais. Entró con los demás en la iglesia, y aquí comienza la relacion que no ha podido negarse á hacer él mismo. » Despues de haber oido á los verdugos: *estais contados, y vais á morir todos*, hice una breve oracion, y me determiné á ir á morir lleno de confianza en Dios, me anticipaba para no ver la muerte de mis hermanos, quando al pasar por la capilla de la Virgen me dixo un guardia à quien no conozco, salvaos, amigo, salvaos: creí deber aprovecharme del medio de conservar la vida, que me ofrecia aquel hombre compasivo, y gané el corredor que sale á la puerta chica de el claustro: allí me asaltó una lluvia de ba-

yonetas, de las que me claváron nueve, me defendí como maquinalmente, apartandolas con la mano, y no pudiendo ellos jugarlas tampoco por la estrechura, viendo que nada adelantaban me dexáron, y entonces determiné tomar otra salida que iba á dar á la huerta: allí me acoge otro guardia, que queriendo librarme, dice á los compañeros, que yo habia sido absuelto, pues que me dexaban salir, y haciendo la misma representacion al comandante de los marselleses, respondió éste con un aire severo: pon á ese hombre en el hueco de una de esas puertas, y se verá despues: mi guardia bienhechor se apresuró á cumplir esta órden, y se me puso delante: intentáron sacarme algunos de los verdugos, y él fingiendo estar de centinela en aquel puesto, tendió el arma diciendo, por aquí no se pasa. Entretanto
me

me estaba yo desangrando, particularmente por la herida del brazo, donde me habian abierto una vena: él me socorria como podia en parage tan crítico, y preguntándole yo, si esperaba librarme, dixo: si no lo esperara no estaria en este puesto viendo tal carnicería, que no puede ya sufrir mi corazon, le rogué, pues, que aceptase unos asignados de hasta seiscientas libras, diciéndole que esta suma no me haria pobre si escapaba, y sino, siempre estaria mejor empleada en él; pero absolutamente se negó á recibir otra paga, que el gozo de haberme conservado la vida: apurabánseme las fuerzas, y él se afligia suspirando por el fin de aquella horrible tragedia. Al cabo llegó, abrióse la puerta al populacho, y él entonces me sugirió, que atravesase por aquel bullicio harto ocupado del ansia de despojar á los cadá-

dáveres para poner la atencion en mi: hícelo asi encomendándome à la Providencia, que ciertamente cuidó de mi; porque distando mas de veinte minutos de camino la casa adonde fui á refugiarme, y estando todavia algo claro, nadie me echó de ver, ni reparó en el rastro de sangre, que iba dexando. En fin, despues de haber atravesado muchas calles, y oido en ellas encontrados afectos de dolor y de alegria, llegué á la casa de la familia, que no puedo nombrar; pero tampoco olvidar, á la que debo mi curacion, y el hallarme en Londres, donde no he encontrado otra cosa que motivos de agradecimiento, particularmente en un Sacerdote inglés, que viéndome con la ropilla atravesada de las bayonetas, me la pidió con el pretexto de querer conservar por curiosidad un monumento de lo ocurri-

ido en el Carmen el dos de Septiembre, y no pudiendo negársela, me hallé en su lugar con un vestido nuevo completo.

Generalmente hablando, es cosa demasiado triste para un historiador, y para sus lectores pasar de un espectáculo sangriento á otro mas sangriento; pero no es asi, quando la sangre que se derrama es en defensa de la Religion: bien puede indignarse el filósofo, y horrorizarse el ciudadano; pero el christiano no puede menos de llenarse de gozo y de admiracion. Tantos hombres à la vista de los verdugos no necesitan mas que decir una palabra para salvar su vida, ser restituidos á la libertad, y gozar las aclamaciones del pueblo; sin embargo, ninguno balancea, ninguno pregunta si es tiempo aun de hacer el juramento, todos van á morir por

la verdad llenos de seguridad, y sin inquietud alguna por su suerte: luego hay otra vida mejor para aquellos que se unen indivisiblemente al Dios de la verdad: luego es poderosísimo este Dios de verdad, que con sola la emanacion de un pensamiento en que la descubre al hombre, lo hace superior é invensible á todos los tiranos y á todos los tormentos: luego el instante en que cae muerta la victima, no es el instante del triunfo de Pethion, Marat, ni Robespierre, sino de su derrota vergonzosa; porque lo que se ve en él, es que han podido asesinar á muchos Sacerdotes; mas no han podido hacer ni un solo apóstata. Cayéron sus cuerpos, pero sus almas fuéron recibidas y presentadas por los Ángeles á el Señor, que triunfaba en ellas, el qual no puede ver llegar de la tierra ó su reyno

no cosa mejor ni mas noble, que un hombre que ha sabido dar la vida por él: Voy, pues, en esta inteligencia á escribir nuevas matanzas, y el lector puede seguirme á la Abadia, á San Fermin, á la Force, y á la plaza Délfina; pues lo que intento noticiarle, y transmitir á la posteridad no es la historia de los bandidos, sino la batalla, y victoria de los Mártires.

Sea la que fuere la causa, que habia amontonado en la Abadia un prodigioso número de presos, con los realistas y constitucionales, que Danton, y Manuel hacian degollar allí en el mismo dia dos de Septiembre, se halláron mezcladas otras víctimas, cuya muerte fue el triunfo de la verdad sobre el error, de la conciencia sobre el perjurio, del Sacerdocio sobre el impío, enemigo de los altares, y ellas fuéron las primeras, que abrié-

ron

ron la escena en el patio de la Abadia de los Benedictinos. Fiados algunos de estos Sacerdotes en los decretos de exportacion, y pasaportes recibidos en la sesion y municipalidad, en cumplimiento de la ley de su destierro, é ignorantes de los intentos de los munícipes, se presentáron á las puertas de la villa, solicitando su salida, pero viendo que no se les concede, presentan á los guardias sus pasaportes, y por ellos ven son Sacerdotes no juramentados, y estos mismos pasaportes que debian ser su indemnizacion, fuéron la sentencia de su muerte. Son llevados á las casas consistoriales, y de allí los conduxo un munícipe á la Abadia al mismo tiempo que se juntaba en ella el pueblo y los verdugos: dexólos en manos de ellos, mientras él, aplaudiéndose de su pérfida diligencia, iba á dar cuenta:

cercólos el populacho, y aprehendiendo que queria escaparse uno, arremetió á él, y en medio de las protestas de que no habia tenido tal intento, allí mismo á golpes le quitó la vida. Estos, y los demas que estaban encerrados en una sala, supiéron luego al punto el objeto de su prision, y la causa de su muerte, ni fue largo su proceso, por que llegada despues la hora, conforme eran presentados al tribunal erigido allí por los bandidos, decia el que los conducia: un Sacerdote no juramentado, y respondia el juez, á la muerte, y al punto era executada. Los diez y seis Sacerdotes detenidos en las puertas de Paris juntos con otros quinze enviados del comité de Surveillance á la Abadía fuéron sacrificados en el patio. Al mismo tiempo que estos últimos llegáron Mr. Martin, y Fontaine, Sacer-

dotes de las parroquias de Santiago, y de los Santos Inocentes, los quales fuéron sorprehendidos comiendo, y estando en su compañia el abate Le Danois, á quien convaleciente de una grave enfermedad habian traido consigo; todos tres fuéron llevados desde la mesa á el lugar del martirio, levantándose de ella para ir á sentarse en la del Reyno de Dios.

Por providencia particular de su divina Magestad fuéron llevados á la sala donde por órden de Manuel y Danton estaban las víctimas del honor, de la antigua monarquia, y de la primera rebelion y constitucion primero destruida que establecida, dos Sacerdotes célebres y respetados en todo París: uno Mr. Chapt de Rastignac, digno Vicario general del Arzobispo de Arles, Doctor de la Sorbona, ya octogênario, el qual en el tiempo de la re-

revolucion habia publicado una disertacion sobre la propiedad de los bienes eclesiásticos, un volumen, cuyo título era conformidad de la revelacion y de la razon contra el divorcio, y una traduccion de la carta sinodal de Nicolás, Patriarca de Constantinopla, al Emperador Alexo Commeno relativa á la ereccion en Iglesias metropolitanas, con notas sobre diversos artículos de la constitucion dada al Clero por la asambléa. En todas brillaba una vasta erudicion, y una atencion escrupulosa en quedarse, sin amplificacion ni energia de expresiones, en la linea estrecha de la verdad, y una lógica exâctísima, que ningun escape dexaba al error; hombre estimado de todos, y singularmente de sus amigos, entre quienes se preciaba de contar á Mr. Durosoy, célebre escritor de las ventajas de la Monarquia, el qual si pudo decir, como dixo al inti-

timarle la sentencia de muerte: le dice muy bien á un Realista morir por su Rey el dia de S. Luis. Pudo decir tambien Mr. de Rastignac: le dice muy bien á un Defensor de la Iglesia morir por ella en el gran dia de sus Mártires.

Su digno compañero, que era Mr. el abate Lenfant, se habia aplicado á cultivar su talento oratorio despues de la extincion de la compañia de Jesus, en donde lo habia adquirido; fue admirado en los púlpitos de Versalles, Viena, y París, deviendo su reputacion á sus discursos solidos, á una eloqüencia llena de uncion, y de nobleza, y á una diccion magestuosa, captándose la estimacion y respeto universal por la dulzura y amenidad de su caracter, y por sus virtudes las mas puras, en fin, un orador evangélico, que predicaba, y atrahia mas con su exemplo y piedad, que con la fuerza de

sus

sus discursos. Estos hombres, pues, á vista de aquellos desdichados, abatidos, pálidos, desesperados, como hombres á quienes su causa no alienta, como á los que van á ser Mártires la suya, llenos de caridad olvidan en aquel momento la muerte que les espera, y dando gracias á la Providencia, que les ofrece almas que salvar con la suya, con todo el ascendiente que da la virtud en este terrible lance, anuncian y acuerdan á aquellos infelices, que hay otro tribunal adonde comparecer, despues del de los bandidos, y los exhortan al saludable arrepentimiento, que los librará de otros suplicios mas atroces, y les abrirá las puertas de una dicha eterna. Conmovidos todos á sus voces, se arrodillan, y llenos de aliento y de consuelo piden misericordia, los dos solos en pie, con la autoridad recibida del cielo, pronuncian

la absolucion, dada la qual, los levantan, y los enseñan á morir, del modo que deben los que tienen limpia su conciencia.

Llamado luego Mr. Lenfant á morir sale con el mismo aire con que caminaba al púlpito: conmovido el pueblo al ver á su Apostol, comienza á gritar, que viva, que viva: suéltanlo los verdugos, sácalo á fuera la gente, y le dice que se salve: detienese él un momento á dar las gracias á sus bienhechores, y al punto salen quatro verdugos pesarosos de haber soltado la presa, lo aseguran, y él entonces levantando al cielo los ojos, dice: *Señor, convierto á Vos las gracias, por que me proporcionais el que dé por Vos la vida, como Vos la disteis por mi:* se arrodilla, y muere allí á manos de los asesinos. Mr. de Rastignac aunque consumido de años y trabajos hecho

un

un esqueleto y sin poder andar, no mereció compasion alguna, apareció, pues, en el teatro de la muerte, donde estaba un munícipe, que leia, ó parecia leer á la salida de cada víctima una sentencia, llamada juicio del pueblo, y cerca de él una compañia de verdugos, levantado el acero, y sobresaliente á todos ellos encima de un tonel , trono de la ferosidad un demonio de Marcella que tenia una larga cimitarra levantada sobre la víctima. Este, pues, al percibir la señal, dió el golpe sobre la cabeza de Mr. Rastignac, que hubiera caido tambien á solo el aire de él, segun estaba.

Mr. de Boisgelin era sujeto de mucho nombre en Francia, á quien el grado de agente del Clero parecia disponer para puesto mas eminente; pero (porque no debe disimularlo la historia) lo alejaban de la dignidad

Epis-

Episcopal, sus costumbres mas que sospechosas, mala reputacion, y procederes escandalosos aún en un seglar. ¿Por que título, pues, tuvo lugar entre estas gloriosas víctimas? Era sobrino de un Prelado, cuyos escritos habian puesto en claro los errores de la constitucion, que habia hecho tantos Mártires: era Sacerdote, y no habia querido prestar el juramento de la apostasia: y asi semejante á aquellos operarios llamados á la última hora del dia, expió en los últimos momentos sus yerros, borró con su sangre sus escándalos, y llegado, aunque tarde, el arrepentimiento, recibió con el martirio el mismo premio que sus hermanos. Creémoslo así, por que si en este momento hubiera flaqueado, hubieran triunfado los jacobinos con su apostasía, y lo hubieran conservado como á Brienne.

Mas

Mas largo tiempo anduvo en los caminos del Señor Mr. Royer, Cura en Paris de S. Juan en la ribera, respetable por sus virtudes en toda su parroquia, en la que habia hecho muchas fundaciones para alivio de los pobres, fruto de su caridad y de la economía con que se trataba: lo ví esperando con serenidad su suerte preso en un desvan de la casa capitular, y con él al jóven Sacerdote Pey, que adornaba su inocencia y santidad de costumbres con la alegria de su semblante: yo me admiraba de su tranquilidad, y el se reia de mi admiracion. Allí estuviéron olvidados, hasta que en el momento del sacrificio se acordáron de ellos, y los llevâron á la Abadia, para morir con otros muchos Sacerdotes, como fuéron Mr. San Clair, Vicario general de la diócesis de Die, Mr. Gervais, Secretario del Arzobispo de Paris,

ris, los dos hermanos Benvit, Capeau, Despomeraí, Neveu, Simon, Tareau, ocupados en el ministerio de diferentes parroquias, y Mr. Rateau, Doctor de la Sorbona.

El único Sacerdote conocido por haber escapado de esta carniceria fue un Religioso de Clugni, de los diez y seis detenidos á la salida de Paris. Este al llegar á la Abadia vió entre los comisarios á uno con quien habia concurrido en casa de un amigo de ambos; este amigo creyendo al Religioso seguro de la deportacion, le habia confiado una suma de quarenta mil libras: el Religioso, para asegurarle esta cantidad, entrega su cartera al comisario encargándole la restitucion, y él entonces conociéndolo, advitra, para salvarle la vida, conducirlo á el tribunal en que estaban varios escribientes ocupados en el proceso verbal, y sentándo-

dolo á una mesa, le dice, escribe: el Religioso espera que le dicte lo que ha de escribir, y el comisario conociendo en su embarazo, que no le habia entendido, afectando un aire de enfado, dice: escribe, pues, lo que te he dicho, y que esté acabado á mi vuelta: entonces cae en ello, y se pone á escribir á toda prisa. En esto iban, y venian los verdugos, contando reos, pidiendo listas, dando cuenta con sumo gozo de lo ya executado; pero al fin faltaba uno, que era el mismo que tenian delante escribiendo, y ellos tenian por un empleado: en tanto el Religioso proseguia su taréa, fingiendo prisa, y sin distraerse á levantar un momento la cara, como que conocia la importancia del papel que estaba haciendo, tanto mas, quanto veía el furor con que buscaban, y sentian la presa, que se les habia escapado. En el ins-

tan-

tante oportuno vino el comisario, exâminó lo que escribia este Religioso, le hizo tomar los papeles debaxo del brazo, y lo llevó consigo como su secretario.

Por este Sacerdote arrancado de las manos de los verdugos de la Abadia se cuentan cerca de quarenta que juntos á los del Carmen hacen ciento y ochenta Sacerdotes degollados en el espacio de 2 ó 3 horas.

Entre tanto que se executaban estas atrocidades, para disminuir al público el horror, que debian causar, esparciéron por toda la ciudad los jacobinos que los Sacerdotes del Carmen y principalmente el Arzobispo de Arles se habian levantado y acometido á la guardia, cuyo increible testimonio halló defensores á pesar de tanta precaucion y tanto registro diario. Uno de los verdugos que conducian á la sesion á Mr. Bardét, le decia por el

camino: ¡y aquel malvado Arzobispo de Arles, que tenia un dardo en el baston para defenderse! Mr. Bardet que al mismo tiempo estaba viendo un sable desnudo sobre su cabeza, no sabia de que asombrarse mas, si de la fiereza del verdugo, que estaba tentado de matarlo, quando lo conducia al asilo, ó de su desvergüenza que un instante despues de la muerte del V. Arzobispo, se atrevia á calumniarlo asi delante de los mismos que lo habian visto morir. Se decia tambien al pueblo, que á la misma hora los Sacerdotes, y todos los prisioneros debian esparcirse por la ciudad para degollar á los ciudadanos, y se deba por prueba de esto las pequeñas estampas del corazon de Jesus y de Maria, que se encontráron á todos los Sacerdotes. Estas imágenes eran el símbolo del amor de un Dios hecho hombre

bre por la salud del género humano, y el de la Madre de Dios para con su hijo, y para con los que él habia redimido con su saugre. La espada, de que ellos estaban traspasados, explicaba el exceso de este amor en un Dios muriendo en la Cruz, y manifestando al género humano un corazon abierto, que nos sirviera de asilo: significaba tambien el agudo dolor con que fue penetrado el corazon de María á vista de su hijo inmolado en el Calvario. En todos tiempos, y principalmente en el de la revolucion los fervorosos católicos, inflamados por las reflexîones que inspira este símbolo, procuraban avivar su amor para con un Dios, que tanto habia amado nuestras almas, veneraban especialmente en Jesu-Christo el misterio de una caridad inefable: por este amor principio de nuestra redencion procuraban obli-

 gar-

garlo á separar de la Francia el azote de la impiedad, y los desastres que la Divina ira habria de enviar sobre este desgraciado reyno. Como sabian que la Francia la habian puesto sus Reyes solemnemente baxo la proteccion de la Sma. Virgen, unian el símbolo de su amor, á el símbolo del amor de su hijo como un motivo poderoso para su mediacion con el Soberano de los Soberanos. No esperaban ellos jámas, que estas señales de sus votos por la patria, pudiesen ser en la inteligencia, y explicacion de los jacobinos la señal de una conjuracion contra ella.

El pueblo, que lo cree todo, creyó tambien esta calumnia, igualmente que la de haberse hallado en la iglesia del Carmen una prodigiosa cantidad de dinero, y un gran tesoro en el Obispo de Arles, que habia expendi-

dido lo poco, que le quedaba en los demás presos, y en algunas otras limosnas de fuera, y estas falsas voces produxéron todo el efecto, que deseaban sus autores, disminuyendo el horror de tal matanza, y disponiendo al pueblo á tolerar, y aun á favorecer la del siguiente dia, que no fue menos atróz.

Los noventa Sacerdotes encerrados en el Seminario de S. Fermin esperaban, como los del Carmen ver abrírseles las puertas en conseqüencia del decreto de exportacion, que se les habia notificado; y aunque Henriot, Comandante de la sesion, los habia tratado de malvados, y dícholes claramente que moririan, pensaban que por la publicidad de estas amenazas se intentaba solamente intimidarlos. Estaban, pues, en esta seguridad, quando halló modo de introducirse á ellos un jo-

joven carnicero, que venia del Carmen, en busca de Mr. Boulangier, que siendo procurador de la casa, tenia libertad para tratar con estas gentes: conforme lo descubre, se llega á él, y con voz azorada le dice: salvaos, Señor, esta noche vais á ser degollados: Mr. Boulangier no puede persuadirse á que sea cierta tal atrocidad, y sospechando que se les arma en esto algun lazo, corre á advertir de ello á Mr. Francois, superior de la casa: convienen en enviar á un doméstico á tomar informe, va, pero no vuelve con la respuesta: el carnicero entretanto impaciente de ver que Mr. Boulangier no sale, entra mas adentro, y hallándolo, le insta mas diciendo: ya quedan muertos todos los del Carmen, y si os tardais un quarto de hora, no será ya tiempo: Mr. Boulangier queria volver á avisar á sus hermanos; pero el joven
no

no le dexa: era menester para escapar, atravesar por un cuerpo de guardia numeroso, en esto llegan otros dos jóvenes con el mismo designio, y sin permitirle lo que pedia, lo sacan por fuerza disimulado con sus propias armas para engañar á los centinelas, y llevándolo asido de un brazo como á un camarada, atraviesan por medio de una turba de bandidos, que llegaban ya á la casa para tomar todas las avenidas. Puesto ya Mr. Boulangier en seguridad, quiere dar dinero á su libertador; mas este le responde: "no
» Señor, estoy bien pagado con haberos
» librado. Yo habia ido al Carmen con
» los marselleses con ánimo de matar
» por mi mano algunos Sacerdotes; pe-
» ro ¡ah Señor! quando vi morir aque-
» llos santos, no tuve aliento para
» poner mis manos ni en uno; antes
» bien prometí á Dios hacer lo posi-
ble

» ble por salvar siquiera uno, y me
» tengo por dichoso habiéndolo logra-
» do. " Pídele entonces Mr. Boulangier, que intente librar á otros, corre al punto; pero ya estaban guardados todos los puestos, debiendo comenzar al amanecer la matanza.

Á las cinco de la mañana habia acudido ya el pueblo, que comenzó á pedir la vida de algunos particularmente estimados. Conservad á nuestro santo, gritaban, por Mr. Homond, antiguo profesor del colegio del Cardenal l'Moine, el qual por estas súplicas fue salvo con algunos otros: hubieran querido salvar tambien á Mr. Francois, superior del seminario, cuyas virtudes y limosnas le habian conciliado la comun veneracion; pero tenia contra si el haber escrito en defensa de la Religion, y sobre todo, puesto en claro los errores que contenia el juramento, y por esta

cau-

causa venia notado en la lista, como hombre que por ninguna consideracion debia ser absuelto; y asi fue arrebatado para morir con los demás. Los verdugos recorriéron el colegio, y los traxéron todos á la puerta de la calle: hiciéronlos salir, y al ver el pueblo tanto número de víctimas, no pudiendo sufrir, que fuesen sacrificadas á su vista, los volviéron á dentro, y allí degolláron á unos, y á otros precipitáron por las ventanas. En medio de este pueblo compasivo se halláron muchas mugeres, verdaderamente tigres, armadas de mazos de majar yeso, que conforme iban cayendo los Sacerdotes por las ventanas, acudian á rematarlos á golpes. De esta suerte pereció entre otros Mr. Copeine, á quien cogiéndolo los verdugos de la cama donde yacia enfermo en lo alto de la casa, lo arrojáron por una ventana. Asi

tam-

tambien Mr. Gros, aquel Cura tan benemérito de su parroquia, en la qual pasaban estos horrores, el mismo que pudiendo escapar la víspera, respondió á quien se lo facilitaba: " yo
» soy muy conocido de estos mismos,
» que me persiguen, por los benefi-
» cios que han recibido de mi: si no
» me hallan, no dexaran cosa que no
» escudriñen, y seré causa de que
» mueran algunos, que podrán quedar
» ocultos; mas vale que muera yo. "
Quando se le pusiéron delante los verdugos, conoció entre ellos á uno de sus feligreses, y diciéndole, amigo, yo os conozco, y yo tambien á vos, respondió el asesino, y tengo presente el bien que me habeis hecho; pero lo que ahora veis no es culpa mia, la nacion quiere que murais, y me paga para que os mate: hizo señal, y acercándose otros, entre todos lo arrojáron por la ventana, y acabáronlo las

mu-

mugeres, y luego le fue cortada la cabeza, llevada en triunfo por las calles, y arrastrado el cadaver por el lodo, y durando aún esta escena, se abrió su testamento, en el que este digno pastor instituia herederos á los pobres desu parroquia.

Se cuenta tambien entre los muertos, aunque con alguna duda, á Mr. le Ber, Cura de la Magdalena en Paris, uno de aquellos hombres, á quienes es imposible aborrecer, sin dobles ni artificio, pacífico, únicamente ocupado en el ministerio de su parroquia, y sobre todo de sus pobres á quien habia dado quanto tenia: sus feligreses decian de él: es un bellísimo Sacerdote, no ha jurado. Pusiéron en su lugar á un juramentado, y este apóstata hipócrita con un exterior respetoso predicó la heregia, propagó la revolucion, y gozó las rentas que le proporcionó la intrucion, y contentos

con

con él dexáron de sentir á un hombre, que tenia valor para vivir pobre, y morir firme en la fe. Tal era el pueblo de la revolucion. El mismo pueblo habia aplaudido á Mr. Moufle, Vicario de S. Merry, quando prestando el juramento, dió una prueba de su cobardia; pero volviendo á tomar su ascendiente sobre él la Religion, en lo mas agrio de la persecucion, retractó su juramento, é hizo pública su retractacion: al punto lo abandonó el pueblo que tanto lo habia celebrado, y siendo su deseo y peticion derramar su sangre para reparar la apostasia, fue oido por el mismo pueblo. Mas notable habia sido el escándalo, que habia dado Mr. Pottier, antiguo superior de los Eudistes de Ruan, cuya reputacion engaño al pueblo, y á muchos Eclesiásticos; pero no permitió Dios que durase mucho el escán-

cándalo: al tercer dia se levantó de su caida, y como hombre valeroso dió toda la solemnidad posible de palabra y por escrito á su retractacion, para fortificar á los debiles que habia echo basilar, y atraer á los ignorantes que habia descarriado: la persecucion lo hizo ir á Paris, en donde fue un apostol, los Sacerdotes asistian á sus discursos, y particularmente á los exercicios espirituales que el dirigia para prepararlos á todos y á sí mismo al martirio, lo padeció, perdonando á sus verdugos, y sosteniendo las sagradas verdades hasta el último instante.

En S. Fermin hubo tambien como en el Carmen uno de aquellos hombres, que en medio del mundo y en la carrera militar saben conservar su alma intacta de los vicios y de las opiniones del siglo: llamábase Mr. Juan Antonio Josef Villeste, Comandante del

regimiento de Barrois, y vivia seis años habia en el mismo seminario á donde se habia retirado para acabar en santos exercicios sus dias. Luego que fue cercado el seminario, se le dixo que podia pedir su libertad, y el venerable militar respondió: *me guardaré de ello, por que estoy bien aquí.* Se preparó mas especialmente para el martirio, recibiendo todos los dias la Santa Comunion durante las tres semanas de su prision, y habiendo sido exemplar de piedad toda su vida, lo fue tambien de constancia baxo la espada de los marselleses. Distinguiéronse tambien en este número dos canónigos de Sta. Genoveva Mrs. D' Aval, y Claudio Pons, que detenidos en la sesion del Panteon, en la qual estaban arrestados, no habiendo por que exîgir de ellos el juramento, por no ser funcionarios públicos, se les pidió

dió para la soltura, que hiciesen el de la libertad é igualdad; pensáron en este punto como los hermanos Nativelles, y prefiriéron el martirio. Dos ó tres Sacerdotes habian hallado medio de ocultarse, y saliendo extenuados de la hambre á los tres dias, quando no habia ya bandidos, lográron escapar. Tambien halló la academia modo de sacar de alli á uno de sus miembros Mr. el Abate Huy, conocido por sus trabajos en la mineralogia, que conociendo quanto mayor era la gloria de martir que la de académico, nunca quiso alegar esto por si mismo como un privilegio que lo excéptuaba del martirio. Mas cerca estuvo del martirio Mr. de Turmenies, Director del Colegio de Navarra, que fue arrojado por una ventana, y dexado por muerto: dícese que fue secretamente curado; aunque se concilia

lia mal esto con el furor de las Medusas de París, que despues de haber golpeado á su satisfaccion á los precipitados, se subian sobre sus cadáveres, los pateaban, les sacaban los ojos, empeñadas en exceder en crueldad á los verdugos, y luego que amontonáron todos los cadáveres no tanto para darles sepultura, quanto para insultarlos de nuevo, se viéron estas Megueras cortarles brazos y piernas, y puestas de pie sobre el monton, levantarlas en alto gritando *viva la nacion*.

Aquellos legisladores de la revolucion, que quando fuéron llevadas triunfalmente al Panteon las cenizas impias de Mirabeau presidian la sacrílega pompa; quando reclamaba la naturaleza contra los horrores, que se cometian en los cadáveres de los Santos, estaban quietos en su sesion, aplaudi-

di-

diéndose de haber encendido hasta tal punto la rabia de los bandidos contra los verdaderos fieles, y los amigos del Rey. Lo único á que se moviéron fue á hacer como que querian salvar á algunos de la Abadia, enviando para este efecto á su diputado Chabot; mas este apóstata tan esforzado quando se trataba de sublevar el pueblo, le pareció que veia contra si diez mil espadas, y no se atrevió á decir una palabra, quando venia á apaciguarlo. Otros, especialmente los Girondinos que veian deshonrarse su revolucion del diez de Agosto por las atrocidades del dos de Septiembre, fuéron á pedir á Danton, que no confundiese los inocentes con los reos, y este les respondió: *no hay inocentes.* Estos bravos, tan atrevidos contra su Rey, conociéron lo que es un tirano, tembláron á una palabra suya, y lo

 de-

dexáron continuar la matanza con sus verdugos Robespierre, Marat, Manuel, Sergent, y Panis. Habianse multiplicado los teatros de sangre: se degollaba en la Concergeria, en los Bernardinos, en Pont-au-change, en Bicître, y en la Force: en todos estos lugares se degollaba, y se asaba en la plaza Délfina, y en estos dos últimos se hallaban aun mezclados los mártires de la Religion con los de la constitucion, aristocracia, y fiel amor á la monarquia verdadera.

Lo que hemos de decir de la Force, lo sabemos por Mr. Jacobo Flaust, Cura Desmaisons cerca de París, escapado de la matanza, y refugiado en Londres, el qual se hallaba allí con Mr. Bertrand, hermano del exministro, Mr. Lagerdette, Capellan de Marais, un Vicario de provincia, cuyo nombre ha olvidado, Mr. Etard, Cura de Cha-

Charonne, y Mr. Bottex Cura en la diócesis de Leon, á quien conocí, hombre doctísimo, modestísimo, que enseñaba con tal arte, que parecia aprender él mismo de los que le oian, y sobre todo de una conciencia mas delicada que la del novicio mas fervoroso. Lo vi, siendo diputado en la primera asamblea, atormentado entre el deseo de restituirse á sus amados feligreses, y la obligacion de quedar en ella para que no hiciese falta su voto á la buena causa. Este zelo le hizo imposible aquella vuelta, y lo obligó á suplir la instruccion, que no podia dar de palabra por escritos ya suyos, ya agenos, en cuya compra para repartir graciosamente, y en limosnas consumia todo el salario, que el decia mal ganado, como legislador. Lo único que le inquietaba en la prision, era no haber sido preso á causa de

la Religion, sino por haberle encontrado una carta de Mr. Maury: sé bien, decia, que nada contenia contra el estado, y asi moriré inocente, pero no por la fe; mas Dios le preparaba la ocasion de morir martir.

El juramento decretado por la asamblea el dia de la prision del Rey contenia precisamente estas palabras: *juro mantener la libertad y la igualdad, y morir por defenderlas.* En otro tiempo quando habia ideas mas exâctas de la libertad é igualdad no hubiera embarazado este juramento á las conciencias timoratas; pero en la situacion actual, y conocida la intencion de los legisladores, era espinosa la qüestion: habiase agitado en el Carmen, para saber lo que se habria de hacer en caso que concediesen la vida con la condicion de este juramento, y no habian sido unánimes los pareceres. Ya

se

se ha visto lo que hiciéron los hermanos Nativelles; pero los que libertados de la matanza fuéron llevados á la sesion, habiéndoles asegurado que nada se exîgia de ellos contrario á la Religion, en aquel instante de turbacion, juráron con la condicion de que no se entendiese por esto que adherian al cisma. En la Force Mr. Flaust se inclinaba á que era licito, diciendo: »aqui no se toca dogma alguno, ni se hace mencion de la religion constitucional: la fórmula tiene dos sentidos, y se debe entender que juramos en el bueno. Es verdad que jurar asi es reconocer la autoridad de los que lo exîgen; pero si es la asamblea una potencia usurpadora, está en el caso de un conquistador injusto, á quien se hace lícitamente juramento de fidelidad; y en fin, él no está condenado, y hay muchos hombres virtuosos que lo

lo han hecho."

Por el contrario Mr. Bottex con otros pensaba, que siendo cierto, que todo juramento se hace en favor de quien lo exîge se prometia en este algo favorable á la asamblea, la qual no intentaba otro favor, que hacer de su partido á el que jurase, y asegurase de que mantendría sus atentados contra el Rey y el gobierno. Además que quando es ambigua la fórmula de un juramento, se debe fixar el sentido en que se pronuncia, para no traer á Dios por testigo de una promesa vaga, incierta y capciosa; y mas que quando es equívoco un juramento, se debe tener por hecho en el sentido en que lo pide aquel en cuyo favor se hace, y este sentido se manifiesta por las circunstancias, acciones, caracter, y principios de los que lo prescriben. La libertad, que intenta la Asamblea hace-

ceros jurar es la que ha manifestado en sus decretos sobre los derechos de el hombre, una libertad por la qual se creen autorizados á tratar al Rey mas legítimo como el mas indigno, y mayor mal hechor de sus vasallos, una libertad que rompe todos los vínculos de la sociedad, que olvida hoy los juramentos de ayer, y mañana olvidará los que hace hoy, la libertad de la anarchia, y el origen y principio de todos los horrores del dia. En quanto á la igualdad, ella es por la qual la Asamblea ha destruido el Clero, y la Nobleza, ¡con que derecho, pues, jurareis mantener los principios, y la execucion de tantos errores, é injusticias! Es verdad que se jura lícitamente fidelidad á un usurpador; pero no es lícito jurar mantener los principios de sus injusticias, por que eso ya no es obedecer en una accion ino-

inocente. Y en fin, si no es vuestra intencion mantener la libertad é igualdad en el sentido de la asamblea, engañais á los que os piden el juramento, y entonces esta es una verdadera simulacion, una supercheria, de que no es lícito traer á Dios por testigo. De este modo disputaban entre si santamente los Sacerdotes presos, edificando hasta en sus contestaciones, y estando indecisa la qüestion, obró cada qual conforme á su conciencia, y tuvo tambien la duda sus Mártires.

En el Carmen fuéron enviados á la sesion aquellos pocos Sacerdotes que libráron de la muerte; pero en la Force pasáron las cosas de otro modo. Luego que era juzgado cada uno, lo sacaban quatro verdugos á la puerta desde la qual se estendia por la calle una fila de sesenta cannibales: si la sentencia era de muerte, decia el oficial, á

la

la Abadia, y á esta señal le descargaban sobre la cabeza una masa, aturdido de el golpe, ó caia, ó seguia andando con dificultad, y los demás con sus armas lo remataban, sacando al extremo de las filas el cadaver, donde se dexaba para amontonar con los demás. Si no era condenado á muerte, salia el oficial con el sable levantado, y puesto el sombrero en la punta gritando, y haciendo que gritase el preso con él *viva la nacion*: añadia luego, *perdon para el buen ciudadano*, y repitiendo el viva la nacion, resonando tambien con el mismo grito la calle, ventanas, y texados llenos de inmensa gente, lo conducía al fin de las filas, donde se entregaba en él un marsellés. Este poniendo la mano sobre el monton de cadáveres, y hecho un gran silencio, pronunciaba el juramento de *la libertad é igualdad*: si el preso lo re-

repetía se le abria el paso, y era libre; si callaba, en el mismo momento moria, y coronaba su cadaver el monton. Asi murió Mr. Bottex, dado antes por libre del delito de estado que se le imputaba, asi Mr. Etand, Cura de la Charonne, asi Mr. de la Gardete, el que léjos de abandonarse en la prision á la tristeza, celebró su felicidad, componiendo un poema, cuyo titulo era el Pastor en la cadena.

Al pie de estos cadáveres esperaba una prueba de otro género á una ilustre víctima: Madama de Lamballe, Princesa tan justamente celebrada por su adhesion á la familia Real, que habia preferido al asilo y homenages de Londres los peligros del Rey y de la Reyna. Encarcelada primero en el Temple, fue llevada despues á la Force, donde debian los jacobinos castigarla por su fidelidad. Debiendo ser

sa-

sacrificada la primera, mudáron de parecer, por haber comenzado la matanza de madrugada, queriendo que su muerte é insultos fuesen bien de dia; pero se le hiciéron ver las disposiciones de su suplicio desde las tres de la mañana. Á esta hora uno de los asesinos duunviros, que se llamaban jueces del pueblo, fue á la prision de las mugeres, diciendo al paso á los guardias y verdugos, que estaban en los patios: "ciudadanos, el pueblo me envia á hacer el interrogatorio á la Princesa de Lamballe, y vuelvo al punto á daros parte del resultado:" volvió; pero guardó silencio, por que el valor de la Princesa lo habia llenado de confusion. Á las siete vino de nuevo con veinte hombres armados, diciendo á voces: "ciudadanos, vamos por la Princesa de Lamballe:" no tardó en salir arrastrada por los cabe-

bellos al patio donde esperaban su sentencia los demás: allí vió sucesivamente desfilar y desaparecer un gran número hasta las nueve, conservando su noble entereza, rehusando el alivio de una silla, y esperando en pie su muerte cierta. Llamada á esta hora al tribunal de los duunviros, y acusada de ser cómplice de los delitos de la Reyna contra la nacion, respondió: yo no conozco tales delitos. ¿Estais instruida de la conspiracion del diez de Agosto contra el pueblo?=Protest o ignorar aun tal conspiracion. ¿Habeis tenido correspondencia con emigrados, y recibido del Principe de Condé esta carta?=No es delito recibir cartas de un pariente, ni esta contiene cosa contra la nacion.=Jurad con nosotros un perpetuo odio al Rey, á la Reyna, y al reynado.=No puedo hacer tal juramento. Á esta respuesta pronuncian

los

los jueces la fatal palabra, sacadla á fuera, y es llevada á la puerta. Á su vista resuenan los clamores de un bárbaro regocijo entre los bandidos, para quienes es poco su muerte, si no la preceden mil insultos: yendo por entre las filas al monton de cadáveres, salen muchos de ellas, y poniéndosele delante despues de una risa burladora acompañada de atroces dichos, la dan de bofetadas con las manos llenas de sangre; mas ella conserva toda su firmeza, ni la pierde llegada al sitio, donde el xefe de los bandidos le dice: poneos de rodillas, y pedir perdon á la nacion. Yo, dice, no he ofendido á la nacion, y no tengo de que pedírselo.=Se os hará gracia de la vida, si obedeceis.=Yo no espero gracia de bandidos tales como vosotros, que os atreveis á llamaros la nacion. =Obedeced, arrodillaos, pedid perdon.

No,

=No, no tengo de que pedirlo. Muévese en esto la grita del populacho: de rodillas, y pedir perdon, y permaneciendo ella firme en pie, la asen por las manos dos verdugos, y poniéndola en cruz, hacen ademán de tirar hasta dislocarlos. Allí recogiendo quanto le quedaba de esfuerzo, dice por última vez: *tirad verdugos, tirad, no tengo que pedir perdon.* Arrójanse entonces furiosos, le abren el pecho, le echan fuera las entrañas, le cortan la cabeza, que ponen sobre una pica, le sacan el corazon, y mordido por aquellos malvados, lo ponen en una bandeja, y llevados uno y otro en triunfo por las calles de París, llegan al Temple, donde presisan al Rey á que lo vea, y á la Reyna la libró de el horror de esta vista un desmayo, que la sacó de sentido. El cuerpo quedó sobre los demás hasta el fin de la matan-

tanza, donde el menor insulto que se le hizo, fue desnudarlo.

Vengo á Mr. Flaust cuya historia da bien á conocer que casta de hombres eran aquellos á quienes abandonaba la revolucion la vida de los ciudadanos, y de que especie de hombres pendia su suerte en el mismo París. Este Eclesiástico despues de una serie de vexaciones increibles fue entregado á dos munícipes llamado el uno Le Clerc, y el otro Duchesne, hombres de tan baxa condicion, que solo con mucha dificultad acertaban á leer, tan ignorantes de su oficio, que el mismo Mr. Flaust se vió precisado á insinuarles las palabras con que debia comenzar el proceso verbal, y tan extrañamente brutos, que leian los escritos mas contrarios á la revolucion, sin poder entender si eran en pro, ó en contra de ella; pero tan empeña-

ñados en hallar reos, que habiendo respondido él á sus preguntas, que residia en Conflans en la casa de las Señoras Benedictinas, y que profesaba el culto católico romano, dixo el uno de los dos municipes, el Señor Le Clerc: bueno, bueno compañero, él mismo lo confiesa, que mas queremos, y vuelto á los que lo habian traido preso, dixo: camaradas, nos habeis traido un reo de cuenta, y sobre cien necedades de esta naturaleza fue conducido á la Force. Allí los jueces por fortuna le concediéron el perdon en la noche del dos al tres. Él fiándose de que era conocido de los porteros, y no estando aun dispuesto el órden de salir, que se observó el dia siguiente, se estuvo quieto, temeroso siempre de que le pidiesen el juramento de la libertad é igualdad, en cuyo punto, aunque tenia sus razones, no

no sabía á que partido atenerse habiendo oido á los demás. Llegó, pues, á las dos de la mañana la funesta hora, y ya fue preciso presentarse de nuevo á juicio, á pesar de haber sido absuelto en el mismo tribunal; conociendo él aun por esta prueba, que casta de hombres son los que dominan en las revoluciones. Violo el xefe de los marselleses, y le dixo: ¿que haceis aquí, camarada? ¿No habeis sido ya juzgado?=Si, ayer, y por haber sido absuelto se me puso aparte en lugar de seguridad=¡Buena seguridad! aquí no hay ninguna, habeis hecho muy mal en no haber salido ayer: hoy está aquí ya el pueblo sediento de sangre, *y esos jueces que ni saben lo que se debe hacer, ni lo que hacen, os juzgarán blanco ó negro, haz ó revés, conforme se les ponga en la cabeza.* Así hablaba el hombre, estando
 in-

inmediato á los jueces como quien los conoce, y no les teme. Por fin aconsejó á Mr. Flaust, que se serrase en decir que habia sido ya juzgado, y no contestase á pregunta alguna. Siguió el consejo y fue absuelto; pero quedaba la terrible ceremonia del juramento, cuyas circunstancias voy á referir con sus mismas palabras.

" ¡Que horror se apoderó de mi en el instante que siguiendo paso á paso al conductor de la espantosa tragedia, me hallé en el fatal postigo! Yo habia oido hablar bastante de dos exércitos de asesinos, habian resonado tambien en la prision el espacio de veinte y seis horas, que iban ya de matanza, sus imprecaciones, blasfemias, y bárbaros clamores; pero al salir fuéron mis ojos los que me informáron. En el horror de la noche centelleaban sus armas á la luz de

las teas agitadas de sentenares de Euménides, caminaba sobre un suelo anegado en sangre, caliente aún, de mas de quatrocientos que habian ya ido al suplicio: ya iba por medio de la calle quando poniendoseme delante uno de los asesinos, me dice viva la nacion, hermano mio, tu eres mi camarada, y un buen ciudadano, y al decirlo me da un beso, dexándome mojada la cara con la sangre que habia salpicado á la suya de tanto asesinado. ¡Qué hermandad! ¡qué beso! Estaba como pasmado de horror sin saber por donde iba, y en esto veo que me detienen de repente: abro los ojos, y me halló delante de un monton de cadáveres, y en cima de ellos el tronco de Madama Lamballe, abierto el pecho, y tendidos en cruz los brazos, sus pies que caian al suelo, casi tocando con los mios. ¡Que agonia! En este momen-

to pone mi verdugo la mano sobre los cadáveres, pronuncia, y me manda pronunciar el juramento. Quiero recogerme á pensar un momento, se me ofrecen con toda la prontitud de un relámpago las razones que habia yo alegado á su favor, no me acuerdo siquiera de una en contra; temo, si lo rehuso, ser martir no de la fe, sino de una opinion, me detengo, y veo que se levantan contra mi una multitud de sables, juro, no se si maquinalmente ó como. Al punto se abre una fila, y me dexan franca la salida. Salgo, respiro un poco, y entonces vuelve sobre mi la reflexîon. ¡Qué he hecho yo, Dios mio! Si es contra vuestra ley este juramento, vuelvo atrás, y me retracto; ¿pero debo hacerlo asi? ¿será prudencia? ¿y esta retractacion bastará para que sea causa de martirio la mia? ¡ó Dios! ¡que no haya yo sido
lle-

vado mas bien al Carmen, y muerto allí con mis hermanos! No me hallaria yo ahora en estas perplexidades. En fin salió asi del paso este Sacerdote, y habiéndole ofrecido curatos á escoger, jurando la constitucion pretendida civil del Clero, escogió el destierro, y sin duda hubiera escogido la muerte antes que el otro juramento, si lo hubiese creido ilícito.

Despues pereciéron otros quatro ó cinco Sacerdotes, que quedaban, excepto uno á quien Dios habia conservado la vida, visiblemente para reconciliar á los que querian, antes de salir al suplicio. Este buen Sacerdote acertó siempre á mover la compasion, diciendo ser hijo de un hombre del campo, que acudiendo á socorrerlo al tiempo de su prision habia sido muerto á sus pies, y que en nada estimaba ya su vida, no pudiendo recuperar la

de

de su Padre; de lo qual movidos los bandidos, mudándole de trage, lo sacáron. El número de víctimas queda al fin desconocido, siendo, como se ha averiguado despues, muy defectuosas las listas, que se publicáron de todo género de personas. Solo se sabe que saliéron libres á demás de las mugeres, todos aquellos que se hallaban presos por delitos, prometiendo tomar plaza al servicio de la revolucion. Queda ahora el mas horrible de todos los teatros, que es la plaza Delfina, el mismo que omitiriá yo, si no viese que es muy importante que conozca todo el mundo lo que es la revolucion de un pueblo á quien enfurece el orgullo, la rebelion, y la impiedad; y temeroso de no ser creido, me valdré de la relacion de un autor testigo de vista, que nos ha dado hechos averiguados para que sirvan de ma-

materiales á la historia de este siglo, baxo el título, *idea de los horrores cometidos en París &c.*

» En la plaza Délfina habia encendido el pueblo una grande hoguera, en que fuéron quemados muchos hombres y mugeres. Entre otras fue traida la Condesa de Pérignan con sus hijas, que todas tres desnudas y untadas con aceite fuéron puestas á asar con fuego lento, danzando y cantando á grandes voces la *carmaniola* todos los verdugos al rededor, para ahogar los gritos de las infelices. La menor que no tenia aun quince años pedia por favor le quitasen la vida antes de ponerla, lo que oido por un joven, le disparó una pistola al corazon, y enfurecido el pueblo lo asó á él en lugar de la que habia de serlo. Luego que estuvo asada la Condesa, traxéron seis Sacerdotes, y cortándole un peda-

dazo de carne, se la ofreciéron, mandándoles que comiesen. Ellos cerráron los ojos, y no respondiéron palabra, lo que visto por los verdugos, desnudáron, y pusiéron á asar al mas anciano, y el pueblo decia entre tanto: quiza les será mas gustosa la carne de un compañero que la de una Condesa. Entonces los cinco restantes se abrazáron, y se arrojáron á la hoguera: acudiéron á sacarlos para prolongar sus tormentos; pero ya los habia sufocado el humo y la llama."

"El lunes tres de Septiembre vino al club de los jacobinos un tal Philip con un caxon, y subiendo á la tribuna, despues de un largo discurso sobre el patriotismo, en que concluyó que todo patriota que prefiere los vínculos de la sangre y de la naturaleza á los del patriotismo, debe ser mirado como aristocrata, y que todo jaco-

cobino debe deshacerse de sus amigos y mas inmediatos parientes si no piensan como patriotas, al decir estas palabras abre la caxa, saca dos cabezas, y presentándolas, prosigue: son de mi padre y de mi madre, que acabo de cortar, *por no haber podido conseguir de ellos que oigan la misa de un Sacerdote constitucional.* Nadie se horrorizó: nadie cerró los ojos: todos á una voz aplaudiéron con grandes aclamaciones la hazaña, y se decidió que se sepultasen las cabezas en la misma sala baxo las estatuas erigidas allí á Bruto, y á Ankerströn (el esesino de Gustavo) detrás del dosél del Presidente."

El lector dexará de mirar estos hechos como increibles, si reflexîona sobre el caracter y las causas de la revolucion, que habiendo comenzado impia, debia seguir atróz: por que en llegando el hombre á creer que quanto

sa-

sacrifica de sentimientos naturales lo sacrifica á la felicidad del género humano, en habiéndose creido á si mismo él verdadero filósofo, y dios de la tierra, por que para él no hay ya freno en el cielo ni en el infierno, en habiéndose dicho á si mismo que todo el universo sea jacobino, ó que perezca todo el universo, entonces con sus derechos del hombre criado en los bosques, con su odio de Dios, Reyes, Nobles, y Sacerdotes, no hay atrocidad que en su concepto lo sea. Si hay algun sófista de esta raza, á quien todavia disuene el parrisidio, no habrá siquiera uno, que dexe de escusarlo, como preciso para venir al fin de su revolucion. Estos hombres hacian ya una secta y á esta secta, obedecia el populacho de los arrabales, los seiscientos marselleses, y los doscientos verdugos. Entretanto trecientos ó quatro-

trocientos mil ciudadanos de París temblando de miedo, sin consejo, sin cabeza, sin union, no tenian valor para seguir á los que querian sacarlos del abismo en que los habia metido su rebelion constitucional: y unos hombres ayer triunfantes por haber derribado la bastilla, humillado al Rey, á la Corte, á los Nobles, y al Parlamento, estaban hoy consternados, en un triste silencio, temiendo el encuentro con los bandidos, sin atreverse á chistar de miedo de las delaciones y los munícipes. De estos ciudadanos rebeldes constitucionales, unos se escondian en los rincones mas obscuros, otros aun mas cobardes se juntaban con los bandidos á buscar nuevas víctimas, por miedo de no ser buscados ellos mismos, otros iban á ofrecer sus tesoros para oponerse al exército prusiano, que deseaban mas bien que llegase,

otros

otros se alistaban á porfia, para tener medio de salir de una ciudad que devoraba á sus moradores.

Esta era París en la primera semana de Septiembre; pero al fin debia llegar en breve el dia en que los autores de tales impiedades se avergonzasen de verse echos la exêcracion del género humano, y de haber podido meditarlas, combinarlas, y prepararlas. Vino efectivamente este dia, que traxo consigo la division de los jacobinos. Brissot y sus jacobinos de la Gironde apropiándose la gloria de los horrores del diez de Agosto, echáron sobre Danton, Robespierre, Marat, y sus jacobinos munisipes la infamia del dos de Septiembre; pero de la historia de sus esfuerzos, y de sus complots para el dia señalado, de las cartas de Brissot á los jacobinos, de las de Louvet á Robespierre, y de los hechos

chos mismos se demuestra, que de una misma conspiracion unida todavia el diez saliéron ambas obras, consertadas entonces, y executadas luego por los munícipes, que estableciéron ellos mismos. En el mismo dia diez de Agosto estaban ya hechas y pasadas á manos de los bandidos las listas de los Sacerdotes, que debian ser degollados, de lo que no puedo dudar, que vi en la misma noche llegárseme cierto hombre, y decirme: he sabido que estaba en la casa del ayuntamiento una lista de proscripcion contra los Sacerdotes, y el afecto que os profeso no obstante la diversidad de nuestras opiniones, me ha obligado á hacer diligencia por leerla: la he leido en efecto, y á pocos renglones he visto vuestro nombre: me he apresurado á buscaros, no tardeis vos en salvaros. En efecto comenzó al dia siguiente la pesqui-

quisa, y al otro dia vino á mi casa. Esta prision de los Sacerdotes no tenia ciertamente por objeto su deportacion, que sin prision se hubiera hecho mas facilmente, deseándolo ellos mismos, y aun solicitando los pasaportes que constantemente se les negáron. ¿De que sirve, pues, decir, que fue esta matánza efecto de una súbita insurreccion que ninguna autoridad pudo prevenir? ¿Y en una ciudad, donde habia sesenta mil hombres sobre las armas, quarenta y ocho sesiones permanentes, el senado nacional, y el consejo municipal en sus juntas, qué quiere decir treinta asesinos que se ponen á degollar en el Carmen por tres horas, y que comienzan el dia siguiente en S. Fermin, para no poder impedirlos? Y mas quando van luego á pedir á las autoridades públicas sus pagas, y legalmente las reciben, como es constante

(sin hacer caso de lo que dexamos ya referido) segun nos cita Louvet, uno de los legisladores, el pago hecho por mandato múnicipal concebido en estos términos: *se ordena á Mr. Vallé de Villeneuve* (tesorero de la ciudad) *pagar á los quatro dadores de este la suma de doce libras á cada uno por la expedicion de los Sacerdotes de S. Fermin*. Es constante, pues, que estos asesinatos, filosóficos se concertáron el diez de Agosto en la conspiracion combinada con tanta maldad entre las dos castas de verdugos filósofos, y munícipes.

Es cosa bien sensible para un historiador haber de traspasar á la posteridad la memoria de la atróz serenidad del filosofismo ordenando, y pagando legalmente la carniceria, que llama expedicion de los Sacerdotes; pero es preciso dar á conocer lo que son las revoluciones, y lo que es esta fi-

filosofia, que en virtud de la igualdad y derechos de el hombre pone la autoridad pública en manos de la turba multa, que se quiere llamar pueblo, cuya sangre fria en medio de los mayores horrores, y serenidad de conciencia, ahogados ya con la impiedad sus remordimientos, es el efecto y la práctica de la teoría de Condorcet, Petion, Barnave, Brissot, de todos los impios del dia, y de aquel Rousseau de Ginebra su maestro. Ni bastó á los municipes, hechos ya feroces por el filosofismo, haber obrado asi en la capital; sino que por los mismos dias enviáron á las provincias un escrito baxo el sello de Danton, en nombre de todos los municipes que allí se expresaban, que eran Duplan, Panis, Sergent, L' Enfant, Jourdevil, Marat, Forges, Le Clerc, Celly, constituidos por el comun, y juntos en se-
si-

sion, como administradores de la salud pública, y decia asi: " El comun
" de Paris ufano con toda la plenitud
" de la confianza nacional, que siempre
" se esforzará á merecer mas y mas, co-
" locado en el focus de todas las conspi-
" raciones, y determinado á sacri-
" ficarse por la salud pública, no se
" gloriará de haber llenado cumplida-
" mente sus obligaciones, hasta obte-
" ner vuestra aprobacion, que es el ob-
" jeto de todos sus deseos, de la qual
" aprobacion no estará cierto si no sabi-
" endo que todos los departamentos han
" sancionado las medidas, que acaba
" de tomar para salvar la causa pública.
" Este comun, pues, se apresura á dar
" parte á sus hermanos de todos los de-
" partamentos que una parte de los fero-
" ces conspiradores *ha sido ya entregada*
" *á la muerte* por el pueblo; *actos de jus-*
" *ticia* que le han parecido indispensa-

» bles para contener con el miedo á los
» traidores ocultos, que estan dentro de
» sus muros; en la ocasion de ir á mar-
» char contra el enemigo. Y sin duda
» la nacion entera despues de la lar-
» ga serie de traiciones que la han
» puesto á la orilla del abismo, se
» dará prisa á adoptar este mismo me-
» dio tan necesario para la salud pú-
» blica, y todos los franceses, cla-
» marán como los de París: marche-
» mos al enemigo; pero no dexemos
» á la espalda estos asesinos, que
» quieren degollar á nuestras muge-
» res é hijos."

Asi querian estos humanos filósofos, que tanto censuran de intolerancia y crueldad á los católicos, añadir á la sangre ya derramada la de tantos millares de Sacerdotes como estaban amontonados en las cárseles de Mans, Dôle, Angers, Laval, y las demás ciuda-

dades. Estos monstruos llamaban conspiradores feroces á aquellos á quienes habiendo sorprehendido, y apoderadose de todos sus papeles, no han podido hasta ahora producir ni una ligera prueba de conspiracion. Ni tampoco les bastaba esta exhortacion, sino que querian hacer todos los asesinatos por mano de sus propios verdugos. Habia remitido la Asamblea al tribunal de la alta justicia establecido en Orleans cincuenta y siete personages objetos tambien del furor de estos municipes, y pareciendo á su furor demasiado lento y poco sanguinario aquel tribunal, fuéron conducidos á Versalles. Era el mas visible de ellos el Duque de Brissac, resto de aquellos antiguos caballeros, cuyo valor y fidelidad eran la gloria y el decoro de la monarchia francesa. Con él estaban veinte y siete oficiales del Regimiento de Cambresis,
 dig-

dignos de padecer por la misma causa, muchos de los quales contaban cincuenta años de servicio. Estaba tambien el exministro Delessart, triste víctima de su honradez, ó de su ineptitud constitucional, á quien el zelo de las leyes de Camus y Target no pudo defender de los furores de Fauchet y Brissot. Pero particularmente era de este número Mr. de Castellane, Obispo de Mendes: este Prelado en fuerza de mucho zelo conservaba casi toda su diócesis libre del cisma y de los herrores del dia, y haciéndolo mas respetable la comparacion de sus virtudes con los vicios del intruso usurpador de su silla, no podia ser perdonado por los jacobinos. Estos y el intruso empeñados en separarlo de sus ovejas, y perderlo, no hallando calumnia á que poder dar algun color, se valiéron del pretexto de haber contri-

tribuido con la suma de cincuenta libras para el sueldo de las guardias nacionales, establesidas en Mendes como en las demas ciudades á que le pidiéron los colectores, que acudiese con su parte como los demas ciudadanos. Acusáronlo, pues, á la asamblea como fautor de una tropa contrarevolucionaria, por que aunque era de guardias nacionales, no iban á la misa constitucional. Instáronle entonces sus amigos á que saliese del Reyno, y ya iba á executarlo, quando fue preso y conducido á Orleans.

Llegáron, pues, todas estas víctimas en carros á Versalles, excoltados por una guardia numerosa, y fue señalado por los ya dichos verdugos el lugar en que debian ser asesinados. Brissac, y sus compañeros, donde correspondia que lo fuesen, delante del palacio de su Rey. En quanto al Obispo,

po, esperaba la muerte, y la recibió como el Arzobispo de Arles, en pie y sin hablar una palabra. Tambien tenian los de Versalles sus Sacerdotes presos en la caballeriza de la Reyna, que eran los de la parroquia de San Luis, Mr. Gallois, Sacerdote de la Mision, y otros curas y vicarios de las cercanias en número de siete: fuéron allá los verdugos á descansar de la execucion de los de Orleans, y los degolláron á todos, siendo esta la celebridad de la octava de los Mártires del Carmen.

Á diez leguas de París habian ya seguido otros el exemplo y exhortacion de los municipes. El Corregidor de Meaux, como sabedor del dia destinado para el sacrificio, habia dexado hacia fin de Agosto desmandarse la canalla en busca de Sacerdotes no juramentados. Ibanlos trayendo á su tri-

bu-

bunal, y el digno émulo de Pethion, fingiendo no tener parte en su captura, les pedia, para saber si debia soltarlos, el juramento constitucional: los Sacerdotes lo negaban, y él mandaba retenerlos. De esta suerte tenia preso á su propio Cura, un Sacerdote de la catedral, y á otros cinco Curas ó Vicarios. Llegáron alli el 4 de Septiembre algunos de los guardias de Paris, que habian asistido á la execucion del Carmen, y queriendo hacer como habian visto, juntáron á otros de su jaez, y fuéron todos juntos á la carcel, hiciéronse abrir las puertas, llamáron primero al Cura de San Nicolás, y haciéndose uno de ellos xefe, juez, y verdugo, despues de haberlo llenado de injurias, y vomitado muchas blasfemias, lo derribó de un golpe de masa en la cabeza, y los demás lo acabáron con las picas y sables. Acudié-

diéron algunos oficiales municipales á salvar á los otros, pero ya era tarde: todos fuéron sacrificados, y con tal furor, que costó mucho trabajo al enterrador recoger las cabezas, miembros, y entrañas esparcidas. Junto con estos matáron á otros, que eran seglares, y como en París, libráron á aquellos que juzgáron dignos de unirse á su causa.

En Rheims á quarenta leguas de París se juntáron quinientos bandidos con el nombre de marselleses el mismo dia dos de Septiembre, para los mismos horrores. La primera víctima fue un oficial del correo odioso á los jacobinos, por que no queria dexar su Religion por la de los falsos pastores: el segundo el maestro de postas Mr. Guerin, hombre íntegro, que jamás quiso prestarse al intento de ellos de abrir las cartas, ni seguir los alborotos de sus clu-

clubs: el tercero fue el venerable Montrozier, que fue Teniente de Rey, en Lila, entonces de setenta años, que viviendo retirado con su muger, ageno de todos los tumultos del mundo con solo el cuidado de su salvacion, siéndole intimado el juramento de la libertad é igualdad revolucionaria, eligió como heroe christiano la muerte, que habia aprendido á no temer en muchas batallas. Le fue cortada la cabeza ya cana, y puesta sobre una pica á la puerta de una ciudad tan estimada de los Reyes de Francia, como que en ella son ungidos: despues la pusiéron en el suelo en el camino de París, y arrojándola adelante con el pie, le decian: *ve á buscar al Rey.*

Pero Sacerdotes era lo que querian estos patriotas, y no habiéndolos presos en la ciudad, se habian tomado las providencias para que no les falta-

tasen. Á poca distancia de Rheims, en Montchenaux vivian dos Eclesiásticos mas unidos aun por la fe y demás virtudes, que por la amistad: uno era Mr. de Lescure, Vicario general, estimado del Obispo y de toda la diócesis, el otro Mr. le Vacher, canónigo el mas antiguo de la catedral. Habian trabaxado mucho los jacobinos para hacerlos sospechosos á aquellas buenas gentes, y no habiendo podido lograrlo, viniéron los rústicos de unas aldeas vecinas, que cercándolos, les pidiéron el juramento, ó ir presos á la ciudad: vamos, dixéron, y por todo el camino se fuéron preparando para el combate, que no fue largo, por que al punto que fuéron presentados ante las casas del ayuntamiento, el uno fue muerto á bayonetasos, y el otro levantando las manos al cielo, fue echado sobre su amigo, y espiró á puro golpe de palos.

Ape-

Apenas acabáron estas dos víctimas, quando los clamores *de viva la nacion* anunciáron otra mas venerable aun, Mr. Pacquot, Cura de San Juan, por sus años el decano de la christiandad, y por sus virtudes el Sacerdote por excelencia, conocido de todos por el nombre de el Cura santo. Habia pedido á Dios instantemente acabar su vida con el martirio, y parece haberle revelado su Magestad el efecto de su peticion, por que entrándose repentinamente en su oratorio los que fuéron á prenderlo, lo halláron de rodillas, acabando de rezar sobre si mismo la recomendacion del alma: levantóse y fue con ellos rezando pacíficamente salmos: llegado delante del ayuntamiento iba á recibir el golpe de la muerte, quando saliendo de su sitio el Corregidor, que queria librarlo, dixo á los verdugos: ¿que vais á hacer?

Es-

Este hombre está decrépito, y el fanatismo lo ha acabado de sacar de juicio: no es digno empleo de vuestra espada. Á estas palabras replicó el santo Sacerdote: *no Señor, no estoy decrépito, ni soy fanático, hacedme la honra de creer que jamás he estado mas en mi juicio: estos Señores me piden un juramento que yo no puedo hacer, ó que muera: yo elijo la muerte detestando el juramento. Me parece, Señor, que son bastantes señas de mi presencia de espíritu, y que sé lo que me digo.* Retírose el magistrado confuso de su falsa piedad, y Mr. Pacquot entonces pregunta á los presentes: *¿quien de vosotros es el que me ha de dar la muerte?=Yo*, dixo, descaradamente uno á quien el nombre de ciudadano debia no permitir hacer oficio de verdugo:=*permitidme pues que os abraze, y luego que me ponga en postura reverente para hacer á Dios mi*

sa-

sacrificio. Abrazóle, arrodillóse, pidió á Dios perdon para si y para sus verdugos, y recibió del ciudadano, indigno de tal nombre, el primer golpe del que cayó, y los demás lo desquartizáron con los sables.

El mismo dia fue descubierto Mr. Suny, Cura de Rilly, refugiado en Rheims por la persecucion, que los jacobinos le sucitáron en su parroquia, hombre ya octogenario. Pidiole limosna un mendigo, que recibiendo diez libras de ochenta que le quedaban, fue al momento á delatarlo: traxéronlo al mismo sitio, y le dixéron los municipes: *Señor, teneis la vida en vuestra mano, haced el juramento, y sois libre* ¡*Ah Señores*! respondió: *he tenido la desdicha de hacerlo; pero Dios misericordioso me dió aliento para retractarlo: le he dado mil veces gracias por ello, y al presente me tengo por dichoso en dar*

la vida para reparar mi escándalo: experimento en este instante que Dios me esfuerza, y estoy pronto á morir primero que recaer en mi pecado. Dixo, y yendo á morir lleno de humilde compuncion y de gozo, cayó sobre el Pastor que le habia precedido. El martes 4 de Septiembre fuéron traidos al mismo campo de batalla Mr. Romain, uno de los Sacerdotes mas edificativos, Cura de Chêne, y Mr. Alexandro, Canónigo de S. Sinforiano. El primero fue muerto luego, atrabesado de bayonetas, el segundo herido ya; pero vivo aun tenia bastantes fuerzas, quando ocurriendo á los verdugos, como habia ocurrido á los de París, que era este suplicio demasiado blando, parten á las casas de los católicos mas conocidos, y sacando por fuerza copia de leña, hacen á toda prisa una hogera: quando ven levantarse mas la llama

ma arrojan á ella la víctima aún viva, que tres veces rechazada de la misma fuerza del incendio, tres veces la vuelven á empujar con las bayonetas, y durante este espectáculo no cesaban de cantar *ça irá, ça irá, viva la nacion.*

Al dia siguiente sosegado ya el furor, sintió el mismo populacho sus remordimientos, y quedó algun tiempo confuso y consternado; pero ¿que es la confusion y consternacion del populacho, que no vuelve de su delirio sino para entrar en otro? Buscáron al malvado mendígo denunciador, y cargando sobre él toda la culpa, lo quemáron vivo.

Á cien leguas de París debia tambien ser la ciudad de Leon teatro de tales escenas. Por fortuna no dominaban allí tanto los jacobinos, y aún que no faltó persecucion, pero por lo general los leoneses no eran tan esclavos del gran club. No ignoraban es-

esto los jacobinos de París, y el dia que fui yo presentado á su tribunal, mientras esperaba mi sentencia, dixo uno de estos jueces, que era menester para castigar á las ciudades de Ruan y Leon enviar gente armada, y conforme á esto enviáron á Leon para el dos de Septiembre algunas compañias de bandidos; y con todo, el suceso, aunque horrible, no fue tal, qual se lo habian prometido Danton y Manuel. Muchos de los municipes leoneses se atravesáron entre los verdugos y los presos, ofreciendo sus pechos á los aceros, para que no cayesen sobre los inocentes, y gracias á este zelo, en lugar de millares de víctimas, especialmente Sacerdotes que traian designados, muriéron á sus manos solos cinco de ellos; pero para compensarse, en parte de los que les habian arrebatado de las manos les

cor-

cortáron todos los dedos á los que habian degollado, y ensartados en un hilo, los colocáron como guirnalda en el paseo de Belle-Court. En otras muchas ciudades quedáron igualmente frustradas las esperanzas de los jacobinos de hacer otra matanza como la de París; pero esperáron suplir esto por el modo de executar el decreto de la deportacion: por que debiendo ir todos con pasaporte en que constase la causa de su destierro, y conociéndose por este medio los no juramentados, se lisongeaban que les seria muy dificil á estos Sacerdotes llegar á las fronteras, sin pasar por algunos clubs sanguinarios. Tan asegurado de esto estaba Manuel, que llamaba á estos pasaportes *billetes de muerte*: y aun estos billetes de muerte se negaban á aquellos á quienes se queria tener mas seguramente debaxo del cuchillo. Hubo muchos, que precisa-

dos á salir por el decreto, é imposibilitados de efectuarlo por negárles el pasaporte, eran precisamente reos : y de los que se halláron en esta infeliz situacion, conozco particularmente uno, que soy yo, cuyo caso hallándolo Pethion dificil de resolver, mandó que me presentase á su audiencia; pero Dios dispuso salvarme por otros medios. ¡Qué espectáculo ofrecia la Francia durante el mes de Septiembre en que generalmente se diéron estos pasaportes! Ver en un reyno ayer christianísimo, que ni conocia ni seguía otros pastores que los legítimos de la religion christiana, hoy echando, y persiguiéndolos por todas partes ; cubiertos todos los caminos de Cardenales, Arzobispos, Obispos, Curas, Sacerdotes de todas las órdenes en número de cincuenta mil , saliendo de todos los puntos, adelantándose hácia todos los puertos y fronteras, volviendo á dar tristes mira-

das

das sobre sus iglesias hechas sillas de apóstatas, ó convertidas en establos, y peores destinos, perseguidos en la misma fuga de la idea de un Rey objeto de su fidelidad, de una Reyna, de unos infantes antiguo centro de su amor, que quedan en poder de unos asesinos, de un Padre de una Madre, de unos hermanos, parientes, amigos, que dexan á merced de feroces clubs, en una horrenda anarquía, y sobre todo, de unos feligreses entregados á lobos, dando los unos alegremente en el cisma, llamando otros en vano, y siguiendo con los ojos á sus Pastores verdaderos; temiéndose que con sus Ministros sale tambien desterrada para siempre la fe, y pensando si están en el caso del mandato de Jesu-Christo, de sacudir sobre la rebelde tierra el polvo de su calzado; pero esperando por otra parte mejor suceso,

y pidiendo para todos mas próspera suerte, y mejores pensamientos.

Pero muy distintas eran las ideas de los jacobinos, y segun tomáron las medidas, solo una providencia particular de Dios pudo hacer, que no hallase la mayor parte de estos Eclesiásticos su sepulcro en el camino; pero no dexó de regarse con mucha sangre. En la Normandia yendo hácia el puerto Mr. Pinerot, Cura de Chalange, diócesis de Seéz, Mr. L' Oifeau, Vicario de S. Paterno, diócesis de Mans, Mr. l' Lievre, Sacerdote de S. Pedro de Montfort, y otro Sacerdote, sobrino del primero, fuéron detenidos por un centinela: mostráron el pasaporte, y viendo que eran Sacerdotes se les pidió el juramento, y á su respuesta de que por no hacerlo iban desterrados, gritó el populacho: estos son refractarios, y á golpes mató á dos de ellos:

los otros dos, ya bastante molidos, fuéron arrojados al agua: volviendo sobre ella despues de hundidos, les dixéron, *jurad, y os sacaremos*, y diciendo ellos, *no podemos, no juramos*, los volviéron á hundir, y sacándolos de nuevo ya medio ahogados, vueltos á intimar, y hallados en medio de aquella fatiga mas constantes, los hunden de nuevo, teniéndolos debaxo del agua hasta que quedáron ahogados. Cerca de allí fuéron degollados otros tres por la misma causa. Casi en el mismo dia fue detenido en su viage el Cura de Baroche cerca de Alençon por los paisanos de Orbec. Por mas que se empeñáron los municipes en su favor, lo llenáron de estocadas, y un granadero, con la compasion del dia por que no penase mas, le atravesó el corazon. Luego los espectadores le cortáron la cabeza, la lleváron un buen trecho,

y la dexáron en medio del camino. El mismo dia llegó allí á pedir su pasaporte Mr. Nicolás Bené, Cura de Lymais-les-Mantes, diócesis de Chartres, y el pasaporte fue matarlo allí mismo. Cerca de Aliqueville pidiéron á Mr. Quesnel, Sacerdote de la parroquia de Bolbec, que exhibiese el suyo: sacólo, y al irlo á entregar le cortáron de un sablazo los dedos para recibirlo. El nueve de Septiembre fue obligado Mr. Bessin, Cura de Sommaire, á dexar su parroquia, por negarse á hacer el juramento: se presentó despues para pedir su pasaporte en cumplimiento del decreto de la esportacion: acudiéron los bandidos, y creyendo el distrito librarlo con ponerlo en la carcel, forzáron las puertas, y lo desquartizáron, echáron luego un brazo al rio, esparciéron en diferentes partes los otros miembros, y dexáron el tronco al pie del

del arbol de la libertad. En Autun preso por el populacho uno de los Curas, y llevado al Corregidor, le aconsejó este, no que hiciese el juramento, sino que permitiese que él dixera al pueblo, que ya lo habia hecho, y el Cura respondió: si tal haceis, me será preciso desmentiros, por que no me es lícita tal simulacion. Necesitaba la ciudad de Autun este exemplo para desquite del escándalo de su grande, apóstata y mal Obispo. El Cura fue Martir, y el apóstata lleva aun hoy sobre si el perjurio y la ignominia. Del mismo modo muriéron otros muchos; pero no eran estas víctimas dispersas lo que deseaban mas los jacobinos, sino matanzas, y hecatombes, y asi abriendo las cárceles sembráron el furor en los pueblos á donde llegasen estas colonias de deportados.

De los que se embarcáron en los pu-

puertos del medio dia, unos viéron la artillería asestada para echar á fondo los buques; otros á quienes el mal tiempo forzó á arribar á Tolon, al punto que ancláron fuéron encerrados en la bodega, donde no se les permitió respirar hasta al cabo de tres dias, para ser registrados y robados al tiempo de partir, dexando á cada uno solas diez libras. El 19 de Septiembre al tiempo de salir del canal de Aguas muertas cincuenta Curas y Vicarios, entre los que habia algunos de ochenta y de noventa años, en el bastimento del corsario Pesqui, se dexó abordar de otros dos tripulados de bandidos, que dando sobre los Sacerdotes, los registráron hasta tres veces, les quitáron casi toda la ropa, y no dexándoles ni un asignado, los enserráron en la bodega, donde sin respiracion comenzáron á oir despues golpes de ha-

hachas sobre el costado, para echarlos á pique, lo que hubiera sucedido, á no salir reclamando el daño de la embarcacion su dueño. Ni eran menores los peligros de los que huian por otros departamentos, algunos de los quales, como el de la Costa de oro, exâltados por Danton, se habian hecho por sus crueldades famosísimos. Treinta y cinco Eclesiásticos que habian salido de Chartres, llevados por guias pérfidos, llegáron á Dreux. Al entrar se conmovió el populacho, pidiendo su muerte. Por fortuna no era Pethion el Corregidor, ni Manueles los municipes: juntáron sus guardias, y á pesar de la lluvia de aquel dia los escoltáron gran parte del camino, seguialos no obstante la multitud buscando ocasion de acometerlos hasta que arreciando la lluvia se dispersáron. Entonces creyéndolos ya estos buenos

dadanos seguros, se retiráron encargando á sus conductores que apresurasen el paso; pero volviéron los bandidos, y tocando tambien á rebato las aldeas cercanas, diéron sobre ellos, y los lleváron presos. Quiso no obstante Dios amansar estas fieras á vista de la paciencia y mansedumbre de sus Confesores, y despues de haber estado mil veces á punto de ser sacrificados, fueron dexados libres, y prosiguiéron su camino.

En medio de este populacho sublevado se dexaban distingir hombres de otra clase fomentándolo, y enardeciéndolo: eran ciudadanos decentes y conocidos, y mas freqüentemente Sacerdotes juramentados, é intrusos, que no pudiendo sufrir la gloria de los Confesores, cuya constancia en el despojo y destierro condenaba su avaricia y cobardía, olvidados hasta de la desencia

de

de su estado, se mezclaban entre la soldadesca desenfrenada contra el verdadero Sacerdocio. Habíanse visto ya hasta sus nuevos Obispos entrar en la formacion á hacer exercicio con las tropas calvinistas, y venir con la guardia de S. Fermin sacerdotes juramentados con el uniforme militar á turnar con los bandidos, haciendo centinela en las puertas de aquella carcel de Sacerdotes santos; pero el momento de la exportacion acabó de manifestar qué género de Sacerdotes eran los de la nueva iglesia. Llegáron á Port-en-Bessin ochenta Eclesiásticos, que se acogian á Inglaterra, al mismo tiempo que se acercaba la nave, que habia de conducirlos: creíanse en seguridad baxo la salvaguardia de la ley, quando apareció un tal Launes, cura intruso de Vaucelles, con seis soldados, en trage militar él tambien: pre-

preguntó en tono fiero, con que designio venian en tanto número á un pueblo tan corto: los Sacerdotes le expusiéron modestamente el objeto de su viage: les pidió los pasaportes, y suprimió muchos de ellos, diciendo ser dados inválidamente. Entre tanto suena y se estiende por toda la comarca el rebato, por que habia echado voz el malvado de que en la embarcacion que estaba á la vista, venian 300 ingleses á quemar el puerto. Acude el paisanage armado, y el intruso, soldado y cura aun tiempo, dexando á los Sacerdotes en buena guardia, convoca una especie de consejo de guerra, cuya primera resolucion fue ordenar echar á pique con la artilleria el buque que se acercaba. El patron que advierte los movimientos, el rebato, y la gente armada, se mantiene fuera de tiro, y entretan-

tanto el intruso comandante conforme va llegando la gente, les muestra los pretendidos ingleses: creenlo, siguen todos el impulso que él les da, y se preparan para sacrificar á los Sacerdotes, diciendo: que cada compañia al retirarse debe llevar una cabeza en señal de su triunfo. No se espera mas que la resolucion de un nuevo consejo de guerra, quando acudiendo un comisario enviado de Bayeux, no pudiendo sosegarlos por mas cargos que les hace de la ley, los acomete por medio mas eficaz, diciéndoles, que si procedian á la matanza, los mas atrevidos se llevarian lo mejor del botin, en vez de que registrándolos bien á todos, se repartirian con equidad, y una vez desnudos los infelices, era mejor dexarlos vivir, y que fueran adonde quisiésen. Parecioles bien, y procediendo al registro, se rasgáron has-

hasta á los mas ancianos y quebrados los vendages, no siendo de los mas comedidos el Sacerdote militar, que en la decorosa accion no tuvo respeto alguno al pudor, siendo tambien uno de los registrados el verdadero Cura, cuyo lugar usurpaba. Dexados entonces libres; pero sin una moneda, arribáron al lugar de Berniere, donde reinaba aun la caridad, y allí es inexplicable el empeño de todos los vecinos de toda edad y sexô en socorrerlos, alojándolos á porfia cada qual, atareándose las mugeres en hacerles ropa, juntando dinero los hombres, contribuyendo hasta los mas infelices, abriendo una subscripcion, y saliendo á pedir por la comarca: queriéndolos retener consigo, hasta que llegado el dia preciso del embarque los acompañáron á la orilla, derramando lágrimas, donde se mantuviéron hasta que dando

do

do ya la vela, rogaban con clamores al Cielo su próspero viage. Con la misma caridad socorriéron estos christianísimos vecinos en medio de sus cortos haberes hasta mil y doscientos Sacerdotes en otras ocaciones; siendo estos los preludios del bien que les aguardaba en la mas humana y generosa de todas las naciones de la que estos y algunos otros franceses eran émulos en medio de la revolucion de las atrocidades.

Semejante humanidad halláron otros en Dieppe, en Ruan, en Havre, y otras partes, y sobre todo en Grandville experimentó quanto cabe de estos buenos oficios. Otra colonia de Sacerdotes que llegáron de las prisiones de Domfront, en la baxa Normandia, donde estuviéron mil veces amenazados de la horca habiendo llegado los bandidos que los guardaban hasta haber qui-

quitado las cuerdas de las campanas, y probadoselas al cuello para ensayo. Estaba ya decretado el dia de la execucion general, y el populacho amotinado por los jacobinos no esperaba mas que la luz del dia, quando un munisipe mas humano, llamado Tourneur la Vanniere, tuvo la prevencion de hacerlos salir á media noche con una brigada de escolta. Partiéron con ella, y en el camino se les ofreciéron las escenas mas opuestas: por que en unas partes el paisanage compasivo queria embestir con la escolta para librarlos, y ellos tenian que predicar á estos protectores, alegando los motivos de la Religion para contenerlos; en otras por el contrario los defendia de la desenfrenada multitud su guardia. Pero todavia hubo de costar mayores esfuerzos salvar la colonia de los deportados de Ruan del complot

tra-

tramado por los jacobinos en Quillebeuf, por no haber tenido quanta influencia necesitaban en aquella capital. Habian puesto carteles en ella tres armadores, anunciando que estaban listos para Ostende, ofreciéndose á llevar á los deportados. Particularmente el capitan Duchesne prometia no arribar á parte alguna, haciendo juicio de estar en Ostende en ocho dias á mas tardar, y añadia que tenia provisiones hechas para medio mes, y estaba pronto á llevar, y dar de comer á todo Sacerdote, que quisiese ir con él por ciento y cincuenta libras. Con esta noticia se embarcáron como doscientos y treinta, y entre otros se ajustáron con dicho capitan segun su propuesta cincuenta y seis. Partiéron el tres de Septiembre, dia en que habia llegado la noticia del suceso de París. Apenas anduviéron algunas le-

guas, quando ven acortar de vela sin causa, el capitan salta en tierra, y no vuelve á bordo hasta el dia siguiente, dando á todos las reprehensiones que merecia él, diciendo que no tenia viveres, y que era menester arribar á muchas partes del rio para hacerlos. Tantas son las demoras, que el siete se hallan aun á vista de Quillebeuf á siete leguas todavia de la salida al mar, y aun allí es menester aguardar la hora de la maréa.

Entonces aparecen de tres á quatro mil paisanos furiosos, gritando que van en el baxel un gran número de refractarios para unirse á los enemigos de la Francia, y que quieren registrarlos, y apoderarse de ellos y de sus armas. Los Magistrados para sosegarlos hacen exâcta averiguacion, y les dicen, que aquellos viageros no tienen mas armas, que breviarios, y

que sus pasaportes son legítimos; pero los furiosos se apoderan de las lanchas, y pasan á bordo. Los Sacerdotes puestos en oracion debaxo de escotilla se preparan para morir, y estando el primero á la entrada uno de ellos muy anciano, ruegan los demás que se entre, y no esté tan expuesto á la primera furia, "dexad, hermanos, dice: mas vale que muera yo, que ya estoy para nada; quizá se contentarán con mi muerte, y viviréis los que podeis trabajar aun en la salud de las almas." Diciendo esto estaban ya á bordo los furiosos en tanto número, que iba á zozobrar la nave: adelántase á hablarles uno de los Sacerdotes, y la audiencia que le dan, es echarlo al agua, de donde se salvó por que un aficial lo pudo asir, ya casi ahogado, de un pico de la sotana. En fin pudiéron los municipes sosegarlos,

los, reduciéndolos á que los llevasen presos. Tomado este partido, los ponen ellos mismos en las lanchas: llegados cerca de la orilla, arrojan á muchos al fango para el mas pronto desembarco, y allí atascados, ó caidos por los resbaladeros los levantan y hacen caminar á palos, los llevan, y á veinte y á treinta los encierran en calabozos estrechos y hediondos. Gastan el resto del dia en deliberar el medio de que no se les vaya la presa, y los municipes á fuerza de ruegos les hacen consentir á que se espere la resolucion de la asamblea. Al dia siguiente se aumenta el número de Sacerdotes con otro convoy detenido del mismo modo en el rio, y partiendo el populacho á su trabajo, tuvo la advertencia de dexarlos con buena guardia, para que no los soltase el Magistrado. Hablándoles éste de la ley de la ex-

exportacion, respondian: que la ley se habia hecho en París, y con todo se habia hecho en París lo mismo que ellos intentaban: con esto se volviéron á encender, y se determinó resueltamente la matanza, señalando para ella el Domingo, como dia mas oportuno para juntar el paisanage de las cercanías. En esto llega á Ruán la noticia, quieren los guardias nacionales volar al socorro de los Sacerdotes; pero les niegan la órden dos comisários legisladores, que estaban allí á la sazon con todas las facultades, y el comité de los jacobinos dixo á los diputados de Quillebeuf: ¿ no se sabe en Ruán lo que se ha hecho en París? Junto con esto predicaba Albite públicamente lleno de un furor infernal: *ni Dios, ni Rey, ni Religion, ni Sacerdotes*. Pero al fin la indignacion pública, que se sucitaba contra él lo precisó á dexar partir á los guardias. Llegados es-

estos aun á tiempo, desaparecióron los bandidos, y baxo su escolta fuéron conducidos de nuevo los Sacerdotes á Ruán el Sábado proxîmo al dia en que habian de ser degollados; pero no hubo forma de recogerles sus ropas ni dineros; solo sí, se les diéron nuevos pasaportes. Otros ciento y catorce Eclesiásticos que habian fletado el tercer bastimento, sabido el suceso de sus compañeros, se detuviéron en Malleraye, desde donde despues de semejantes peligros los salvó tambien la Providencia.

En ninguna parte se concertó la matanza de los Sacerdotes mas evidentemente que en Laval. Algunos dias antes de la deportacion se habia determinado unir en un solo convento, los seiscientos que estaban repartidos en dos, y los veinte y quatro guardias, que los custodiaban fuéron quedando poco á poco en cinco, y esos en el dia destinado se es-

escogiéron los mas endebles, tales que no pudiesen resistir á los bandidos, quando se arrojasen á degollar á los presos. Viniéron, pues, armados de sables, y picas en número de ciento y cincuenta, y entonces se vió lo que podia contra la canalla suscitada por los jacobinos, la resolucion y el valor. El que mandaba á los quatro era un hombre jorobado, contrahecho, y de muy debil complexîon; pero en este cuerpo mal formado estaba un alma firme y vigorosa: viendo, pues, acercarse los amotinados, se pone delante de los quatro, y con el fusil á la cara les manda detener, y señala una linea, amenazando que si pasan de ella, hará y mandará á los suyos que hagan fuego, y recibirá á los que queden con la bayoneta: los quatro dignos camaradas se manifiestan igualmente resueltos, y esta sola firmeza disipa á los bandidos. Avergonzados los jaco-

cobinos los vuelven á juntar, y vienen al anochecer á nueva tentativa, hallan el mismo valor, y retroceden; pero algunos intentan escalar por otra parte el convento: acuden allá los guardias, y resisten hasta que acuden al ruido los compañeros, y disipan enteramente á los asesinos. Donde puede comparar el lector á estos generosos guardias con los que en París dexáron hacer su oficio á tan inferior número de asesinos, siendo ellos tan superiores.

Los Lavaleses no dudando ya del proyecto formado en el club jacobino, tomáron para impedirlo las medidas que les dictó su corazon, y fue, sin establecer por si mismos nuevos cuerpos de guardia, por no contravenir á su disciplina, apostarse algunos, donde velar toda la noche, para estar prontos á pasar la palabra á qualquiera novedad, y advertir tambien á los presos, to-

tocasen las campanas, si se viesen acometidos. Atajados con esta prevencion los jacobinos, ideáron otro arbitrio, que fue intimar á los Sacerdotes la salida, y abrirles las puertas como para darles tiempo de negociar sus preparativos, y luego que hubiesen salido, tocar por toda la ciudad la generala, mandándoles volver al punto á la prision: al mismo tiempo mandar embargar los cavallos de todos los vecinos para el exército, y en esta confusion y tumulto degollarlos al llegar á la prision: hiciéronlo asi, y los buenos vecinos, conocida la idea, acogiéron á los Sacerdotes en sus casas, y se dexáron sacar los cavallos, diciendo:" llevaoslos en hora buena, os
" entendemos, no nos defendemos, no
" hay tumulto." De este modo se diferenciaban en el proceder los diversos pueblos de Francia; pero los jacobinos eran

en

en todas partes los mismos.

En Mans lo habian dispuesto de otra suerte: fingiéron una carta de algunas mugeres, dirigida como en respuesta á uno de los Curas presos, en la qual se escusaban de no haber podido aun executar su consejo de dar veneno á sus maridos. Leyóse la carta públicamente en la asamblea de los electores, y pareciendo la cosa demasiado atroz, no se le dió crédito, ni corrió el pueblo, como lo pretendian, á vengar en los Sacerdotes el delito supuesto de uno, el qual tambien fue absuelto. Los jacobinos defraudados desu intento se vengáron en el modo de la deportacion: en el primer tránsito de tres dias no oyéron por todo el camino otra cosa que injurias y amenazas: nada se encontró que comer, ni en que descansar en las posadas. Quiso suplir esta falta la piedad de muchas per-

personas; pero quanto traxéron de algun gusto, todo se quedó entre los guardias, y esto no fue mas que un preludio de lo que debian tolerar de los guardias, que en Angers remudáron á los de Mans. Aquí para que oyesen mas insultos y amenazas, atravesáron las calles mas largas para ir al castillo, y ser encerrados todos en su capilla, donde les fue de sumo dolor ver desnudo el altar, derribadas las estatuas, rasgadas y afeadas las pinturas, puestas en los nichos de ellas calaveras y otros huesos, inscripciones, unas infamatorias y atroces contra el Clero, otras amenazando y denunciando á los presos su última hora. En esto entra el carcelero con agua y pan negro, y cierra tras de si la puerta. Dos horas despues se vuelve á abrir, y entra una tropa de bandidos á contarlos, con-
tem-

templarlos, y hacer que escogen las víctimas mas de su gusto. Mas tarde viene una multitud de jacobinos á armarles lazos haciéndoles muchas preguntas capciosas, á que no responden una palabra. Á la mañana llegáron, y fuéron encerrados en la misma prision los que por ancianos y enfermos habian hecho mas lenta la marcha. Fue menester luego, como en París, que declarase el médico, que amenazaba contagio, para que les concediesen salir un rato á respirar al patio del castillo, y que ciertas Señoras compasivas solicitasen el permiso para no dexarlos morir de hambre. De esta suerte habian pasado ya ocho dias, quando les traxo la noticia de lo que habia sucedido en París el Sr. Bachelier, añadiendo, que el temor de la misma suerte lo determinaba á apresurar su deportacion. De hecho, se habia

ven-

ventilado en el club de Angers la qüestion durante seis horas, y prevalecido el dictamen de la matanza para la noche del Sábado al Domingo; pero dispuso Dios que en este intervalo llegase la noticia de la distincion con que el Duque de Brunswick habia tratado al batallon de Angers en la toma de Verdun, y la sensacion de esta noticia impidió á los jacobinos la execucion. Asi solo murió Mr. de Courveceille, á quien la víspera de la partida acabáron los trabajos de la prision.

El doce de Septiembre al amanecer comenzáron las dispocisiones para la marcha en esta forma: recogióseles quanto dinero tenian, que ascendia á quarenta mil libras, del que se les dió á cada uno quarenta y ocho, quedándose los municipes con lo restante: sacáronlos al patio, y los atáron de dos en dos, ordenáronlos en una cuerda,

y luego los cercáron dos filas de guardias, poniendo un cañon á la cabeza y otro á la cola de la coluna: mandáron despues cargar los fusiles con bala, y los cañones á metralla: diose en fin la órden á los presos de guardar silencio, ni hablar uno con otro, y á los soldados de hacer fuego al que hiciese ademán de salir de la fila. Asi comenzó la marcha, atravesando las calles públicas hasta salir de la ciudad, donde los esperaban unos carros, en que los amontonáron atados como estaban. Allí estuviéron parados dos horas hasta la llegada de otros trescientos, que venian atados y escoltados como ellos. En el camino encontráron partidas, que íban al exército, de las quales sufrian la irricion, y el susto de ver á muchos que alargaban el brazo con la espada desde fuera de las filas, por si podian alcanzar-

los. Las posadas fuéron tinglados, é iglesias desmanteladas, y el sustento pan, comiéndose los guardias lo demás que la caridad de los fieles les suministraba. En Anceny estando alojados en la iglesia de los franciscanos, que se habia convertido en club, entró á media noche un jacobino con quarenta bandidos: subióse á la tribuna, mandó cargar los fusiles, y al mismo tiempo subió al púlpito un clubista: comenzáron el malvado predicador y el insolente xefe un dialogo de blasfemias, imprecasiones, amenazas, y dichos indecentísimos, que duráron hasta las quatro, esperando siempre los Sacerdotes con un profundo silencio, que terminase la conferencia con la órden de hacer una descarga. En Nantes, en fin, halláron una milicia mas humana, que se apresuró á desatarlos, hacerles buen tratamiento, y permitir á los vecinos les hiciesen todo género de bue-

nos

nos oficios, en lo que no anduviéron escasos, como tambien en facilitarles el embarque.

Ni estuviéron exêntos de peligros y malos tratamientos los que caminaban libres, especialmente los Obispos, muchos de los quales no pudiendo conseguir pasaporte, anduviéron errantes por las fronteras, escondidos de dia en bosques y cuevas, y siguiendo de noche veredas ocultas y fragosas, muchas veces solos, otras entregados á guias, cuya fidelidad era facil corromper. Si eran descubiertos por los guardias que zelaban, tenian la muerte cierta, como hubiera sucedido á Mr. Barral, Obispo de Troyes, si no hubiera sido desconocida la vereda por donde un paisano le conducia, habiendo sido buscado con toda diligencia. Mr. de Balore, Obispo de Nimes, escapó de tales riesgos, que no fue posible persu-

suadírselo á los municipes de París, á quienes pedia su apoderado facultad de cobrar una suma, que habia dexado en depósito: se afirmáron en que si habia salido de la Francia, habia sido antes del diez de Agosto, y que se debia considerar como emigrado, justificó el agente su exîstencia en la villa de Troyes el 26, y replicáron: *si estaba en Trolles, infaliblemente es muerto, por que está en la lista de los que debian serlo.* El agente no pudo enviar al Obispo otra cosa que esta respuesta; pero ella es una nueva prueba de que esta matanza fue cosa meditada. En la misma lista se sabe que estaban tambien otros muchos Prelados; pero habiendo apostatado de ciento treinta y ocho solos quatro, parece que quiso la Providencia compensar el escándalo de estos con el martirio de otros quatro, y reservar á los demás para

consejo y exemplo á tantos Sacerdotes como la ley de la deportacion esparcía por Europa. La mayor parte de estos Sacerdotes llegáron á su destierro desnudos, ó cubiertos de aquellos malos trapos que la asamblea les habia hecho substituir á la santidad de su hábito clerical: quedábales el derecho, que se les habia reservado, á ser socorridos de sus propiedades; pero en breve los privó tambien de esto la impiedad, y quedáron á sola la providencia de Dios, que los socorrió por otros caminos. Las primeras víctimas de la persecucion antes de la segunda asambléa se refugiáron en Roma, donde se dilató la caridad de Ntro. Smo. P. Pio VI á la vista de unos hombres, que padecian por aquel Dios, de quien es él el primer Pontífice: á él se debia despues de su Magestad su constancia, por que con sus cartas llenas de profunda sabiduria los habia instru-

truido, trazándoles la conducta que debian observar en medio de los lazos que les armaban el cisma, la heregia, la hipocrecia, y el filosofismo, como habia sido, pues, su oráculo, fue tambien su padre, y los acogió como á hijos desgraciados; pero con una desgracia que era gloria de ellos, suya, y de Dios: bendixo su constancia, los abrazó con lágrimas, y les abrió su tesoro, como su corazon. Aun antes de la deportacion ya subsistian en Roma á expensas suyas mas de doscientos: por efecto de ella acudiéron á sus estados mas de dos mil, y mas aun en la invasion de Niza y la Saboya. Entonces su Santidad no puso otros límites á su caridad, que los de su poder. Puso á su mesa á todos los Obispos que eran veinte y quatro, y señaló sumas inmensas para los Sacerdotes, que estuviesen en sus estados, mandando dar á cada uno quarenta y

ocho libras mensuales.

Á los exemplos de generosidad añadió su Santidad los de piedad, mandando cerrar los teatros, cesar las diversiones, hacer exercicios, y exhortaciones á penitencia, á que era él mismo el primero, para alcanzar de su divina Magestad la restauracion de la Religion en el Reyno christianísimo, y el remedio de la deplorable suerte que amenazaba al Rey y á su familia. Roma hizo lo que debia hacer París para poner fin á sus maldades, Roma se cubrió como Ninive de ceniza, y del cilicio de la penitencia; pero debió apurarse hasta los asientos el caliz del Señor. Para que fuese tambien esta caridad sin límites, escribió su Santidad á diferentes Prelados de la christiandad en favor de los pobres deportados; pero para gloria de todas las iglesias vecinas á la Francia, ya se habian

anticipado á este socorro Obispos, Cabildos, Religiones, y demás fieles; cosa que es imposible aquí individualizar. Quando pueda expresarlo todo la historia, se verá con asombro lo que hiciéron los Obispos de Niza, Chambery, Malinas, y todos quantos rodean la Francia sin excepcion. Lo que hizo el Cardenal Guémene, recogiendo en su palacio quantos pudo, reduciéndose á una mesa frugal con todos ellos, vendiendo, y desnudándose de quanto le correspondia como Príncipe secular, para quedarse solamente Sacerdote de Christo, pobre como él, y uno mismo con aquellos sus miembros. Los prodigios de generosidad de los Obispos de España, que no se creerian, si no nos lo hubiesen escrito los mismos Sacerdotes socorridos, de cuyas cartas solo extractarémos unos pocos hechos. "Debemos,

mos, dicen, un eterno agradecimiento á los españoles, y sobre todo á los Señores Obispos. Era menester ser testigos de su caridad, para conocer hasta que punto ha llegado con nosotros. El de Valencia mantiene en su palacio casi 200, y sobre todas las puertas de sus salas tiene escrito aquellas palabras de San Pablo: *opportet Episcopum hospitalem esse.* (conviene que el Obispo exerza la hospitalidad) El de Sigüenza tiene en el suyo mas de 100, además de otros muchos, que tiene repartidos por el obispado, á cuyas necesidades provee. El de Osma tiene tambien á sus expensas un gran número. Otros muchos, y particularmente el de Córdoba han pedido que se les envie quantos se quiera. El de Orence pide doscientos. El Cabildo de Zamora se ha encargado de 50. El de Leon ha vesti-

ido, y mantiene 100. El de Calahorra, que no es rico, ha vestido á muchos del todo, y ha dicho que venderá su pectoral y anillo. El de Pamplona no hubiera podido hacer lo que ha hecho y hace, sino le ayudaran otros Prelados, que le envian sumas considerables para ello. El Cardenal de Toledo, que es el mas rico de España, es tambien uno de los mas generosos, manteniendo de todo á 500. " En todos los paises se ha esmerado tambien un gran número de seglares, aun protestantes, habiendo todavia, á pesar de los jacobinos, humanidad en la tierra, particularmente en los Paises-baxos Austriacos, donde habian influido tanto para que no se nos socorriese, se han abierto subscripciones, y no solo dando, sino trabajando, se han empleado en beneficio nuestro aun las señoras.

En

En la Suiza donde mas habian trabajado los jacobinos en impresionar al paisanage contra los Sacerdotes, no tardó este en desengañarse, y conocer que no son los ambiciosos los que sacrifican su fortuna á su conciencia, ni vengativos los que á los ultrages, rapiñas, y violencias solo oponen el silencio y la paciencia. Asi estos buenos hombres salian á buscarlos á los caminos, los conducian á sus pobres casas, los ponian á su mesa, habiendo cantones enteros en que cada vecino quiso tener consigo un Sacerdote; de modo que solo el canton de Friburg alimentaba mas de quatro mil. En la misma Ginebra, antes terror de los Sacerdotes católicos, además de la generosa acogida que les diéron los vecinos, los protegió altamente la República, y viendolos en peligro si los echaba de sus puertas á la Francia ó á la Saboya, estrechada

por

por las armas revolucionarias, los conduxo bien escoltados á la otra parte del lago, donde viviesen sin peligro, y no menor beneficencia halláron en los círculos de Alemania, y en Holanda.

Vengo últimamente á la gran Bretaña, nacion conocida en todo el mundo por su beneficencia y compasion natural, en la que nadie se tuvo por feliz, sino le cupo en suerte mantener á alguno, ó contribuir en algun modo al alivio de todos. Parece que el instinto de la generosidad les daba la noticia, quando se acercaba á sus puertos algun baxel de deportados; porque inmediatamente acudian al desembarcadero, y no se desanimaban por vernos llegar á centenares: haciannos mil preguntas sobre nuestras desdichas, los que no sabian nuestro idioma, nos hablaban con los ojos, llorando de compasion, y nosotros de gozo y gratitud: nos

nos conducian á las posadas, tenian tambien aparte piezas grandes, que habian desocupado y amueblado para los que no tenian con que pagar, y despues de habernos asistido mas allá de sus fuerzas, nos proporcionaban vagages y carruages para internarnos. En el camino era freqüente encontrarnos con un caballero, una señora, ó un ciudadano, que hacia la costa de la posada. Al salir nos ponian en la mano sus bolsillos, y si alguno de nosotros se escusaba por no necesitarlo, respondian, servirá para los compañeros que lo necesiten. Llegados á Londres era el paradero comun la casa de Madama Silburn, y Mr. Meynel. Esta Sunamitis habia hospedado al nuevo Eliseo Mr. de Lamarche, Obispo de San Pol de Leon, á quien pareció haber enviado Dios anticipadamente para que fuese el Obispo de la deportacion.

Es-

Esta Señora, á cuyo nombre se enternecen, y levantan las manos al cielo todos los Sacerdotes franceses, habia ya juntado entre sus amigos la suma de quatrocientos luises á la llegada de los primeros deportados. No pudiendo bastar esta suma para los que iban llegando cada dia, se abrió una subscripcion, á la que no hubo quien no concurriese, y apurada esta, se abriéron otras muchas. El Rey dió su magnífico palacio de Wincester para alojar á seiscientos: todos los Prelados y Clero de Inglaterra pareciéron olvidar la diversidad de sus dogmas, para no ver otra cosa en los Sacerdotes católicos, que una multitud de hermanos desdichados: además de lo que contribuyéron, se subiéron á los púlpitos á predicar la limosna y la hospitalidad en favor de ellos. No quedáron atrás las universidades, no la

no-

nobleza, no los ciudadanos, no tampoco los que vivian de sus tiendas. Hubo quien dió quejas amargas de que no volvian los Sacerdotes á su tienda por no haber querido llevarles el dinero: hubo artifices que de ningun modo quisiéron recibir de ellos el precio de su trabajo: hubo un lechero, que habiéndoles puesto en la mano el valor de lo que habia vendido aquel dia, se escondió entre el gentio para no ser conocido: hubo un jornalero que viendo entrar en casa de Madama Silburn unos Sacerdotes que llegaban derrotados, la dixo con palabras interrumpidas por los gemidos: ¡Ah Señora! no tengo mas que mi trabajo, pero dadme uno, que yo puedo trabajar por dos. Hasta la niñez quiso hacer ver que era inglesa, por que se abrió una subscripcion por los niños, dando cada qual lo que recibian

de

de sus padres para sus juguetes y golosinas. Ciertamente se repitió aquí con mucha razon por la nacion lo que dixo Jesu-Christo á sus Apóstoles: *¿os faltó alguna cosa quando fuisteis enviados sin apoyo, sin calzado, y sin prevencion alguna?* Y tambien: *no tengais pena de lo que comeréis y vestiréis.* De hecho, hubo en Inglaterra hasta ocho mil Sacerdotes, á ninguno faltó nada, y el que menos tuvo de asignacion dos guinéas mensuales. Desde Septiembre de 1792 hasta Agosto de 1793 produxo la subscripcion 320 libras esterlinas. Una postula ordenada por el gobierno añadió 350 y no entran en esta suma 120 de limosnas particulares, como tampoco el gasto que hiciéron las personas generosas, que alimentáron, vistiéron, y tuviéron á infinitos de ellos en sus casas.

Todavia fue mas admirable y esti-

timable para ellos el habérseles concedido templos en que celebrasen públicamente su culto baxo la direccion de Mr. Douglás, Obispo católico, residente en Londres con facultad de Vicario Apostólico. En uno de estos templos hiciéron por tres veces los exercicios de S. Ignacio, siendo cosa nueva y de mucha edificacion en aquella corte verlos concurrir á tarde y mañana á las meditaciones y sermon, que hacia Mr. Beauregard, famoso predicador, y al fin de ellos, cosa que quizá no se hallará en los anales de la Religion, comulgar de mano del Vicario Apostólico mil y doscientos Sacerdotes, que eran los que cabian en el templo. Cosa mas prodigiosa tengo que decir aun: en 18 de Octubre desembarcáron en Brightemstone treinta y nueve Religiosas Benedictinas con su superiora Madama de Lévis de Mire-

repoix, fieles á su profesion á pesar de tantas persecusiones, con la pretension, á la vista humana, imprudente de que en favor suyo se deshiciese Inglaterra de sus ideas hasta el punto de permitir que viviesen allí haciendo monasterio en observancia de su regla. Mas la Inglaterra hizo ver, que no presume vanamente de su generosidad la piedad oprimida. Estaba allí entonces el Príncipe de Gales, y siendo su primer asilo la proteccion de su Alteza, despues de ser recibidas con generosidad, y admirada de todos su constancia, se les dió, y aseguró casa, donde viven hoy en la santidad de su profesion baxo la salvaguardia de la bondad y caracter mas bien que de las leyes de la nacion.

Quedaba ya en Francia dado el último golpe á la Religion, y no era menester mas prueba para saber que

la ruina del altar traeria consigo la del trono, por que habiendo tenido las dos conspiraciones un mismo modo de proceder, y un mismo modo de irse graduando, era preciso que tuviesen al fin un mismo suceso. La reforma del Clero habia servido de pretexto para despojarlos de sus bienes. La reforma de las rentas reales lo fue tambien para quitar al Rey la suprema inspeccion de ellas, y por esta primera operacion pasáron á la disposicion de una asamblea de conspiradores y rebeldes los bienes del Clero y el tesoro público. Baxo la cubierta de zelo y respeto á los dogmas de la Iglesia una constitucion impia y astuta, habia trastornado la Religion, y sujetádola al capricho de la multitud. Del mismo modo protestando en nombre de Dios que el imperio francés era monárquico, una constitucion mons-

monstruosa, dexando al Monarca el solo nombre de Rey entregaba el supremo poder á los tribunos motores del comun, á los municipes, á los clubs, y á los corrillos. El juramento de la apostasía habia hecho retirar por su horror á todos los verdaderos Ministros de la Iglesia, y entregado sus sillas y títulos á pastores perjuros; asi tambien el juramento de la rebeldia habia apartado del exército francés á todos los hombres de verdadero honor, y puesto las armas y empleos en manos de la perfidia y baxeza de una canalla, que nada sabia mas que democracia. Una multitud de calumnias renovadas á cada hora habian dispuesto al pueblo á pasar sin sus verdaderos pastores; por el mismo camino otra multitud de conspiraciones atribuidas á Luis XVI por los mismos que las tramaban habian hecho al mis-

mo pueblo á mirar como su enemigo y tirano al Rey mas amante de él, que se habia expuesto á tanto mal como le habia sobrevenido por haber dispuesto que se juntase la asamblea nacional, creyendo proveer en ello á su felicidad. La terrible fuerza de las palabras misteriosas mostraba al pueblo un monstruo *refractario* en cada Sacerdote fiel á su conciencia, y sola la voz de *aristocrata* no dexaba á cada francés fiel á su Rey otro partido que la fuga ó la muerte. El mismo dia que llevó al Rey á la prision del Temple, é hizo piezas su trono, produxo la lista de los Sacerdotes, que se debian prender y entregar á los ascsinos. Ensangrentóse por fin el altar, y entonces no pudo menos de ensangrentarse el trono. Los que comenzáron impios debian acabar por regicidas, y asi no se pasáron tres meses

de la matanza de los Sacerdotes, sin que subiese Luis XVI al cadalso, y cayese su cabeza por sentencia de una convencion de asesinos, llamada nacional; verificándose de este modo la profecia tanto tiempo antes anunciada y repetida por los Ministros del Señor: que la misma mano que amenazaba al altar, derribaria tambien el trono.

Para castigar uno y otro delito envia Dios grandes calamidades. Reyno desgraciado, tu mismo serás el que te destruyas y arruines. Ya no hay hombres distinguidos: la plebe se devora, los que han degollado á los Sacerdotes del Señor, ellos mismos unos á otros se cortan la cabeza. Mirabeau ya no existe: el Duque de Larochefoucauld ha sido asesinado: Robespierre persigue á Pethion: Danton abate á Condorcet: Marat pone en prision á Brissot: Danton se hace sospechoso á sus detesta-

blos partidarios: Marat es un miembró podrido, que se debe sacar de la República.

Los jacobinos de la Gironda, y de Marsella toman las armas contra los del Sena: estos son los monstruos, que se muerden, que se despedazan, que se matan. Robespierre queda solo en este tiempo por que son todavia necesarios en la Francia berdugos crueles, é inhumanos. Por todas partes se dexa ver la anarquia, la corrupcion, las muertes, la hambre, la iniquidad, la colera, la rabia repentina: en todas partes sufre males graves el pueblo, se saquea, se roba, se asesina, quanto mas grita libertad, tanto mas es esclavo de los malvados.

Si hubiésemos de continuar la historia de la revolucion francesa este seria el chaos obscuro, que se deberia describir. Aquí se verian Sacerdotes encar-

carselados, asesinados, y por último la esposa y heredero de Luis XVI llenos de amargura que penetra hasta lo mas íntimo del alma: que los atentados contra el trono se aumentan cada dia, y que mas y mas se agrava la mano del Señor sobre una ciudad, que quita la vida á sus Sacerdotes, y Reyes. ¿Pero quien podrá formar una relacion exâcta de tantos horrores? Estos no son, ni pueden ser conocidos, sino por algunos que á pesar del infierno han escapado de entre las manos de sus perseguidores. Los que mandan no dexan que se les acerque alguno, que les manifieste sus desórdenes, su confusion, sus nuevos crímenes, y sobre todo que les haga conocer lo que son baxo la mano de un Dios vengador. Bastante han visto y entendido las naciones de la tierra, y yo no he dicho poco para acreditar los delitos, y errores con que la mas impia de las sectas

tas ha irritado la ira del Cielo. Quisiera el Todo Poderoso, que se ha visto obligado á castigar de esta manera á mi patria, dexarse ya ablandar, y aplacar compasivo, que si la sangre de sus mártires clama desde luego por la venganza, que mas alto pida el perdon su misericordia. Hermanos nuestros eran estos mártires, unidos íntimamente á estas legiones de Sacerdotes, que han dexado dispersos por toda la tierra: siempre nos verán estrecharlos, invocarlos, solicitarlos para que hagan una santa violencia á nuestro Dios. Amigos nuestros son tambien, y si han muerto por rehusar el perjurio del cisma, de la heregia, de la impiedad, la misma es nuestra causa, y el decreto de nuestro destierro no expresa otro motivo: con la mayor confianza llamamos á estos mártires, únanse, pues, sus votos á los nuestros, y sean mas poderosos sus ruegos, que los pecados

de

le los iniqüos. ¡Que se conviertan los impios! ¡Que vuelvan á verse en Francia sus dias antiguos de paz y alegria verdadera! ¡Que se restablezca el trono, y el altar! ¡Bastante se han oido en todas partes los golpes de un Dios justo y severo sobre esta nacion desgraciada! Los Potentados de la tierra se hallan instruidos, la Europa toda asombrada ha conocido las calamidades, que han atraido las blasfemias de una falsa sabiduria. Si el nombre de impios, si la memoria de su escuela se conserva todavia, será tal vez como la idea de un grande contagio, de las plagas de insectos, y reptiles, que habia engendrado la corrupcion: una memoria mas interesante para nuestros anales, mas dulce á los ministros del Señor, será la de las naciones, que los han acogido, y de los beneficios que con mano franca les han dispensado.

LISTA

LISTA DE LOS ECLESIÁSTICOS muertos en el Carmen, en la Abadia, en San Fermin, y en la Force desde el 2 al 4 de Septiembre de 1792.

Dulau, Arzobispo de Arles.
Luis de la Rochefoucault, Obispo de Saintes.
Josef de la Rochefoucault, Obispo de Beauvais.
Boisgelin, Agente antiguo del Clero,

Vicarios generales.

Despres, de París.
Langlade, de Ruan.
Foucault, de Arlés.
De Fargues, de Clermont.
Torame, de Tolon.
Torame, de Blois,
Pagery, de Arlés.
Brice, de Beauvais.
Chapt de Rastignac, de Arlés.
Tessier, de Tulles.
De Masrembeau, de Limoges.
Gervais, secretario de M. el Arzobispo de París.
De Lubersac, Limosnero de Madama Victoria.

Generales de Religiones.

Chevreux, de los Benedict. de S. Mauro.
Habert, de los Eudistas.

Rectores de Seminarios.

François, de San Fermin.
Fauconnet, de los Treinta y tres.
Andrieux, de S. Nicolás de Chardonnet.
Grillet, del Seminario de Beauvais.
Menuret, de S. Francisco de Sales de Issy.
Gallais, de Robertins.
Psalmon, de la Congregacion de Laôn.
Savines, de los Clérigos de S. Sulplicio.
Cussac, de los Filósofos de París.
Potier, de Sta. Viviana de Ruan.
Le Franc Eud. del Seminario de Caen.

Curas.

Gros, de S. Nicolás de Chardonnet en París.
Royer, de S. Juan en Gréve, en París.
Le Ber, de la Magdalena en París.
Etard, de Charonne junto á París.
Candron, de la diócesis de París.
Schmitz, del Cardenal Lemoine en París.
Bonzé, de Massy junto á París.
Bottex, de la diócesis de Leon.
Collin, de la de Langres.
Fongeres, de Nevers.
Máignien, de la diócesis de Ruan.
Aubert, de Pontoise.
Abraham, de la diócesis de Rheims.
San Martin, de la de Séez.
Poret, id.
El Prior de Ferté Gaucher Maine.

Jardinier, de la diocesis de Cutanza.
Mandui, de la de Sens.
Dubuisson, de Barville en la diócesis de Sens.
Pellier, de Montigny.
Boisset, de Niort.
Auzurel, de la diócesis de Saintes.
Rozé de Emalbille, de la de Ruán.
Guesneau, de Alone.
Du Perron, de la diócesis de Séez.
Loublié, de **.
Caron, de la diócesis de Meaux.
Marmottan, de id.
Guedon, de id.
Dela Lande, de la de Evreux.

Tenientes, y agregados á Parroquias en Paris.

Moufle, de San Mederico *
Seguin, de San Andres de los Arcos.
Vitalis, de S. Mederico.
Lavau, de S. Leu.
Péy, de S. Landry.
Marmotan, de S. Severino.
Fontaine, de Santiago de la Boucherie.
Martin de id.
Cheriot, de id.
Barret, de S. Roque.
Le Danois, de id.

* *En esta Iglesia fue colocado en el altar mayor el busto de yeso de Marat.*

Guilleminet, de id.
Dubrai, de S. Sulpicio.
Massin, de id. Guerin, de id.
Le Mercier, de S. Eustaquio.
Millet, de S. Hipólito.
Duval, de S. Estevan del Monte.
Chaude, de S. Nicolas del Campo.
Du Ruelles, de S. Gervasio.
Kervisier, de Santiago de paso alto.
Bereac, de S. Salvador.
Formanton, del Seminario de los treinta y tres.
Duvoy, de id.
Costa, de el de Santo Espíritu
Regnier, Instituidor.
Anderisi, P. en Paris Nativel, id.
Rateau, del Seminario de las misiones extrangeras.

Capellanes de hospitales en París.

Ladevése, Casa de Dios.
Falcos, de la Piedad
St. James de id.
Lacan, de id.
Duronte, de id.
Duval, de id.
Cláiret, Limosnero del Hospital.

Sacerdotes de S. Francisco de Sales.

Duteil. Le Breton. Colin. Dumas.
Reguin. Laugier. Guillomot.

De San Sulpicio. *

Loguin. Guerin. Rousseau. Hourier.

* *La Congregacion de S. Sulpicio aunque no muy dilatada cuenta á lo menos tre-*

Casa de los Eudistas.

Dardan. Bousquet. Samson. Guedon.
Basdeau. Beaulieu. Poyel. S. Salvador.
Le Bif. Balmain. Jamin. Luzeau.

Doctores, y Catedráticos.

Hermes, Doctor de la Sorbona.
Garrigues, id. (varra.
Turményes, Director del Colegio de Na-
Kerrun, Provisor ibid.
Briquet, Profesor de Teologia ibid.
Binard, Profesor ibid.
Phelippeau, ibid. Kervise, ibid.
De S. Aulario, Bachiller ibid.
De Ferrieres, ibid.
Le Grand, Profesor de filosofia del Colegio Lisieux en París.
Henoch, Profesor en el Colegio del Cardenal le Moine. (nes.
De Launai, Profes. de retórica en Ren-

Canónigos.

Pradal, de Santa Genoveva.

ce de sus individuos inmoladas por la renuencia al juramento: los tres últimos fuéron Mrs. Secretier, Director del pequeño Seminario de Clermont, L' Mercier, y Ayme, Directores del gran Seminario de Bourges, los que fuéron arrestados en Conches, pequeña villa de Borgoña, sin embargo del pasaporte, y decreto de deportacion, que obedecian, retirandose á Suiza.

Salins, de Couserans
Longuet, de S Martin de Tours.
San Salvador, de Sens.
Viala, de Alby.
Duval, id
Chaude Pons, id.
Bernad, de S. Vict.
San Remi, de **

Sacerdotes de S. Nicolás de Chardonnet

Owief. Beze. Le Clarc. Lasnier.
Balzac. Guillet. Rousset. Veret.

Religiosos.

D. Barreau, Benedictino.
D. Massey, ibid. Jardin, Franciscano.
Burté, Guardian de los Franciscanos.
Morel, Capuchino Suizo, en S. Sulpicio de París. N** Minimo.

Ex Jesuitas.

Bonneau, V. G. de Leon.
Guérin du Rocher, Superior de los recien convertidos de Paris.
Guerin du Rocher, Misionero.
L'Enfant, Predicador. Vourlat.
Le Gué, Predicador. Millou, id.
Friteyre Durvé, id. Second, id.
Gagneres des Granges, prof. de filosofia.
Grasset. Saurin. Bonnotte.
Delfaut, Arcediano de Sarlat.
Rousseau, director de Religiosas.
Verron, director de Religiosas.
Villecroix, id. Dumés de Cahors.
La Porte, Prof. de Ret. Rousselle.
Gaultier, Capellan de los incurables.

Duval, Maestro de escuela.

N. ** Sirviente en S. Nicolás de Chardonnet.

N. Se habia dicho que Mr. de Turmenyes, dexado por muerto, habia sido curado. Se ha averiguado ser muerto, como otros dos de quienes se dixo lo mismo.

Se deben añadir á esta lista á lo menos 30 *Eclesiásticos conducidos del comité de Sur veillance á la Abadia, é inmediatamente sacrificados,* 16 *en la Force, y en la plaza Delfina, en fin algunos otros asesinados en las calles en todos á lo menos de* 50 *á* 60, *cuyos nombres no se saben, de modo que sube á* 300 *el número de los Sacerdotes asesinados en París en los primeros dias de Septiembre de* 1792.

FIN DE LA TERCERA PARTE.




276
3
243